

Anna S. Segura



*Tu perfume
al atardecer*

Saga Montana: Hielo y fuego vol.3



Tu perfume al atardecer

Saga Montana: Hielo y fuego vol. 3

Anna S. Segura

Titulo original: Tu perfume al atardecer

1º Edición: Febrero de 2020

©2019 Anna Belén Soler Segura

Diseño portada y maquetación: Anna Soler Segura

Queda prohibida cualquier reproducción, plagio, o uso con intereses comerciales sin el consentimiento del autor. Esta obra esta registrada en la propiedad intelectual bajo el nombre de Anna Belén Soler Segura. Quien incumpla las leyes estará incurriendo en un delito que puede ser sancionado.

Índice de contenido

[Titulo](#)

[Autor](#)

[Datos de Registro](#)

Índice de contenido

[Dedicatoria](#)

[Capitulo 1](#)

[Capitulo 2](#)

[Capitulo 3](#)

[Capitulo 4](#)

[Capitulo 5](#)

[Capitulo 6](#)

[Capitulo 7](#)

[Capitulo 8](#)

[Capitulo 9](#)

[Capitulo 10](#)

[Capitulo 11](#)

[Capitulo 12](#)

[Capitulo 13](#)

[Capitulo 14](#)

[Capitulo 15](#)

[Capitulo 16](#)

[Capitulo 17](#)

[Capitulo 18](#)

[Capitulo 19](#)

[Capitulo 20](#)

[Capitulo 21](#)

[Capitulo 22](#)

[Capitulo 23](#)

[Capitulo 24](#)

[Capitulo 25](#)

[Capitulo 26](#)

[Capitulo 27](#)

[Capitulo 28](#)

[Capitulo 29](#)

[Capitulo 30](#)

[Capitulo 31](#)

[Capitulo 32](#)

[Capitulo 33](#)

[Capitulo 34](#)

[Capitulo 35](#)

[Capitulo 36](#)

[Capitulo 37](#)

[Capitulo 38](#)

[Capitulo 39](#)
[Capitulo 40](#)
[Capitulo 41](#)
[Proximamente](#)
[Biografia](#)
[Bibliografia](#)
[Sigueme](#)
[Otros títulos](#)

Para Montse.

Capítulo 1

Carolina del norte. Campo de batalla.

El joven oficial Neil Montana miró por undécima vez esa mañana la bella fotografía de Ivy, con ese loco anhelo de su enamorado corazón, y recordó el último atardecer en la que la había visto, tan hermosa e inocente, con el fondo de Texas bañando las montañas de Madisonville.

Cerró los ojos fuertemente. Aun podía oler ese embriagador perfume femenino que embargaba cada uno de sus cinco sentidos.

Podía sentir ese cálido beso sobre sus frágiles labios, esa tibieza rozar su boca despertando en él su instinto más dormido.

Neil se estremeció de nuevo. Ivy era su ángel guardián, su protectora, esa luz que lo guiaba en mitad de la nada, una oscuridad fría que era el campo de batalla.

Su recuerdo lo había mantenido vivo durante aquellos largos meses que llevaba en el campamento.

Neil había convivido entre bombas, granadas, el fuego de las metralletas.

Tenía heridas y cicatrices donde nadie llegaría a imaginar.

Y sin embargo seguía en pie. Había sufrido la pérdida de muchos compañeros.

Había sentido el dolor del desconsuelo, la rabia del horror de una guerra.

No había sido fácil resistir. El nunca había poseído la valentía de Liam, ni la superación de Zack.

Echaba muchísimo de menos a sus hermanos, a su familia.

Pero en ningún momento se había rendido, ni había agachado su arma.

Estaba allí, en aquel campo de batalla. Se había hecho fuerte, valiente.

Había aprendido a madurar, a dejar sus miedos guardados en un cajón, a ver la vida de otra manera diferente.

Neil se había convertido en un hombre de provecho, y todo por ella, por la única mujer a la que amaba su corazón.

Ya no se lo negaría más. No ocultaría su amor como un necio.

En el pasado había sido un estúpido por no querer reconocer sus sentimientos.

Pero le había bastado alejarse y comprobar el horror en sus propias carnes para saber exactamente lo que anhelaba, a Ivy.

Neil ya había perdido bastante tiempo y necesitaba recuperarlo.

Ivy merecía una vida digna y ahora estaba seguro de poder ofrecérsela.

Neil quería pedirle matrimonio cuando regresase a Texas, si es que Ivy aun lo aceptaba tras aquella última despedida.

Él quería hacerla su mujer en cuerpo y alma ante los ojos de dios.

No quería perder aquella esperanza a la que se aferraba para mantenerse vivo.

Un hondo suspiro escapó de sus labios entreabiertos.

Hacía calor, un bochorno casi infernal a esas horas de la mañana.

Con amor observó aquellos hermosos ojos color ámbar, y acarició su rostro con el pulgar memorizando cada uno de sus rasgos.

Neil alertó la entrada de varios hombres al barracón, entre los cuales se encontraba el teniente Connor.

Este caminó erguido hasta el camastro donde se encontraba el joven, y miró curioso y admirado la fotografía que Neil sostenía entre sus manos.

—¿Su esposa? —inquirió raudo.

Neil no pudo evitar sonrojarse ante la pregunta de su superior.

Le tembló el labio inferior.

—Aun no, señor —matizó con deseo profundo.

El teniente Connor ladeó la cabeza. Era un hombre sumamente experimentado, con toda una vida en el ejercito cargada a sus espaldas.

Pero el teniente Connor también era esposo y padre.

Amaba a su familia. Era un hombre muy convencional que creía seriamente en el matrimonio.

De reojo Neil lo miró. El teniente sonrió taciturno.

—Una muchacha preciosa —objetó al ver sus rasgos.

—Lo es, mi teniente —concordó Neil apasionado.

—Pues entonces debería darse prisa en pedirle matrimonio.

El semblante de Neil se oscureció.

—Lo haré en cuanto regrese a casa —respondió solemne.

Hasta su lado se acercó con una amplia sonrisa su compañero de trincheras, el cabo Raylen.

Este no se mordió la lengua a la hora de objetar.

—Nuestro querido soldadito está enamorado hasta las trancas, pero aun no se ha atrevido a declararle su amor —le lanzó con su típico humor cínico.

Neil clavó sus ojos verdes sobre Raylen queriéndolo degollar en ese momento, pero dado que el teniente estaba delante, se contuvo.

El teniente Connor agrandó los ojos con sorpresa.

—¿Es cierto eso soldado Montana?

Neil se avergonzó de si mismo.

—Si señor —admitió cabizbajo, y agregó —la amo, pero ella aun no lo sabe.

El hombre puso su mano sobre su hombro y le habló serio.

—Un soldado de mi regimiento no teme a nada —dijo.

—Lo sé, señor —contestó Neil.

—Hable con esa muchacha y conviértala en su esposa —sonó casi a una orden directa.

—Lo haré —repuso convencido.

—Bien —añadió el teniente satisfecho.

Acto seguido cogió su fusil y salió del barracón. Raylen no pudo evitar soltar una carcajada ante la cara de Neil.

Capítulo 2

Este se incorporó rápidamente del incómodo camastro y encaró a Raylen con aparente enfado.

—¡Pedazo de cabrón! —se lanzó a su cuello.

Raylen se elevó de hombros.

—Ey, no he dicho nada que no sea cierto —trató de defenderse de la mirada acusatoria de Neil.

—Eso es problema mío —repuso con enojo.

—Yo solo digo que el que no corre vuela —agregó de modo irónico.

Y en el fondo Neil sabía que Raylen llevaba razón.

Su enfado se apaciguó al instante. Era casi imposible que ambos discutiesen.

Se llevaban prácticamente como hermanos. Travis Raylen era mucho más que un compañero, era un amigo en el que podía confiar.

Era del sur de Arizona. Su familia poseía una extensa y rica tierra de ganado.

Raylen era el hijo mediano de siete hermanos. Su madre pertenecía a la religión católica.

Era una mujer muy creyente y tradicional. En el seno de su familia todo se hacía por un interés común.

Raylen odiaba eso. Él era divertido, espontáneo, y un loco de la vida.

También era un picaflor, un alma libre y aventurera, aunque a sus veintiséis años se viese obligado a casarse con Gillian, su prometida, cuando la guerra acabase.

Los grandes ojos zafiros de Raylen lo miraron sin lugar a replica.

—Espabila, Montana.

—¿Qué quieres decir?

—Que si tu no le pides matrimonio lo haré yo —replicó burlón.

—Ni se te ocurra —dijo Neil.

—¿Y si me adelanto? —le dejó caer jocoso mientras ambos rompían a carcajadas.

De repente la luz de un proyectil cegó a ambos. El estruendo ruido impactó en la pared del barracón.

Todo se volvió confuso a su alrededor. El polvo penetró en sus pulmones dificultando su respiración.

Neil intentó alcanzar su arma. Una granada de mano cayó a pocos metros.

Entonces se quedó paralizado al percatarse de que había perdido la fotografía.

—¡Nos atacan! —oyó en su aturullada cabeza. Era Raylen quien le gritaba —¡Muévete!

Sus ojos se volvieron turbios. Apenas podía respirar.

—¡Tenemos qué salir de aquí! —lo zanganeó Raylen para que reaccionara.

Neil observó el barracón con dificultad buscando esa foto.

Pero él no veía el peligro. No le importaba morir con tal de recuperar su mayor tesoro, su talismán.

<<No podía perderla, ahora no>>, era lo que oía una y otra vez en su aturullado cerebro.

No había tiempo. Tenían que salir de allí. Otra bomba voló por encima de sus cabezas.

El proyectil impactó en el barracón. De repente Neil vislumbró la foto entre los escombros.

Corrió hacia ella mientras el fuego seguía abierto.

—¡Neil! —trató de detenerlo Raylen, pero el joven prosiguió su arduo camino.

—¡Neil! —repitió en un grito desgarrado.

Los dedos de Neil se estiraron con plenitud para agarrar su trofeo victorioso.

Estaba rota, rasgada, polvorienta. Pero no le importó. Su rostro angelical seguía estando intacto.

Con apremio la guardó en su bolsillo y se giró para salir de aquel infierno.

Pero la pared del barracón cedió y una viga cayó atrapándolo en medio.

Neil se quedó completamente inmovilizado. La desesperación creció en aquellos angustiosos momentos.

Neil gritó de dolor al intentar zafarse de la viga, pero él solo no podía.

Raylen corrió hasta su lado para ayudarlo. El sonido de las balas silbaba sobre ellos.

El olor a pólvora y sangre se entremezcló en sus fosas nasales produciéndole arcadas.

—¡Neil! —masculló Raylen con rapidez.

Pero Neil apenas podía sentir el frío de su pierna. El dolor era tan extremo que le hacía castañear los dientes.

—Te sacaré de aquí, amigo.

Raylen intentó mover la pesada madera. Un gruñido salió de su boca.

Neil lo detuvo afligido.

—No, vete —le ordenó sin fuerzas _sálvate tu.

Raylen lo miró con desconcierto.

—¡Qué dices! —exclamó con determinación en su mirada —no me iré sin ti.

Raylen era muy cabezota. De nuevo hizo el esfuerzo de mover la viga.

Neil castañeo los dientes. Un tanque militar se acercaba al barracón a gran velocidad.

Neil se movió intentando liberarse de la pesada madera, pero tenía la pierna hecha polvo.

—¡Venga Neil! —replicó Raylen —haz un último esfuerzo.

A duras penas y con la ayuda de Raylen logró zafarse de la carga.

Raylen lo intentó poner en pie, pero Neil estaba muy débil.

Lo echó sobre sus hombros y lo guió entre los escombros y las llamas.

El estruendoso ruido de un misil explotó sobre sus oídos.

Neil se desplomó en el suelo. Su cuerpo no respondía al estímulo de Raylen.

Este intentó reanimarlo.

—¡Neil, Neil! —pero de repente todo se volvió espeso y negro, y una nube de oscuridad se cernió sobre Neil.

Capítulo 3

Madisonville, Texas.

Ivy se giró nerviosa, y sin querer tropezó con la mesa del doctor Phil tirando accidentalmente el tubo de cristal al suelo.

El pequeño frasquito se hizo mil añicos como lo estaba su corazón desde la marcha de Neil al ejército.

Los bonitos ojos color ámbar de Ivy se empañaron de lágrimas amargas.

Intentó controlar el fuerte estremecer de su cuerpo.

Ese día se había despertado con un mal presagio que la ahogaba.

Una fuerte congoja la sofocó por dentro. Sacudió enérgicamente su cabeza.

Aun no comprendía las razones por las que Neil había decidido ponerse frente a las tropas.

¿En qué diantres había pensado? Él decía que lo hacía por el deber a su patria, pero Ivy sospechaba que esa no era su verdadera razón.

Neil había huido, se había marchado precipitadamente, dejándola completamente desolada.

Los primeros días tras su marcha había guardado la esperanza de que Neil regresase pronto a casa, pero los días se hicieron semanas, y las semanas terminaron convirtiéndose en largos meses.

Ivy se tocó el pecho con dolor. Esa zozobra no desaparecía, la tenía clavada como un puñal en su alma.

Había sido una mañana muy ajetreada en la consulta del doctor.

Con apuro se agachó para recoger el estropicio ocasionado, con cuidado de no cortarse con el cristal.

Por suerte ya no quedaba ningún paciente en la sala de espera, y el doctor Phil hacía rato que había salido a una urgencia.

Estaba sola. Eso le dio un margen para tranquilizar sus nervios.

El doctor, amigo de Andrew, había sido muy amable al contratarla como su ayudante mientras ella terminaba sus prácticas como matrona.

Luego Ivy tenía pensado abrir su propia consulta en Madisonville.

El pueblo necesitaba a un médico especializado en partos.

Ivy estaba convencida de que su labor como matrona sería muy bien recibida entre sus vecinos.

Sus pensamientos volaron nuevamente hacía Neil.

Hacía al menos un mes y medio que no recibía ni una sola carta suya.

Durante aquel largo tiempo de ausencia la correspondencia entre ellos había sido un consuelo para el corazón de Ivy, la única vía que la había mantenido en contacto con Neil.

Pero de repente, como si nada, esa comunicación había cesado, destrozando sus sentimientos.

¿Se habría cansado Neil de escribirle?

¿Se habría olvidado de ella para siempre? No, él no era de esa clase de hombres.

En realidad Ivy ya no sabía que creer. A pesar de todo lo vivido aun se aferraba a la esperanza de que Neil la pudiese amar.

De esa manera se lo mostraban sus cartas apasionadas, sus letras llenas de promesas que avivaban a su enamorado corazón.

Pero el tiempo abreviaba, y su padre le había dado un ultimátum para comprometerse con Andrew.

Ivy se revelaba a casarse con Andrew, era un buen hombre, sí, que pronto se licenciaría en medicina, y que ejercería su profesión en Texas.

Andrew la quería, le había demostrado que quería formar un hogar con ella y tener una familia.

Era atento, cariñoso, amable, pero Ivy no le amaba, lo quería como a un hermano mayor, pero lo que no podía sentir hacía él era el amor que profesaba hacía Neil.

Él era su gran y único amor, jamás podría amar a otro hombre de esa manera.

Ivy tenía que tomar una decisión inmediata y radical, o seguir los dictados de su corazón o acatar el deseo expreso de su padre.

Se encontraba en una encrucijada, atada de pies y manos sin saber que camino era el más correcto para su futuro.

<<Neil>>, musitó encarecidamente mientras recordaba aquel nítido beso al atardecer.

Capítulo 4

Instintivamente Ivy se tocó los labios. Aun guardaban el calor de su boca contra la suya. Su piel se estremeció al momento. Se estaba volviendo loca. Ivy se acercó hasta la pequeña ventana. El cielo empezaba a descargar sus primeras gotas de lluvia.

Rezó para que Neil estuviese bien, sano y salvo. Era todo cuanto pedía en aquellos momentos. Hacía días que se sentía extraña, nerviosa, como si su cuerpo intuyese que algo iba mal. Seguramente serían imaginaciones suyas. Trató de tranquilizarse aunque fue en vano. No lograba sacar de su cabeza aquella inquietud que la dominaba. Ivy tiró los cristales a la basura y ordenó un poco la estancia. Entonces tocaron a la puerta sobresaltándola inesperadamente.

—Está cerrado —dijo dirigiéndose para abrir— el doctor Phil no se encuentra... Abruptamente calló al ver junto a la puerta la presencia de un soldado. Su corazón golpeó su pecho. Ivy reconoció de inmediato la vestimenta del joven militar. En más de una ocasión lo había visto entregar alguna que otra misiva a las familias del condado que tenían maridos e hijos en la guerra.

Nada bueno presagiaba que aquel joven estuviese allí. Ivy no pudo contener los nervios.

—¿Es usted Ivy Campbell? —preguntó el soldado. La seriedad en su rostro la alarmó. De repente se percató del crespón negro que lucía en su antebrazo derecho.

—Sí —respondió ella— ¿ocurre algo? —se atrevió a decir temblorosa. Los ojos del joven la observaron unos instantes. Entonces le entregó una misiva. Las manos de Ivy se volvieron de mantequilla.

—¿Qué es? —titubeó con el corazón encogido.

—Lo siento —repuso incómodo.

Ivy rasgó el sobre con lágrimas en los ojos. Su mirada quedó completamente en blanco ante lo que leyó.

—No —musitó incrédula ante aquel trágico suceso— no —volvieron a repetir sus labios rotos de dolor. Su cara empalideció como la pared. Las piernas de Ivy flaquearon.

—¿Se encuentra bien? —se apresuró el soldado a preguntarle mientras la joven se tambaleaba.

—No —dijo— no puede ser, Neil no está muerto.

—Lo siento mucho señorita —replicó el soldado sin saber que más decir. Su alma se resquebrajó en dos. Un nudo le oprimió el pecho mientras el dolor la embargaba. Se derrumbó. Ivy soltó la misiva dejándola caer al suelo. Aquello no podía ser real, no podía estar pasando. Su mundo se desvaneció por completo mientras las lágrimas inundaban sus sonrojadas mejillas.

Aquella misma tarde la familia Montana recibía la fatídica noticia que les comunicaba que su hermano había muerto en el campo de batalla.

Fue un duro e inesperado golpe para todos, pero en especial para Liv que se encontraba a punto de dar a luz.

Encajar la noticia no fue un trago fácil. Liam se negaba a creer que su hermano hubiese fallecido siendo tan joven.

Liam siempre estuvo muy unido a Neil. Cuando este decidió alistarse en el ejercito no le sentó nada bien, e intentó persuadirlo de su idea, pero resultó en vano, en el fondo Neil siempre fue un cabezota.

En cambio Zack parecía más resignado a la idea. Sabía que Neil había elegido su camino, aunque fuese el equivocado.

Ambos hermanos se miraron absortos, impactados por la misiva que reposaba sobre el escritorio.

—¿Y cómo se lo diremos a la abuela? —matizó Zack siendo consciente del delicado salud de la mujer.

Hacia meses que Margot venía aquejándose de problemas respiratorios.

Un disgusto podría acabar con ella.

—No me creo que Neil este muerto —alegó Liam sin poder responder a su pregunta.

—Yo tampoco me lo creo —repuso Zack apenado.

—¿Qué haremos? —pareció exasperado.

—Tranquilízate —le aconsejó su hermano más pausado.

—Habrá que organizar su funeral —se removió inquieto.

Zack se mesó el pelo.

—Lo enterraremos en el panteón familiar, junto al abuelo —dijo roto.

Liam sacudió la cabeza completamente consternado.

—¡Maldita sea! —masculló con dolor —si al menos hubiese sido capaz de convencerlo.

Rápidamente Zack se acercó a su lado.

—Tu no tienes la culpa de lo que le ha pasado —y agregó —fue su decisión.

Los ojos de Liam se anegaron en lágrimas.

—No tenía que haberlo dejado marchar.

—¿Y cómo lo hubieses retenido? —inquirió palmeando su espalda con cariño —Neil ya no era un niño.

—Para mi sí —alzó la voz con emoción.

—Él tenía sus propias ideas —se encogió de hombros impotente.

—Podría haberlo convencido —expresó con culpa.

—Ya sabes lo testarudo que era —añadió Zack —Neil tomó la decisión de alistarse en el ejercito por voluntad —se consoló con ese pensamiento.

—O no —objetó Liam confuso.

—¿Qué quieres decir? —se extrañó Zack.

—Neil era demasiado impulsivo, creo que ni el sabía lo que realmente quería, estaba perdido.

—Ya nada podemos hacer por él —se lamentó Zack.

—No se como afrontar su muerte —le confesó abatido.

—Ahora más que nunca debemos ser fuertes y permanecer unidos, Neil lo hubiese querido de esa manera —trató de calmar a Liam.

—¿Y la abuela? —reaccionó.

—De momento mientras preparamos el funeral no le diremos nada —decidió Zack.

—¡Santo cielo! —hundió su rostro entre sus manos, y agregó preocupado —¿cómo se encuentra Liv?

—El doctor dice que el bebé nacerá en días, así que debe guardar reposo —repuso Zack emocionado ante el próximo alumbramiento.

Liam sonrió taciturno.

—Me alegro, al menos una buena noticia —dijo.

Zack asintió con un sabor agridulce. El esperado nacimiento de su hijo se vería empañado por la inesperada muerte de Neil.

La vida no era justa. En silencio sollozó junto a Liam.

Zack no quiso flaquear ante la mirada de su hermano.

—¿Dónde está Eric? —preguntó Liam con suma preocupación.

—Hace días que no lo veo —respondió Zack.

De repente Liam pareció enervado.

—¡Maldito zoquete! —se refirió a Eric con enfado.

—¿Qué ocurre? —se alarmó Zack.

—La competición en San Antonio dio comienzo el viernes —le aclaró.

—¿Te refieres al torneo? —inquirió.

—Sí.

—¿Y qué? —se extrañó este.

—Que se donde se encuentra Eric —siseó con enfado.

—¿Crees qué sigue con esa absurda idea de cowboy? —preguntó mosqueado.

—Estoy convencido —respondió Liam para luego añadir locuaz —Eric ama demasiado a los caballos, es su pasión.

—¿Y qué haremos? —objetó Zack.

—Hablar con él —trinó.

—¿Y crees qué nos hará caso?

En los ojos de Liam resurgió firmemente la determinación.

—Tendrá que hacerlo —y repuso —ya he perdido a un hermano y no estoy dispuesto a perder a otro.

Capítulo 5

Dos días después de la fatídica noticia, Liv dio a luz, y para sorpresa de Zack fueron gemelos.

El parto asistido por el doctor Phil e Ivy salió con normalidad, y tanto la madre como los niños se encontraban en perfectas condiciones.

Eran dos varones los que llegaban al seno de la familia Montana.

Zack no podía sentirse más feliz. Ahora Harley tenía a dos hermanitos a los que querer con locura.

La llegada de los pequeños Dexter y Cameron al mundo, apaciguó en parte el dolor de sus corazones, pero no así el recuerdo de Neil.

El funeral se celebró en Madisonville una tarde de domingo, una semana después de los acontecimientos.

Todo el condado se volcó para dar su último adiós al joven, familiares, amigos, vecinos, todos habían estimado a Neil, y querían estar presentes para despedirse de él, en especial Ivy.

La joven que a pesar de encontrarse rota y desolada, ayudó en todo momento a organizar el sepelio.

Ivy se encargó de elegir el ataúd y las flores para su amado.

Asumir que Neil estaba muerto le llevaría tiempo y dolor, pero se mantuvo firme ante su tumba mientras las lágrimas corrían sin control por sus entumecidas mejillas.

El cuerpo de Neil no pudo ser reconocido. Tras la bomba que acabó con su vida quedó completamente destrozado, pero un objeto encontrado en su bolsillo hizo posible completar sus datos.

Se trataba de un viejo reloj que había pertenecido a Eric Montana y que Liam le había hecho entrega unos días antes de su marcha.

No cabía ninguna duda, era Neil. Con todo el dolor de sus corazones la familia más allegada se unió para despedirlo como se merecía.

—Queridos hermanos —empezó alzando la voz el reverendo Robbiens —estamos tristemente hoy aquí para dar nuestro último adiós a Neil Montana.

Ivy miró hacía el cielo encapotado. Un sollozo entrecortado escapó de sus labios.

Sintió como su alma se resquebraja en dos mientras el reverendo seguía proclamando su homilía.

—Neil —repitió apenado —un joven adorado por su familia y amigos, querido y respetado en el condado por sus buenas acciones. El señor te ha llamado demasiado pronto hijo mío, pero solo él sabe sus designios en la tierra.

—¡Alabado sea! —se oyó el grito de algunos feligreses.

—Todos te recordaremos y te llevaremos en el corazón, ahora descansa en paz —acabó diciendo mientras cerraba la biblia.

Tras las palabras del reverendo, Liam se ofreció como hermano mayor para honrar a Neil con un emotivo discurso.

Liam se contuvo para no llorar. Observó impotente la tumba, y habló lo más fuerte que le

permitió su garganta.

El cielo cada vez parecía más furioso. El viento empezó a soplar con intensidad.

—Neil —comenzó diciendo —era extraordinario, un ser único, lleno de fuerza y luz propia. Fue un chico —se detuvo —estudioso y disciplinado, el mejor hijo, el mejor nieto, el mejor amigo, pero sobre todo el mejor hermano que podré recordar. Neil —hizo otra pausa obligada para tomar aliento —era generoso y bueno, y entregó lo mejor de sí por su familia —el nudo sobre su garganta parecía sofocar a Liam —y hoy desafortunadamente nos deja, en plena flor de la vida e injustamente, se fue a la guerra para volver siendo un hombre mejor, pero Neil ya era el mejor sin tan siquiera saberlo. Tu muerte nos causa un gran dolor, hermano, allá donde estés tu estrella jamás se apagará en nuestros corazones, te quiero —sollozó —y siempre te querré, nunca te olvidaremos, que dios esté contigo —terminó quebrando su voz.

Todos los presentes aplaudieron al unísono. A Emma se le anegaron los ojos de lágrimas mientras sostenía al pequeño Henry.

Una gota de lluvia resbaló por la mejilla de Ivy. La familia Montana se alejó junto al reverendo tras arrojar sus flores sobre el féretro.

Pero Ivy permaneció allí, quieta, incapaz de mover sus pies de aquel sagrado lugar.

Estaba totalmente descompuesta. A ella también le habría gustado decir algunas palabras en honor de Neil, pero no lo vio oportuno y se mantuvo en un segundo plano.

Ivy se arrodilló en la tierra húmeda, y cogió un puñado de arena que arrojó dentro.

La única que se jactó de su acto fue Emma, quien rápidamente se acercó a ella preocupada.

—Ivy —la llamó suavemente.

La joven apenas levantó sus ojos del suelo.

—Es hora de irse.

—Aun no —musitó con congoja.

—Se acerca tormenta —dijo mirando el cielo.

Ella negó con la cabeza.

—Necesito despedirme de Neil —lloró.

—Ivy —le rogó con el corazón encogido —vayámonos.

La joven miró su ramo de flores una vez más, y luego las arrojó sobre la tumba.

—Siempre te amaré Neil Montana, siempre —murmuró con zozobra.

Emma la ayudó a ponerse en pie, y la condujo del brazo bajo la espesa arbolada del camino.

Liam la esperaba en el jeep para llevarla a casa, pero Emma no podía marcharse y dejar a su amiga en aquel estado tan lamentable.

Escuchó como Ivy sollozaba a su lado.

—Andrew me ha pedido de nuevo que me case con él.

—¡Qué! —chilló con sorpresa.

—Dice que quiere que celebremos la boda antes de que se marche a Houston.

Emma la consoló como pudo.

—¿Y tu qué le has respondido?

Su respuesta la sorprendió.

—Que sí, que me casaré con él.

Emma agrandó los ojos como platos.

—¿Has aceptado su propuesta de matrimonio?

—Ahora que Neil no volverá no tiene sentido atrasar el momento —alegó la joven con pena.

—Pero tu no estás enamorada de Andrew.

—¿Y? —dejó caer con pesadez.

—Que no te puedes casar con él solo porque Neil este muerto —repuso Emma.

—Es el deseo de mi padre —dijo Ivy.

—¿Y el tuyo?

Ella se elevó de hombros.

—¿Qué más da? Me siento tan muerta como Neil.

—No digas eso —se apenó Emma.

—Nos casaremos dentro de un mes, y luego nos trasladaremos a Houston hasta que Andrew acabé su último curso de medicina.

—¿Y tu trabajo? —le inquirió.

—Lo dejaré —afirmó.

—¿Y tus estudios?

—Seguiré estudiando en la universidad de Houston —contestó Ivy.

Emma se sintió preocupada.

—¿Estás segura?

—No —fue tajante —pero lo haré.

La fortaleza y coraje de su amiga la enorgulleció.

—Te apoyé en lo que decidas.

Ivy abrazó emocionada a Emma. Ambas jóvenes se fundieron en un sincero y cariñoso abrazo que solo el sonido de un trueno rompió.

Capítulo 6

Campamento militar de Carolina del norte.

El frío de la mañana caló hasta sus huesos. Su joven cuerpo se estremeció ante la oscuridad.

Era un auténtico milagro que aun estuviese vivo. Neil se removió inquieto en aquella incómoda camilla de la sala de enfermería.

Llevaba empotrado en esa cama un maldito mes, un mes desde que aquel ataque al campamento por poco acaba con su vida.

Neil suspiró cansado. Si Raylen no le hubiese rescatado del fuego... sus dientes chirriaron impotentes.

Su compañero y él había quedado gravemente heridos, pero por suerte las heridas de Raylen habían sido menos consecuentes que las de Neil, y se había recuperado sin ningún problema.

Sin embargo él no podía decir lo mismo. Su suerte había sido muy distinta a la de su amigo.

Los ojos del joven observaron atentos las tinieblas que cubrían su mirar.

Ahora sus pupilas estaban apagadas, sin luz. La bomba lo había dejado ciego.

Un dolor le atenazó el alma. Intentó una vez más incorporarse, pero no pudo.

Los médicos le habían dicho que sufría una inflamación en el nervio óptico y que quizás con el tiempo, solo quizás, pudiese recuperar la vista.

Había una posibilidad entre un millón, pero Neil se había rendido, había tirado la toalla, resignado a estar condenado al fracaso de su propia soledad.

Ya no tendría esperanzas con Ivy, ¿cómo iba a querer casarse con un invalido como él? ¿Qué mujer se fijaría jamás en un invidente?

Neil maldijo entre dientes. Hubiese preferido la muerte a sufrir el rechazo de Ivy.

Sus puños se cerraron con rabia in contenida. No soportaba la idea de que Ivy lo despreciase por estar ciego.

No podría vivir con aquel dolor y humillación. A Neil ya no le quedaban fuerzas para seguir luchando, ya no se sentía un hombre seguro, ya nada le importaba salvo la muerte.

Agudizó sus sentidos en la oscuridad. Alguien se acercaba con paso firme.

Neil no pudo evitar ponerse en guardia, alerta.

—Buenos días soldado —lo saludó un hombre de rasgada voz.

Neil siguió su sonido.

—¿Doctor Stuar? —inquirió inseguro.

—El mismo —respondió jocosamente —¿Cómo se encuentra hoy?

Neil bufó de mala gana.

—Igual.

—¿Ningún cambio? —preguntó mientras tomaba nota en su cuadrante.

—No.

El hombre lo miró con resigno.

—Paciencia —lo animó. No era el primer caso con el que se topaba.

A Neil le entraron ganas de reír a carcajadas.

—¿Paciencia doctor? —sonó molesto —por si no lo recuerda estoy ciego.

—No sea tan hostil consigo mismo —le recriminó —ya le he dicho que su ceguera puede ser reversible.

—¿Y sino lo es?

—Puede consultar con otros especialistas —y agregó —si es lo que quiere.

—¿Para qué? —se encogió de hombros.

El doctor Stuar le habló con el corazón.

—Es usted joven, guapo e inteligente, estoy convencido que le queda mucha vida por delante.

—¿Vida? —repitió asqueado.

—Aun le quedan muchas cosas bonitas por vivir —y dijo sincero —no las desaproveche de esa manera.

—No me interesa hacer nada —repuso tosco.

—Lo entiendo, pero quizás tenga una noticia que le haga cambiar de opinión —Neil se mostró escéptico —le vamos a dar el alta —le comunicó feliz.

—¿El alta? —arqueó una ceja con disgusto.

—¿No le alegra? —se extrañó el doctor —podrá regresar a casa soldado Montana, con su familia.

—Pero yo no quiero regresar —se negó en rotundo.

Aquello alarmó al doctor.

—Pues aquí no puede continuar —le dijo raudo.

—¿No podría quedarme un tiempo más? —replicó exasperado.

—Imposible, el teniente a ordenado desalojar el campamento —y añadió —tendrá que irse a casa —matizó —le guste o no.

—Pues muchas gracias doctor —se obligó a decir sarcástico.

—Siento no poder hacer nada más por usted, le diré a alguien que lo ayudé a empaquetar sus pertenencias.

Neil hizo una mueca de dolor.

—No necesito a nadie —objetó firme.

—Está bien —se despidió este —que pase un buen día.

Neil oyó como sus pasos se alejaban y luego el silencio inundaba sus oídos.

Sus ojos se clavaron en la pared, vacíos. La furia lo consumió por dentro.

Regresar a casa era algo que había estado evitando y temiendo a la vez durante el último mes.

Neil no se sentía preparado para enfrentarse a sus propios miedos e inseguridades.

De repente un estruendo ruido a su alrededor lo sobresaltó por completo.

Neil dio un respingo e intentó levantarse de la camilla.

Puso los brazos en alto y gritó;

—¡Quién anda ahí!

Capítulo 7

Impotente Neil esperó oír una respuesta. Raylen entró en la pequeña sala y caminó raudo hacia él.

—Tranquilo —repuso— soy yo.

Neil soltó el aire acumulado en sus pulmones y se relajó.

—Ah Raylen —sonó frío.

Su amigo siguió hablándole ignorando su tono malhumorado.

—El doctor me ha dicho que regreses a casa.

—Eso parece.

—Dice que tendrás que seguir con la medicación un tiempo —añadió Raylen.

—Ya —expresó apático.

—No pareces contento —le soltó de golpe.

—¿Debería? —ironizó Neil arrugando el entrecejo.

—Claro, vuelves a casa —y matizó— vivo.

Las palabras de Neil le dolieron en el alma.

—Hubiese deseado no regresar nunca.

El rostro de Neil pareció desencajado. Sus facciones enrojecieron.

—No puedes hablar en serio —le reprochó con enojo.

Raylen se mesó el pelo. No reconocía al joven que tenía delante, y en el que se había convertido Neil tras el aparatoso ataque.

Parecía otra persona completamente distinta al chaval que conoció a su llegada al campamento.

Raylen se sintió decepcionado. No comprendía su actitud derrotista.

—Es lo que siento —replicó Neil cansado.

—No seas tan pesimista —restó importancia a sus palabras.

—Tu no eres quien está así —hizo alusión a su ceguera.

Raylen arqueó una ceja dubitativo.

—¿Y qué preferías, morir? —inquirió confuso.

El alarido de Neil lo sorprendió.

—¡Sí! —chilló—. ¡Maldita sea, sí! Hubiese preferido que no me salvaras la vida, y agregó —¿por qué lo hiciste?

Su reproche dolió a Raylen.

—Eras mi amigo Neil, no podía dejarte morir —trató de que razonase.

—Tu no lo entiendes, ¿verdad?

—¿Qué debo entender? —repuso Raylen con voz dura —¿qué te has rendido incluso antes de luchar? No comprendo tu actitud —prosiguió dolido— un soldado no se caracteriza por ser cobarde.

Neil negó con la cabeza.

—Yo ya no soy un soldado.

—¡Claro qué lo eres, soldado Montana! —exclamó en un arranque de ímpetu —demuestra tu verdadera valentía —lo retó.

—No puedo —se derrumbó Neil por primera vez.

—¿Y te pasarás media vida lamentándote, eso quieres? —fue duro en sus palabras. Necesitaba que Neil reaccionase de una vez.

Raylen se metió las manos en el bolsillo y sacó una vieja fotografía que le entregó a Neil.

—Toma —le dijo— la perdiste durante el ataque.

Tanteando con las yemas de sus dedos Neil supo que se trataba de la foto de Ivy.

Un nudo le oprimió la garganta cortando el habla de su voz.

En realidad estaba siendo muy injusto con Raylen.

—Gracias —musitó.

Raylen giró sobre sus talones.

—Esta vez guárdala bien —le aconsejó mordaz, y agregó antes de salir por la puerta —buena suerte, amigo.

Neil escuchó alejarse sus pasos firmes. Una extraña mezcla de sentimientos lo embargó en la oscuridad.

Apoyó la cabeza sobre los almohadones y reflexionó sobre sus palabras.

Apretó la fotografía junto a su pecho. El aire escapó de sus labios entreabiertos.

Su corazón golpeó frenéticamente su sien. Raylen llevaba razón, no podía pasarse la vida lamentando lo sucedido.

Era hora de regresar a casa. Neil se estremeció por completo al pensar en la dulce Ivy.

Tenía que enfrentarse a su destino, tomar decisiones como el hombre adulto que era.

Ya no era un niño quebradizo, había madurado con el tiempo, la guerra lo había hecho cambiar.

¿Estaría Neil preparado para asumir ese cambio?

Capítulo 8

El novio sonrió frente al altar cuando Ivy hizo su entrada en la pequeña capilla del pueblo.

Andrew Calson parecía el hombre más feliz del mundo, pero sin embargo Ivy se sentía la más desdichada.

Unas inmensas ganas de llorar la embargaban en el día que contraía matrimonio.

Tenía el corazón roto, desolado. Tras conocer la muerte de Neil ya no le quedaban suficientes razones para seguir negándose a casarse con Andrew.

Era el deseo de su padre y ahora también el suyo. Junto a Andrew hallaría la estabilidad que necesitaba, y quizás con el tiempo pudiese llegar a amarlo.

No habría marcha atrás. Su decisión estaba tomada.

El destino lo había querido así. A Ivy ya no le quedaban fuerzas para revelarse contra el mundo.

Aquel último mes había sido uno de los más duros que Ivy recordaba.

No paró de llorar ni un solo día, ni tan siquiera preparando los preparativos de su enlace.

Nada le hacía olvidar su dolor, y cuando hizo su entrada en la capilla, y el organillo comenzó a sonar mientras avanzaba insegura hacia el altar, supo que estaba condenada.

Intentó sonreír, pero no podía. Su cuerpo tembló inconscientemente ante la mirada de orgullo de su padre.

Ivy se aferró a su brazo para que este la acompañase junto al novio.

Andrew la recibió ansioso de la mano del padrino.

Un nudo de congoja le atenazó la garganta. El murmullo cesó para dar paso a la voz del reverendo.

Este levantó sus brazos con alabanza y dio comienzo su ceremonia.

—Queridos hermanos y hermanas, nos reunimos hoy aquí para unir en santo matrimonio a este hombre y a esta mujer —fijó sus cansados ojos sobre la pareja y continuó —este vínculo sagrado honra a nuestro padre Jesús, ¿sois conscientes del paso que dais?

Andrew asintió enérgicamente.

—Sí —afirmó contundente y todos los presentes contuvieron el aliento ante el silencio de Ivy.

Andrew la miró confuso.

—Mi amor —dijo esperando su respuesta.

Ivy levantó su mirada insegura.

—Sí —respondió tímidamente.

El reverendo prosiguió contento.

—¿Os amareis tanto en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y la pobreza, durante el resto de vuestra vida?

—Sí —contestaron al unísono.

El reverendo alzó su voz por encima de sus cabezas.

—Si hay alguien presente que conozca algún motivo por el que estas dos personas no puedan contraer matrimonio —hizo una breve parada —que hable ahora o que calle para siempre.

Un gran revuelo se formó cuando inesperadamente las puertas de la iglesia se abrieron de par

en par, y como poseía Emma Montana corrió hacia la capilla bajo la atónita mirada de todos los invitados.

—¡No te cases Ivy, no lo hagas! —le gritó.

—¡Qué está pasando aquí! —exclamó el padre de Ivy perplejo —¿Quién es esta joven? —le preguntó a su hija.

Ivy ignoró su pregunta y se dirigió al encuentro de Emma.

—No te cases —le repitió ella firme con una nota suplicante.

Los ojos de Ivy se llenaron de incertidumbre.

—¿Por qué? —inquirió apabullada —¿Qué ha pasado?

A Emma se le hizo un nudo en la garganta que la sofocó.

Sus palabras salieron como un atropello de su boca.

—N-e-i-l —tartamudeó nerviosa— e-s-t-á v-i-v-o.

A Ivy casi le dio un soponcio. De repente la iglesia se volvió diminuta ante sus desorbitados ojos.

—¡Qué! —exclamó incrédula —¿vivo?

Emma asintió vehemente.

—Sí —respondió feliz.

—Pero eso no puede ser —negó confusa —yo misma asistí a su entierro, vi su féretro.

Emma repuso con congoja.

—Ese no era Neil —dijo— no era él.

—¿Cómo? —abrió la boca totalmente descompuesta.

—Sigue con vida, Ivy —cogió sus manos —Neil está vivo —pronunció con énfasis.

—¿Y donde está ahora? —se exaltó con preocupación.

—En el viejo rancho de mi abuelo —respondió.

—Necesito verlo —repuso con urgencia.

Emma la miró con apuro. En ese momento fue incapaz de contarle la verdadera situación de Neil.

Un nudo le atenazó el alma mientras observaba a su amiga.

Ivy se quedó inmóvil frente al altar. Podía oír como los frenéticos latidos de su corazón golpeaban con anhelo su pecho.

Sus ojos se anegaron en lágrimas cuando se giraron hacia la figura de Andrew.

Entonces cogió dulcemente sus manos entre las suyas y musitó sincera.

—Andrew, perdóname, pero no puedo casarme contigo.

Este la miró sin entender nada.

—¿Por qué? —preguntó apesadumbrado.

—N-o t-e a-m-o —tartajé incómoda —sería un error si me casase hoy contigo —acarició con cariño su mejilla.

—Pero... —intentó hablar confuso con la situación.

—Perdóname —le repitió con congoja —algún día encontrarás a la mujer que realmente te merezca —sus lágrimas rodaron por sus mejillas— debo irme —murmuró recogiendo el largo vuelo de su vestido.

—¡Ivy! —le gritó su padre en el umbral de la puerta deteniendo su paso rápido.

Ivy se giró hacia su rostro de enfado.

—¿A donde crees que vas?

—Padre —intentó expresarse con culpa.

Su padre la agarró del brazo.

—Ni se te ocurra abandonar esta iglesia, ¿me oyes?

—Pero no puedo casarme con Andrew —matizó con un sollozo —no le amo.

—Estás haciendo el ridículo delante de la gente —le lanzó con enojo.

—¿Y qué? —se elevó de hombros.

—Entra de nuevo y casate —le ordenó tosco.

—No estoy enamorada de él —manifestó férrea.

—Hija —trató de convencerla—, ya hemos hablado de eso, con el tiempo aprenderás a querer a tu marido.

—No —se reveló con fuerza— no me casaré padre —y agregó—, es mi vida.

Ivy oyó el murmullo por encima de su cabeza, pero solo hizo caso a su corazón.

Salió de la iglesia, y como una novia a la fuga escapó hacia el rancho “Dreams” en busca de su verdadero amor, Neil.

Capítulo 9

Como una loca Ivy corrió sin detenerse. Necesita verlo, lanzarse a sus brazos, confesarle sus sentimientos.

Llevaba demasiado tiempo aguardando aquel momento.

No pensó en nada, solo en la urgencia de llegar cuanto antes al rancho, pero lo que encontró a su llegada la dejó completamente helada, cuando con su bonito vestido y el corazón bombardeándole a cien kilómetros hora, entró en aquel lúgubre salón.

Ivy intentó buscar la figura de Neil en aquella oscuridad.

—¿Neil? —lo llamó con un leve temblor en los labios, pero no obtuvo respuesta —¿Neil? —repitió confusa.

De repente un hondo suspiro penetró en el silencio de la habitación.

—Estoy aquí —oyó la potente voz masculina carente de toda emoción.

—¿Dónde? —se extrañó la joven mientras con energía avanzaba para descorrer las cortinas del gran ventanal para que entrase la luz del sol.

—Aquí —repuso tosco.

El polvo hizo que Ivy tosesse levemente. Sus ojos se encandilaron, incluso le lagrimearon ante los nítidos rayos que se reflejaron en el cristal.

Con alegría la joven se giró hacia el escritorio mientras hablaba emocionada.

—Cuando Emma me ha dicho que estabas vivo —matizó con un nudo —no podía creérmelo... —Ivy detuvo sus palabras.

Decepcionada observó como Neil permanecía sentado de espaldas a ella. Ni tan siquiera se había dignado a mirarla a la cara.

Sintió ganas de llorar. La congoja se apoderó de su cuerpo cuando lo escuchó decir cínico.

—¿Por qué? —le lanzó Neil —¿tanto te hubiese gustado qué siguiese muerto?

—¡No! —exclamó Ivy horrorizada ante su comentario —¿Cómo puedes decir eso? —se tapó la boca con ambas manos.

Su respuesta la abrumó.

—He oído que te casas con el joven doctor Calson.

¿Hubo reproche o dolor en sus palabras? Ivy no pudo evitar sentirse culpable.

Avergonzaba se miró las manos nerviosa.

—Ya no —dijo.

—¿Por mi? —ironizó dañando de esa manera a Ivy.

—Sí —respondió firme, y agregó —te prometí que te esperaría.

—Yo no te lo pedí —siguió frío.

—No te entiendo —sollozó intentando no derrumbarse —tus cartas —repuso con emoción —tus palabras...

—Tan solo eran letras escritas sobre un papel —se obligó a decir Neil.

—No te creo —repuso férrea.

—¿Qué quieres de mi, Ivy? —inquirió Neil con una extraña nota de voz que delataba su indiferencia —¿Amor?

—Lo he dejado todo por estar contigo —prosiguió Ivy con dolor.
—Nunca te lo he pedido —se excusó y la joven montó en cólera ante su actitud.
—¿Estás jugando conmigo, Neil Montana?
—No.
—Pues ten la decencia de mirarme a la cara y decirme que no sientes nada por mi, y entonces —afirmó —me iré por donde he venido.
—Ojalá pudiese —expresó Neil dándose la vuelta.
Ivy creyó desvanecer al ver su rostro, pero sobre todo sus ojos completamente oscuros.
Con llanto ahogó un pequeño grito.
—¡Qué!
Las lágrimas corrieron sin control por sus mejillas.
—Estoy ciego —replicó impotente —completamente ciego.
Enmudecida Ivy lo contempló en shock. Entonces se acercó hasta él con sigilo incapaz de decir una palabra.
Aquel silencio destrozó el corazón de Neil. Con enfado dijo.
—¿No dices nada? —inquirió —¿Te arrepientes ahora de haberlo dejado todo por un maldito ciego?
—¡No! —expresó ella apabullada por aquel giro inesperado.
—No me mientas Ivy —le rogó —mis ojos no pueden verte pero mi intuición sí.
Ivy se mantuvo firme.
—Te equivocas —manifestó —no me importa que estés ciego —una congoja anudó su garganta.
A Neil le entraron ganas de reír.
—¿Y pasarías el resto de tu vida junto a un invidente?
—Sí —respondió.
Neil sintió el ligero movimiento del vestido de Ivy.
Sabía que estaba cerca, podía oler su perfume. Todo su cuerpo se estremeció, pero la rabia dominó sus sentimientos.
Neil se mantuvo pasivo, distante.
—No quiero tu lastima, Ivy —le soltó de repente —corre, aun estás a tiempo de casarte con tu doctor —y añadió abatido —yo nunca te podré hacer feliz.
Su respuesta lo sorprendió.
—No me iré a ningún sitio —clamó firme —superaremos esto —cogió sus manos dulcemente —juntos.
Aquel contacto erizó la piel de Neil y el caparazón en el que había encerrado su corazón se resquebrajó un poco.
—¿Estás segura de tu decisión?
—Completamente —acarició su mejilla con amor.

Capítulo 10

Inmediatamente Ivy se trasladó al rancho “Dreams” para cuidar de Neil.

A la joven le dio igual las habladurías de la gente del pueblo o la rotunda negación de su padre a que abandonase su hogar.

Nadie entendía la fuerte convicción de Ivy. Estaba decidida a permanecer al lado de Neil costase lo que costase.

No lo abandonaría. Ella sería a partir de ahora sus manos y sus ojos.

Aunque Neil pusiese resistencia Ivy no renunciaría tan fácilmente a llegar a ese caparazón de hielo en el que había encerrado sus sentimientos.

Ivy estaba dispuesta a derretir el frío de su corazón. Bajo esa fachada imperturbable se escondía ternura, estaba segura de ello. Lo conocía muy bien.

Era un riesgo que estaba dispuesta a asumir por amor, incluso se enfrentó a la ira de su padre cuando esa mañana recogió sus pertenencias de casa.

Su padre se opuso rotundo a esa locura. Era consciente de que Ivy escapaba de su control total.

Además la reputación de su hija andaría de boca en boca por todo el condado y no estaba dispuesto a sufrir esa humillación por su parte.

Con enfado le gritó;

—¡No te irás al rancho “Dreams” bajo ninguna condición! —tronó.

—No puedes impedírmelo —replicó Ivy —soy mayor de edad.

—¡Y qué! —soltó —sigues siendo mi hija —se llevó ambas manos a la cabeza y agregó —todo esto es absurdo.

Ivy se mantuvo férrea.

—Es mi decisión padre.

—Entra en razón —dijo— y vuelve con Andrew, él está dispuesto a perdonar tu desplante en la iglesia —y repuso —te quiere de verdad.

La joven negó con la cabeza, compungida.

—Pero yo a él no.

Ante su respuesta su padre montó en cólera.

—¿Y qué pretendes hacer con ese Montana?

—Se llama Neil —lo defendió ella.

—Me da igual su nombre —objetó con desdén —nunca te ha convenido ese hombre.

Ivy se enervó ante su comentario.

—¿Por qué? —inquirió molesta —¿porque no tiene estudios como Andrew? ¿Es eso? —sollozó impotente.

Su padre trató de convencerla.

—Escucha hija, serás muy desgraciada a su lado.

—Al menos déjame que lo intente —le suplicó con dolor.

—¡Pero es un invidente!

—¿Crees qué eso me importa? —y replicó —yo cuidaré de él.

—Echarás tu vida por la borda —le reprochó reacio.

Ivy agarró la maleta con fuerza.

—Quiero hacerlo, padre —mostró su entereza.

—No te dejaré ir.

—Padre —le rogó afligida —necesito estar al lado de Neil.

Su padre la fulminó con la mirada.

—¿Sabes lo qué dirán la gente de ti? Que eres una cualquiera.

—No me importa lo que digan —afirmó.

—Piénsalo Ivy —le dio una nueva oportunidad.

En aquella ocasión su madre salió en su defensa. Hasta ahora había permanecido callada, pero ya no soportaba más el sufrimiento de su hija.

Sabía que Ivy seguía los dictados de su corazón y eso era muy valiente.

La apoyaba.

—Paul —lo nombró con aparente calma —déjala.

—¡Qué dices Mary! —le gritó.

—Que la dejes marchar.

Paul se giró con enfado hacía su mujer.

—Es nuestra hija —dijo.

—Y lo seguirá siendo siempre —razonó ella —pero debemos dejarla hacer su vida.

—¿Tu la apoyas? —se escandalizó.

Paul sintió como el aire le faltaba a sus pulmones.

—Apoyo el amor que siente hacía ese joven —respondió Mary.

—¿Amor? —carcajeó incrédulo.

Ivy dio un paso más al frente.

—Si padre, amor. Amo a Neil.

—Eso son chiquilladas —matizó llevándose las manos al pecho con amago.

Sus facciones empalidecieron ante los ojos de Ivy.

—¿Qué te ocurre? —se apresuró rauda a acercarle una silla.

—Nada —contestó tomando asiento con dificultad.

—¿Estás bien? —le preguntó su mujer.

—Sí, estoy bien —mintió sulfurado.

En ese momento su hermano Toby entró en la estancia hecho una furia.

—¡Vete de aquí! —le gritó a Ivy molesto —¿No ves qué alteras a padre?

—Y-o-o-o —tartamudeó culpable.

Su hermano la miró con resentimiento.

—Lárgate con ese Montana —siseó mientras le daba un vaso de agua a su padre.

Su madre la miró con compasión y asintió levemente con la cabeza.

Su padre nuevamente intentó detenerla, pero Toby se lo impidió con aquellas duras palabras.

—Ella ya ha elegido, padre.

—Toby —musitó rota.

—¡Vete! —le chilló con enfado.

Apabullada Ivy repuso;

—Estaré en el rancho “Dreams” por si me necesitáis —dijo antes de marcharse con lágrimas en los ojos.

Ivy contuvo la congoja sobre su garganta y miró una última vez a su familia.

Entonces sintió que algo en su interior se resquebrajaba por completo.

Capítulo 11

Neil recibió impaciente la visita de Emma. Había pedido hablar con ella para zanjar de una vez por todas la compra-venta del rancho.

Neil había decidido quedarse con aquellas tierras y hacerlas su hogar.

Era un buen lugar para sanar sus heridas de guerra y empezar de cero.

Iba a necesitar ayuda, pero con Alec como capataz, y sus hermanos como vecinos, todo sería mucho más fácil.

Además estaba Ivy... Neil no pudo evitar que ese sentimiento de culpa inundase todo su ser.

Pese a que en un principio se había opuesto a la idea, la joven le había prometido no dejarlo, pero ¿a qué precio realmente?

Eso lo atormentaba más que cualquier otra cosa. Era consciente del riesgo que asumía Ivy por permanecer a su lado.

Aunque no quisiese admitirlo por ego, él no la merecía, no era digno de ella.

Ahora que su vida estaba acabada y hecha añicos ya no tenía cabida en su corazón para el amor que la joven le ofrecía.

Estaba marcado. No podía condenarla a amarlo y que echase su vida a perder.

Eso sería injusto para ambos. Pero también era un maldito egoísta para dejarla marchar.

Neil no se resignaba a perderla para siempre. En el fondo seguía estando locamente enamorado de ella.

¿Cómo vivir con aquellos sentimientos sabiendo que nunca sería suya?

Estaba confuso. Neil aguardó la llegada de Emma en su nuevo despacho.

Poco a poco, y con la ayuda de un bastón, se iba habituando a cada rincón de la casa, aunque aun le costaba no tropezar con los muebles y los objetos.

Tocaron suavemente a la puerta. Contratar los servicios de Lewis como su asistente personal había sido muy buena idea por parte de Zack, además Lewis se encargaría también de la parte de la jardinería.

Su potente voz se oyó tras el chirrido de la puerta.

—Señor Montana, tiene una visita —le anunció.

Neil sonrió tácito.

—Hágala pasar —dijo.

—Muy bien —asintió este ante la orden de su jefe.

Los enérgicos pasos del hombre se alejaron por el pasillo.

Neil agudizó sus sentidos. Ahora sus oídos eran como sus ojos.

El leve sonido de unas faldas inundó el silencio de la estancia.

Emma entró veloz con el pequeño Henry entre sus brazos.

—Hola Neil —lo saludó alegremente —¿cómo te encuentras?

—Hola Emma —respondió escueto —bien —agregó —¿y mi sobrino Henry?

Ella rió suavemente.

—Más revoltoso que nunca —lo puso sobre el suelo y el pequeño se subió a los brazos de su tío.

Con sorpresa Neil lo acogió en su regazo.

—¡Hola pequeño! —por primera vez Neil sonrió feliz.

Emma observó la escena enternecida.

—Últimamente solo quiere que lo acunen —se quejó Emma.

—Déjalo —repuso Neil —no me molesta —dijo acariciando su espeso cabello —quiero recuperar el tiempo perdido con este renacuajo, ¿a qué si? —su voz vibró in contenida.

Emma tomó asiento complacida.

—Liam me ha dicho que querías hablar conmigo —comenzó diciendo.

—Así es —cambió su tono endureciéndolo notablemente —he tomado una decisión —abrevió —quiero comprar el rancho “Dreams”.

—¿En serio? —se sorprendió gratamente.

—Si a ti te parece bien, claro —añadió al recordar que aun era la dueña de esas tierras.

—¡Sí, por supuesto! No encontraría mejor comprador para “Dreams” que tú —manifestó conforme —se que el rancho estará en buenas manos.

Neil se sintió halagado ante sus palabras.

—Quiero finalizar el contrato de compra-venta hoy mismo —dijo.

—¿Tan pronto? —inquirió.

—Cuanto antes mejor, ¿no?

Emma no puso ninguna pega.

—Está bien —accedió.

—Le pediré a Zack que me lleve a la oficina del abogado Scott, y que prepare los documentos —concordó firme.

La joven se mostró entusiasta.

—Aun no me creo que tu vayas a ser el próximo dueño de “Dreams”.

—Cuidaré bien de estás tierras —prometió solemne.

Emma no pudo evitar emocionarse al pensar en su abuelo.

—Así que va en serio lo de quedarte en Madisonville.

Neil asintió.

—Este lugar es mi hogar —afirmó —aquí está todo lo que quiero.

Emma no pudo morderse la lengua y aunque no era asunto suyo replicó;

—¿Incluida Ivy?

Capítulo 12

Un repentino repulso hizo saltar a Neil. Sus músculos se tensaron haciendo que el pequeño llorase ante su rigidez.

Rápidamente Emma agarró a su hijo para calmar su llanto.

—¿A qué te refieres? —esquivó su respuesta.

—Sabes perfectamente lo que Ivy siente por ti —no se cortó ni un pelo en su respuesta.

—Ivy es una buena amiga —se obligó a decir entre la espada y la pared.

A Emma le entraron ganas de carcajear ante su aparente frialdad.

—¿Y nada más? —inquirió —Ella se ha trasladado aquí solo para estar más cerca de ti —se jactó para añadir —¿y solo es una amiga?

—Yo no le he pedido que lo haga —se mostró incómodo.

—¿Y qué más da eso? —siguió Emma en su misma línea —sabes perfectamente lo que se hablará de ella en el condado —le reprochó seria.

Neil se sintió atacado.

—Ese no es mi problema —se expió de culpa como pudo.

Emma lo miró con enfado.

—No me puedo creer que la guerra te haya vuelto un ser tan mezquino —le lanzó a la cara.

Emma empezaba a estar sumamente alterada. Sus gritos se podían oír en toda la casa.

En ese momento Ivy pasó por allí y desafortunadamente escuchó la conversación de ambos.

—¿Y qué pretendes que me case con ella solo por eso? —replicó Neil con enojo.

—Sería muy honorable por tu parte —lo contraatacó ella.

—Yo no soy un caballero, Emma, no lo haré —se reveló Neil.

Ivy se llevó las manos a la boca tapando su grito de espanto.

Emma se giró hacia ella completamente consternada.

—¡Ivy! —la nombró haciendo participe a Neil de su presencia.

La joven miró a su amiga con lágrimas en sus ojos y salió corriendo sin escucharla.

—¡Ivy! —le gritó impotente.

Neil se mantuvo imperturbable ante la situación. En el fondo estaba ardiendo por dentro.

Emma encaró a su cuñado iracunda.

—¿Estás contento con lo que has hecho? —le siseó con enfado.

Neil se elevó de hombros.

—No he hecho nada.

—¿Ah no? —se mofó —te estás comportando como un niño infantil —y repuso —no te reconozco Neil Montana.

Un surco amargo arrugó su entrecejo.

—No te consiento que me hables así...

Emma lo cortó en seco.

—Soy yo la que no te consiente que trates a Ivy de esa manera, ¿me oyes? —bramó.

El dolor anegó sus facciones cuando Emma prosiguió con su mismo tono;

—Ivy es mi amiga y la chica más dulce que conozco, y si tu no sabes valorar eso —repuso

firme —entonces no la mereces —concluyó dándose media vuelta.

Emma agarró fuertemente a Henry y sin mediar más palabra abandonó el despacho en busca de Ivy.

En la soledad de su propio desconsuelo Neil se maldijo en silencio.

Era un cobarde por actuar de esa manera. {Entonces no la mereces}, resonó en su confusa cabeza repetidas veces.

Creyó enloquecer en aquella oscuridad que lo embargaba.

Frustrado Neil golpeó furioso su puño contra la mesa con tanta fuerza que sus nudillos ensangrentaron.

No le importó el dolor. Estaba irritado consigo mismo.

La impotencia cubrió gran parte de sus facciones.

Resopló fuertemente. Necesitaba un trago. Inmediatamente hizo llamar a Lewis para que le sirviese una copa, pero una no fue suficiente para mitigar su desesperación, y tras la primera Neil acabó bebiéndose la botella.

Capítulo 13

Durante la hora de la cena ninguno de ambos se dirigió la palabra.

Ivy estaba demasiado dolida y Neil tenía una resaca del copón.

Mantuvieron un estricto silencio mientras la nueva cocinera les servía un exquisito guiso que Ivy ni tan siquiera probó. Tenía el estómago completamente cerrado.

Tras salir corriendo se había refugiado en las caballerizas hasta que Emma la encontró.

Durante un rato había derramado sus amargas lágrimas sin comprender porque Neil parecía odiarla.

Miles de pensamientos agolparon su aturullada cabeza.

Quizás se había precipitado. Quizás ya no quedaba nada del Neil que ella conoció en el pasado.

Se sintió herida, rechazada. Hablar con Emma había calmado su ansiedad pero sus temores seguían estando presentes.

Ahora observando el plato sin tocar sintió como su alma enamorada se resquebrajaba completamente.

Llena de rabia e impotencia Ivy no sostuvo ni un segundo más aquella angustia que la asolaba, y echando su silla hacia atrás, se levantó de golpe produciendo un agudo sonido que sobresaltó a Neil.

Este arqueó levemente una ceja.

—¿Terminaste? —replicó en tono frío.

—No tengo más apetito —arrojó con ímpetu la servilleta sobre el plato.

Neil torció la sonrisa.

—Muy bien, que descanses —dijo sin más.

La sangre de Ivy golpeó su sien. Entonces castañeo los dientes y repuso altiva.

—Mañana iré temprano a la consulta del doctor Fhil —le comunicó.

Aunque no se lo había comentado a Neil por temor ante su negativa, Ivy había hablado con el doctor sobre el caso de su ceguera, y este le había dicho que tenía un colega especializado en oftalmología, y que casualmente se encontraba en el condado dando una conferencia.

Ilusionada por recibir una segunda opinión Ivy le agradeció al doctor su ayuda, y mantuvo en secreto ese encuentro.

No era el momento adecuado para decírselo a Neil, antes quería estar segura de lo que le dijese el doctor.

—Me parece perfecto —agregó Neil dejando su tenedor en el plato —pero recuerda —arrastró sus palabras —que debes regresar temprano para cumplir con tus tareas.

—No me he olvidado —matizó dolida —de mis tareas, Alec me ayudará a ordeñar las vacas —le lanzó siseante.

Una risa cínica curvó la boca de Neil.

—Es su trabajo —replicó.

Ivy lo miró con el corazón en un puño. Sentía una inmensa pena clavada en su alma.

Con los ojos completamente llorosos se retiró a su habitación sin mediar ni una palabra más.

Neil escuchó el leve sonido de sus faldas al caminar.
Enfurecido consigo mismo golpeó fuertemente la mesa.
De un manotazo apartó el plato de la cena. De repente ya no tenía ningún apetito.
Con urgencia llamó a Lewis para que le sirviese una copa de brandy.
Ahogar sus penas en alcohol no era la mejor manera de arreglar las cosas, pero Neil no conocía otro modo de olvidar el dolor que le consumía las entrañas.

A la mañana siguiente Ivy se levantó mucho antes de que saliese el sol.
En verdad ni tan siquiera se había acostado, había pasado la noche llorando en su habitación, y ahora sus grandes ojeras enmarcaban su rostro desapacible.
Exhausta se vistió y contempló los campos sembrados desde la ventana.
Aquella belleza la abrumó. Ivy contuvo su fuerte estremecer.
Los hombres aun no habían empezado a faenar, si se daba la suficiente prisa llegaría a tiempo para realizar sus labores en el rancho.
Ivy quería demostrar a Neil que ella estaba capacitada para realizar aquel trabajo, y que era tan válida como cualquier ranchero de la zona.
Quería demostrarle que estaba equivocado, tan equivocado como en no querer su ayuda. ¡Se lo demostraría como que se llamaba Ivy Campbell!
Cogió el jeep de Alec y se acercó hasta el pueblo.
Cuando llegó a la consulta el doctor Phil no estaba.
Descontenta observó el gran desorden que tenía organizado.
Aquel hombre era un completo desastre. Sonrió mientras archivaba los informes apilados sobre el escritorio.
Tuvo que esperar casi una hora. En ese trascurso de tiempo atendió varias urgencias.
La primera por una caía de un caballo. El paciente presentaba algunas magulladuras leves y un tobillo torcido.
La segunda consulta fue por unas anginas. Ivy le recetó al pequeño Ian unos antibióticos, y le recomendó a su madre que el niño guardase reposo durante unos días.
Varios pacientes acudieron también para recoger algunas recetas. Ivy se resolvió bastante bien en aquel terreno.
Era un lugar donde se sentía a gusto. Cuando se sentó en la silla, el sol de media mañana entraba tímidamente a través del cristal de la pequeña ventana.
Ya no quedaba ningún paciente en la sala de espera. Ivy suspiró algo cansada.
Transcurridos unos minutos escuchó abrirse la puerta de la consulta.

Capítulo 14

Rápidamente se puso en pie para recibir al doctor Phil.

—Buenos días doctor —dijo con una amplia sonrisa.

—¡Oh Ivy! —la saludó este —buenos días —pareció extrañado para luego continuar —no te esperaba tan temprano.

—No se preocupe —se apresuró a decirle —ya he atendido a todos los pacientes de hoy.

—¿Sola? —inquirió con agrado.

—Sí —respondió.

El hombre miró la ordenada consulta y rió.

—Y también veo que has organizado mi desorden —repuso apurado.

—No ha sido para tanto —le restó mérito a sus palabras.

—Ciertamente eres la mejor ayudante que he tenido —la alabó con fervor —te echaré de menos cuando te marches a Houston.

Ivy no pudo evitar ruborizarse ante su comentario.

—Es usted muy amable doctor —dijo.

—Tan solo es la verdad, chiquilla —rebató él —eres impecable.

—Gracias —musitó colorada como un tomate.

El doctor Phil colgó su chaqueta en el perchero y le presentó a su acompañante.

—Este es el doctor Robert Harper.

El hombre le tendió la mano veloz.

—Encantado —dijo con una amplia sonrisa.

Ivy se percató de que era sumamente alto, incluso diría que corpulento, pelo negro, barba crecida de unos cuantos días, expresiva mirada... y mucho más joven que el doctor Phil.

El doctor Harper tendría unos cuarenta años de edad.

Ivy se sorprendió notablemente.

—Un placer conocerlo doctor.

—El placer es realmente mío —matizó con simpatía —Phil me ha hablado maravillas sobre usted.

Ivy miró hacia el suelo avergonzada.

—El doctor Phil me estima —repuso.

—¿Y acaso no tengo motivos? —abarcó con sus manos el trabajo que ella había hecho, y agregó con rapidez —Robert es el mejor oftalmólogo de todo Houston.

Este se echó a reír.

—Tan poco exageres —replicó jocoso.

—Sentémonos —dijo este.

Ivy asintió con la cabeza.

—Phil me ha hablado de su caso —comenzó raudo —bueno —rectificó —el caso de su esposo.

—¿Mi esposo? —repitió abrumada ante su error —n-o-o-o e-e-s —tartamudeó —mi esposo.

Robert Harper la observó sorprendido.

—¿Entonces? —inquirió.
—Es un amigo —se obligó a decir Ivy.
—¿Un amigo? —sonó escéptico.
—Un buen amigo —replicó ella incómoda.
—Está bien —prosiguió el doctor —Phil me ha contado que a raíz de un accidente quedó ciego, ¿cierto?
—Sí —asintió Ivy —fue en la guerra, Neil estaba con su escuadrón cuando fueron atacados.
—¿Sufrió una conmoción cerebral?
—Creo que sí —se mostró confusa. Neil nunca le había hablado de como ocurrieron los hechos.
—En casos como este, señorita Ivy —empezó explicándole —cuando se sufre un fuerte golpe en la cabeza, la inflamación puede afectar a una parte del cerebro.
—Ajá —repuso atenta.
—Cuando esa inflamación llega a tocar el nervio óptico se produce ceguera, la mitad de las veces al bajar esa inflamación puede recuperarse la visión.
Ivy pegó un bote de su asiento.
—¿Me está diciendo qué es posible que vuelva a ver? —musitó ilusionada.
—Primero habría que hacerle pruebas —concluyó el doctor Harper —ver el estado en que se encuentra su nervio —y agregó cauto —en el peor de los casos y el 10% de las veces, la visión nunca vuelve.
Ivy sollozó impotente. El doctor la miró afligido.
—No se preocupe, le aseguro que si está en mis manos, ayudaré a... —se quedó en silencio.
—Neil —repuso ella —Neil Montana.
Robert Harper se puso en pie.
—Pues llévelo a mi consulta de Houston y allí hablaremos.
—¿Se marcha tan pronto de Madisonville? —pareció apurada.
—Lamentablemente sí, señorita Ivy —y repuso firme —pero no dude que si va a Houston la atenderé personalmente y analizaré su caso a fondo.
—Muchas gracias doctor Harper, trataré de convencerlo para ir.
Este arqueó una ceja dubitativo.
—La colaboración del paciente es fundamental —Ivy observó como el doctor buscaba algo dentro de su maletín marrón —dele este medicamento dos veces al día, mañana y noche —le prescribió —durante al menos dos semanas, y si decide que quiere mi ayuda, llámeme.
—Se lo agradezco —repuso Ivy.
—No hay nada que agradecer aun —dijo este con una amable sonrisa —no pierda la fe tan pronto, señorita Ivy.

Capítulo 15

Los cascos de un caballo alertaron a Neil de que un jinete se acercaba al rancho a gran velocidad.

Dejó lo que estaba haciendo junto al cercado y le preguntó a Alec.

—¿Quién es?

Alec levantó sus ojos y miró raudo hacia la ladera.

—El joven Andrew Calson —dijo.

Neil arrugó el ceño con disgusto.

—¿Estás seguro?

Alec asintió firme.

—Sí, es Andrew.

—¡Maldita sea! —masculló entre dientes.

—¿Quiere qué lo eche de aquí? —se ofreció.

—No —se negó Neil —déjalo.

—Está bien jefe —Alec cogió una montura y se marchó hacia las cuadras.

Neil contuvo los puños cerrados con ira. Su rostro era pura escarcha cuando Andrew desmontó veloz, y ató las bridas de su semental a la valla.

Con paso resuelto se quitó el sombrero y se dirigió hacia él.

—Hola Neil —lo saludó.

—Calson —respondió este de mala gana.

Andrew y Neil se conocían prácticamente desde niños.

Ambos habían crecido en el mismo condado, habían ido a la misma escuela, habían compartido las mismas aficiones.

Andrew siempre se consideró su amigo hasta que la rivalidad por la misma chica los separó convirtiéndolos en enemigos.

—¿Qué haces aquí? —atajó Neil.

—No vengo a pelear contigo —repuso Andrew a la defensiva.

—¿Qué quieres? —le preguntó con enfado.

—Siento lo que te ha ocurrido —se lamentó Andrew con pesar.

Las facciones de Neil se ensombrecieron.

—No necesito tu compasión —le lanzó frío —¿has venido para reírte de mi?

—¡No! —se escandalizó el joven.

—¿Entonces qué quieres? —Neil se mostró inflexible.

—Tan solo que hablemos —trató un acercamiento —me lo debes.

—¿Te lo debo? —casi carcajeó incrédulo.

—Después de todo me quedé plantado en el altar por tu culpa —le reprochó dolido.

Neil ignoró su enfado.

—¿A qué has venido?

—Hablemos —replicó Andrew —y después me iré.

—¿De qué? —se desmoronó cansado dejándose caer junto al viejo roble.

La brisa fresca refrescó su acalorado rostro.

—Estoy ciego, ¿no lo ves? —ironizó con agonía.

—Siento muchísimo lo que te ha pasado —Andrew se sentó a su lado.

—¿Por qué? —inquirió para luego añadir —hace mucho que nuestros caminos se separaron.

—Neil —lo nombró.

Este sacudió la cabeza compungido.

—¿Recuerdas este lugar? —lo sorprendió con su pregunta.

Andrew sonrió taciturno.

—Sí, crecimos en estas tierras —y agregó —siempre haciendo travesuras que sacaban de quicio a tu abuelo.

Sin esperarlo Neil soltó una carcajada.

—Lo recuerdo muy bien —expresó melancólico —siempre andábamos compitiendo.

—Cierto —concordó Andrew.

—¿En qué momento dejamos de ser amigos para convertirnos en enemigos? —le preguntó Neil. Andrew se elevó de hombros y respondió sincero.

—Supongo que en el momento en que ambos quisimos a la misma mujer —sonó rotundo.

Neil se giró hacia su voz.

—Y tu has ganado —replicó solemne.

—¿Yo? —arqueó una ceja con sorpresa.

—¿Quién sino? —siguió Neil en su misma línea —Andrew Calson, el joven y prometedor médico de Madisonville.

—Tu elegiste ser soldado, no yo —respondió este.

Un surco amargo arrugó el entrecejo de Neil.

—Creí tomar la mejor decisión —se lamentó con pesar.

—Fuiste valiente —repuso Andrew.

—¿Valiente o cobarde? —se mofó de si mismo.

—No todos tenemos la osadía de ponernos al frente de un batallón.

—Fui más cobarde de lo que tu crees —reconoció avergonzado.

—¿Y crees qué yo no lo he sido? —se sinceró con él.

—¿Tu? —abrió la boca con sorpresa —Mírate —añadió drástico —lo tienes todo en la vida.

Andrew no calló su respuesta.

—Todo no —dijo vehemente —no tengo a Ivy, ella te eligió a ti —sonó vencido.

—¿A qué te refieres? —se incomodó de repente.

—Lo sabes perfectamente —rió —te prefirió a ti desde siempre.

—Bobadas —se estremeció sin control.

—No te engañes a ti mismo, Ivy siempre estuvo loca por ti.

—¿Y por eso se iba a casar contigo? —le lanzó herido.

Aquel comentario mordaz le dio a Andrew donde más le dolía, el corazón.

—Eres idiota —le escupió —ella me dejó nuevamente por ti, siempre por ti —arrastró sus palabras —¿acaso no te das cuenta?

Neil cerró el puño con furia.

—¿De qué?

—De lo afortunado que eres —repuso Andrew —la vida te ha dado un regalo en forma de amor, Ivy es la chica más bonita y especial que he conocido en mi vida, es inteligente, honesta y buena —y repuso con rabia —ella te quiere, pero si te atreves a romperle el corazón —trinó enérgico —te juro que regresaré aquí y te patearé el trasero como nunca lo ha hecho nadie.

Neil torció la sonrisa.

—¿Me estás amenazando?

—Tomátelo como una advertencia —dijo él —pero no hagas daño a Ivy.

Con ímpetu Andrew se puso en pie.

—Suerte Montana —le deseó de corazón.

Tras despedirse Andrew cogió las riendas de su caballo, montó a prisa y galopó con fuerza colina arriba.

El silencio se hizo ensordecedor para Neil. Creyó que enloquecería con las palabras de Andrew.

La voz de Alec lo sobresaltó de repente.

—¿Todo bien, jefe?

—Sí —masculló entre dientes.

Neil agarró su bastón para ponerse en pie. Aunque Alec intentó ayudarle declinó su ofrecimiento.

—Estoy algo cansado —repuso— regresaré dentro.

—Como desee —dijo Alec —yo acompañaré a Peter con el rebaño.

De pronto las dudas lo asolaron. Neil no supo si fue miedo o incertidumbre lo que sobrecogió su corazón en un puño.

—¿Dónde está Ivy?

—La señorita Ivy aun no regresó, ¿necesita algo? —le preguntó Alec.

Un suspiro escapó de sus labios.

—No —mintió —pero si la ves dile que acuda a mi despacho.

—Así lo haré, jefe.

Capítulo 16

Esa misma mañana Neil recibió también la inesperada visita de su hermano Zack.

Últimamente apenas había tenido tiempo de visitarlo y charlar con él, lo extrañaba mucho.

Pero con la llegada de los gemelos, Harley, Liv, y el rancho, Zack se veía tremendamente desbordado, aunque feliz.

Ahora tenía todo cuanto siempre había deseado. Era un hombre completo gracias al inmenso amor de su mujer y sus hijos.

Pero a Zack le preocupaba su hermano. Desde su regreso de la guerra Neil no había vuelto a hacer el mismo chico que un día partió.

Había cambiado. Se comportaba raro y distante. Por eso Zack quería hablar con él, de hombre a hombre, de hermano a hermano.

No veía bien la actitud que Neil había tomado respecto a su vida.

Aquello tenía que terminar. Con aquel firme convencimiento tocó repetidas veces la puerta de su despacho y sin esperar una contestación entró con ímpetu.

—Buenos días hermano —lo saludó intentando vislumbrarlo en la oscuridad de la habitación.

—¡Zack! —lo reconoció Neil por su tono de voz.

Este avanzó con dos rápidas zancadas.

—¿Por qué no dejas qué entre el sol? —replicó enojado mientras descorría las cortinas.

—¿Para qué? —se quejó sin ganas.

A Zack se le enervó la sangre.

—Deja de compadecerte de una vez —le riñó con enfado.

Las cejas de Neil se curvaron con disgusto.

—¿A qué has venido? —inquirió.

Zack se giró hacia la figura de su hermano, con sorpresa.

—¿No te alegras de qué este aquí? —se ofendió ante su pregunta.

—¡Por supuesto qué sí! —dijo Neil bajando la guardia.

—¿Cómo te encuentras? —quiso saber Zack.

La ironía le brotó por los cuatro costados.

—Muy bien.

—Neil —lo reprendió severo.

—Es la verdad —replicó con enfado —estoy bien, hermano —agregó con voz dura.

Zack avanzó hacia su asiento. Neil escuchó sus pasos con atención.

Entonces se metió las manos en el bolsillo y extrajo un viejo reloj.

Taciturno Zack observó el objeto que había pertenecido un día a su abuelo.

—Ten —dijo— Liam me dio esto para ti.

—¿Qué es? —preguntó al tiempo que lo cogía.

Nada más al tacto Neil lo reconoció enseguida.

—¡Mí reloj! —expresó con júbilo —¿De donde lo sacaste?

—Lo llevaba el soldado consigo cuando lo encontraron muerto —le explicó Zack.

Neil arrugó el entrecejo.

—Pocos días antes del ataque me lo robaron del barracón —recapituló con aparente dolor — debió quitármelo entonces.

Zack se mostró impaciente.

—¿Cómo sucedió todo? —hizo alusión al fatídico día.

Neil dio un respingo ante su pregunta. Un nudo le sofocó la garganta.

El horror, la sangre, la pólvora, todo acudió con angustia a su cabeza.

Durante aquel tiempo no había estado preparado para revivir ese momento.

Su cuerpo tembló inconscientemente. A duras penas habló con desgarró.

—Los aliados del general Maine nos tendiendo una emboscada. Maine —continuó con sofoco —y el capitán Montgomery habían llegado a un pacto, el general retiraría sus tropas si el capitán se retractaba de sus acusaciones de traición. Una decisión dura —repuso tácito —para un hombre de honor como el capitán Montgomery, pese a sus principios y creencias —prosiguió Neil —se sacrificaría una vez más por su país, pero Maine es despiadado y no cumplió con su palabra. Su milicia nos atacó por sorpresa —Neil necesitó unos segundos para continuar, estaba aturdido.

Rápidamente Zack se posicionó a su lado, para apoyarlo.

Estaba completamente conmocionado ante su historia.

Vio el sufrimiento y el desgarró en el rostro de su hermano, y maldijo en silencio.

Observando sus facciones percibió que algo había cambiado en Neil, ya no parecía un niño, sino un hombre con marcas de guerra en su herido corazón.

Capítulo 17

Aturullado Neil intentó no derrumbarse ante los recuerdos.

Su cuerpo se estremeció incontrolado por su fuerte nerviosismo.

Abatido continuó hablando. Zack lo escuchó con atención.

—La mañana del ataque, mi compañero Raylen y yo nos encontrábamos en el barracón —la boca de Neil se curvó confusa —reíamos entre bromas —dijo mientras su ceño se fruncía —de repente sonó la voz de alarma, nos atacaban —le relató con sufrimiento —los proyectiles empezaron a volar por todos los lados del campamento. Varios de ellos impactaron en el barracón, las llamas rápidamente lo cubrieron todo, el polvo, el humo no me dejaba ver con claridad.

—Calma —le pidió Zack preocupado, pero Neil no detuvo sus palabras y repuso.

—Una de las vigas se desplomó sobre mi cuerpo, Raylen corrió para ayudarme —Zack lo miró con congoja —era muy pesada. El fuego seguía avanzando hacía nosotros, hubo gritos, otro proyectil explotó a pocos metros —Neil se contuvo abrumado —lo último que recuerdo es haber despertado en la cama de un hospital —y agregó tosco —el resto ya lo sabes.

Zack se sintió compungido.

—Debió de ser duro —le mostró su comprensión.

Las facciones de Neil se endurecieron.

—Lo fue, pero luchamos como jabatos, no nos rendimos ni sometimos al poder de Maine, mi regimiento luchó hasta el final —declaró con orgullo.

—No lo dudo —replicó Zack admirando la fortaleza de su hermano —pero aquí estás —añadió con emoción —vivo.

Neil dejó que lentamente el aire escapase de sus pulmones.

Aspiró profundamente y dijo.

—Y aquí me quedaré —afirmó contundente —no pienso irme a ningún otro sitio.

Zack lo apoyó con una sonrisa.

—Celebro tu decisión —en el fondo Neil era igual de empeinado que su difunto abuelo —¿Y qué planes tienes para “Dreams”?

—Quiero ampliar el rancho, construir un nuevo granero y agrandar las cuadras —habló con perspectiva.

—Eso es formidable —repuso Zack con sorpresa.

—También quiero llegar a un acuerdo con el señor Collins para la compra-venta de algunos caballos de raza.

—¡Vaya! Estarás ocupado un buen tiempo.

—El invierno se acerca y hay que estar preparado para ello —objetó Neil.

—Veo claro tus pensamientos hermano, te felicito —dijo para luego añadir —¿y qué pasará con Ivy?

Neil se removió inquieto.

—No te entiendo —se excusó nervioso.

Zack fue rotundo.

—¿Qué papel jugará en tu vida?

—No vayas por ahí —le advirtió molesto.

—Tan solo te he formulado una pregunta —se defendió Zack de su ira —¿qué pasará entre vosotros?

—No es el momento —esquivó incómodo su pregunta.

—¿Y cuando será el momento para ti, cuando huyas de nuevo de tus sentimientos?

Zack le golpeó donde más le dolía, su orgullo. Con fuerza cerró los puños.

—Tu no lo entiendes —le lanzó con enfado.

—Es sencillo de entender, ¿la quieres? —replicó firme —¿estás enamorado de Ivy?

Un nudo oprimió la garganta de Neil. De repente se sintió sofocado.

De golpe se levantó de su asiento. No quería seguir hablando de aquel tema.

—Estoy algo cansado hoy —le espetó reacio a darle una respuesta —agradezco tu visita —agregó —pero necesito descansar un poco.

Zack lo miró en cierta parte decepcionado.

—Está bien, me marcho, descansa —cogió su sombrero para irse.

—Dale recuerdos a Liv de mi parte —repuso Neil.

Zack se giró en la puerta con rostro de preocupación.

—Si necesitas cualquier cosa, llámame.

Neil asintió con la cabeza.

—Gracias —musitó.

El golpe de la puerta retumbó sobre sus oídos con fuerza.

Escuchó sus enérgicos pasos y luego el silencio de la habitación.

Capítulo 18

Emma se paseó impaciente de un lado a otro de la consulta mientras esperaba ser atendida por el doctor Phil.

Con nerviosismo se mordió las uñas. Llevaba días inquieta.

Tenía un palpito, una sospecha. Emma acarició su vientre con amor.

Entonces se estremeció por completo. Necesitaba confirmar lo que su corazón ya sabía.

Un nudo le oprimió la garganta. Iba a enloquecer.

No sabía si aquel era el momento más adecuado para tener otro bebé.

Con Liam cursando sus estudios, el pequeño Henry, y la sombra de su primo Justin acechando sobre ellos, a Emma se le hacía difícil la situación.

Estaba asustada, si el resultado daba positivo no sabía como le contaría a Liam que sería de nuevo padre.

Desde el nacimiento de Henry no habían hablado de tener más hijos.

Ahora se encontraba totalmente confusa. Intentó tranquilizar sus nervios.

Hacía tiempo que aquel desazón no desaparecía de su cabeza.

Tenía tantas preguntas sin resolver, tantas dudas que la asolaba sobre el misterioso paradero de Justin.

Nunca encontraron su cuerpo entre los escombros, y el sheriff no descartaba la posibilidad de que siguiese con vida.

A veces creía que eran imaginaciones suyas, pero se sentía todo el tiempo vigilada, con aquel frío aliento rozando su cogote.

Podía notar una presencia extraña, sentir sus pasos.

Su cuerpo estaba aterrado. Aquel temor se lo había ocultado a Liam. Él quizás la hubiese tomado por loca.

Con angustia se retorció las manos. Aspiró fuertemente el aire por su nariz.

Después de un rato el doctor la hizo pasar dentro.

—Buenos días, señora Montana —la saludó con jovialidad.

—Buenos días, doctor.

—Perdone que la halla hecho esperar —pareció apurado —pero desde que Ivy se ha marchado hace un rato no doy abasto.

—¿Ivy a estado aquí? —se sorprendió Emma.

El doctor asintió feliz.

—Sí —dijo— me ha echado una mano durante algunas horas —y agregó —y menuda mano qué tiene con los pacientes! —la alabó complacido.

Emma intentó sonreír ante su comentario.

—Es una buena chica —objetó con cariño.

El doctor estuvo de acuerdo.

—Lo es sin ninguna duda, tome asiento, por favor —le indicó amable.

Emma fue directa.

—¿Tiene ya los resultados de mi analítica, doctor?

—Precisamente me llegaron ayer —respondió mientras extraía de un archivador una carpeta marrón.

La impaciencia pudo con los nervios de Emma.

—¿Y? —inquirió.

El doctor Fhil le sonrió de oreja a oreja.

—Está usted embarazada, señora Montana.

Los ojos de Emma se empañaron de emoción.

—¿Está seguro? —necesitó preguntar.

—Completamente —le confirmó el pronóstico —va a tener un bebé.

Las lágrimas de felicidad que cubrieron su iris la delataron ante la mirada del doctor.

{Un hijo}, musitó ensimismada. De repente las facciones del doctor se oscurecieron presagiando malas noticias.

—Señora Montana —la nombró caótico mientras repasaba el informe clínico.

—¿Ocurre algo con mi bebé? —expresó con desconcierto.

—No le voy a mentir —expresó descontento —tiene un embarazo de riesgo.

Los ojos de Emma se agrandaron como platos. Su cuerpo tembló.

—¿De riesgo?

—Sí —dijo este —tendrá que guardar el mayor reposo que pueda.

Las manos de Emma empezaron a temblar sin control.

Su cara se volvió blanca como la pared.

—¿Me está diciendo qué podría perder a mi bebé? —preguntó con zozobra.

—Es pronto para saberlo, está de pocas semanas —le trató de explicar —pero existe el riesgo de que el embrión se desprenda de la placenta —y agregó cauto —y pueda sufrir un aborto espontáneo.

Emma se llevó las manos a la boca con sollozo.

—No se apure señora Montana, tan solo debe tener reposo durante los primeros meses, y seguir mis indicaciones.

Emma se concienció ante sus palabras.

—Haré todo lo que me diga, doctor.

—De momento se empezará a tomar este complejo vitamínico —le dio la receta para tranquilizarla —y verá que todo irá bien.

—Gracias doctor Fhil —musitó Emma.

—Y dele la enhorabuena al señor Montana por su paternidad, la veo en mi consulta dentro de un par de semanas —se levantó a prisa para acompañarla hasta la puerta —hasta entonces cuídese.

Aturdida Emma salió de la consulta sin un rumbo fijo, con aquella mezcla de sentimientos arremolinada en la boca de su estómago.

Por un lado estaba la emoción y la felicidad que conllevaba la llegada de un nuevo hijo, y por otro lado estaba el temor y la incertidumbre que acechaba sobre su futuro.

¿Qué pasaría si sus peores presagios se confirmaban?

Emma tenía miedo, miedo por Liam, por Henry, por el bebé que crecía en sus entrañas.

Con un nudo in contenido lloró, lloró tan desconsoladamente que apenas le quedaron fuerzas para regresar a casa.

Capítulo 19

Era tarde cuando Ivy aparcó el jeep frente a la tienda de ultramarinos de la “Tía Dory”. Sin darse cuenta había pasado más tiempo del esperado en la consulta del doctor Phil. Ivy estaba satisfecha con la conversación que había mantenido con el médico especialista. Ahora estaba más tranquila, aun había un rayito de esperanza para Neil. Lo más difícil sería convencerlo para ir hasta Houston. Sabía lo testarudo que podía llegar a ser. A Ivy se le escapó una sonrisa por la comisura de sus labios.

Sabía como ganarse a Neil, por el estómago. Le haría su postro favorito, pastel de zanahoria. Recordó que la abuela de Neil lo solía cocinar en la época de invierno. A Neil le encantaba aquella receta de su abuela Margot. Ivy echó la vista atrás con nostalgia, reviviendo aquellos mágicos momentos de su infancia junto a Neil.

Cada tarde después de salir del colegio, Neil la invitaba a su casa, y juntos compartían juegos y risas, y de esa tierna manera se enamoró perdidamente de su mejor amigo.

Siempre había amado a Neil. Era un secreto a voces que todo el pueblo conocía, pero él nunca dio ese paso más allá, nunca reconoció sus sentimientos, y ahora Ivy no sabía si sería demasiado tarde para intentarlo.

Hizo memoria. Para preparar el pastel necesitaba comprar algunos ingredientes, así que antes de bajar de jeep hizo una rápida lista de la compra.

Con aquella alegría que la caracterizaba caminó unos cuantos metros hasta la otra acera, donde se encontraba la pequeña tienda.

Ivy era consciente de la hora que era, pero tampoco se demoraría demasiado. Nada más cruzar por la puerta del establecimiento, su típica campanilla resonó fuerte. Miles de recuerdos acudieron a su cabeza con melancolía. Aquel lugar siempre había sido especial para Ivy cuando iba de la mano de su padre. Apreciaba a la tía Dory, era una mujer muy dulce y cariñosa. Ivy sonrió al entrar, pero pronto su sonrisa desapareció de su rostro al encontrarse allí a Sandy, la mujer más chismosa del pueblo.

Esa mujer escupía fuego por la boca. Cada vez que hablaba subía el pan. No solo era una cotilla de mucho cuidado, sino que también actuaba con alevosía, tras su sonrisa cándida.

Ivy aguantó la compostura mientras la tía Dory la recibía con aparente júbilo.

—¡Ivy! —exclamó.

—Hola tía Dory —la saludó con cariño.

—Hola Ivy —dijo Sandy al verla.

—¿Qué tal Sandy? —se obligó a ser cortés.

Esta hizo un incómodo mohín.

—Bien.

—¡Qué sorpresa verte por aquí! —repuso la tía Dory —hacía mucho tiempo que no venías.

Por lo bajo Ivy escuchó como Sandy se reía.
—He estado muy ocupada.
—¿Cómo están tus padres? —se interesó rápidamente.
—Están bien —replicó sin más detalle.
—¿Y qué te pongo? —preguntó atenta a su lista.
—Necesito harina, zanahoria —señaló hacia la verdura fresca —levadura en polvo, limones, canela en rama, ¡ah! —soltó risueña —y huevos.
—¿Qué vas hacer? —dijo la tía Dory con curiosidad.
—Un pastel de zanahoria —contestó decidida.
—Que bueno —asintió con la cabeza y se marchó hacia la trastienda.
El aire se volvió sofocante para Ivy. El ambiente era tenso al lado de Sandy.
Ivy se sintió algo incómoda. Entonces la oyó replicar con cierto retintín.
—Querida, ¿es cierto que te vas a casar con el joven Montana?
Ivy dio un repulso inesperado y tosió repetidas veces, incrédula.
Abrió la boca con sorpresa.
—¿Cómo? —repuso perpleja.
Sandy rió maliciosamente.
—Eso dicen, que dejaste plantado al pobre Andrew para casarte con el “otro” —sonó de forma despectiva.
Ivy trató de defenderse.
—Eso no es verdad —manifestó con enojo.
—No te enfades mujer —rió con sorna —pero como ya vives con él —le dejó caer —pensé que estabais comprometidos.
A Ivy le ardieron las mejillas. No supo donde esconder la cabeza.
—¿Quién se casa? —salió la tía Dory de la trastienda.
—Ivy —repuso Sandy.
—¡Yo no he dicho qué me caso! —saltó incómoda.
—¿Te casas? —inquirió confusa.
—No, no —la sacó rápidamente de su error —eso son habladurías de la gente —clavó su mirada en Sandy.
—¿Qué hay entonces entre el joven Montana y tú? —le preguntó Sandy intencionadamente.
—Eso no creo que te incumba a ti —le arrojó a la cara.
Completamente molesta Ivy se giró hacia la tía Dory.
—¿Qué te debo por todo?
—Son cinco dólares —repuso ajustando la cuenta.
Ivy sacó el dinero de su bolsillo y le pagó.
—Ten —dijo recogiendo sus bolsas —debo irme ya.
La tía Dory la abrazó con cariño.
—Cuidate.
Ivy ni tan siquiera miró hacia atrás, pero pudo sentir la fría mirada de Sandy clavada sobre su espalda.

Capítulo 20

Cuando Ivy llegó al rancho su buen humor se había ennegrecido.

Esa mala pécora de Sandy había logrado nublar su día, pero Ivy no iba a dejar que también le arrebatara su energía.

Dispuesta a olvidar el incómodo incidente en la tienda de la tía Dory, entró en la cocina y se dispuso a preparar el pastel de zanahoria, tal cual la receta de la abuela Margot.

Le llevó un buen rato preparar todos los ingredientes.

Mientras cocinaba tataba una canción. Eso la ayudaba en su tarea.

Tan absorta se encontraba que ni tan siquiera se percató de la llegada de Neil.

Sin hacer ruido se apostó contra el quicio de la puerta, y dejó que el rico olor a bizcocho impregnase sus fosas nasales.

Oía el monumental ruido de la cacharería y eso le divertía.

No podía verla, pero intuía por su actitud que estaba llena de alegría.

El corazón de Neil golpeó su pecho frenéticamente ante la irresistible imagen de Ivy.

Una sonrisa se dibujó en su labios. Le encantaba oírla cantar de aquella forma tan dulce.

Se estremeció por completo. Se quedó largo rato así, ensimismado.

De repente Ivy se giró sobresaltada.

—¡Neil! —gritó con sorpresa.

—Que bien huele —dijo él dando un paso al frente.

—¿Te gusta? —le preguntó nerviosa.

—Me recuerda a mi niñez —torció la sonrisa —a ese pastel de zanahorias que me hacía mi abuela.

—Es el pastel de zanahorias de tu abuela —dijo ella.

—¡Qué! —chilló incrédulo.

Ivy soltó una dulce risa angelical.

—Le he pedido la receta —el pitido del horno le indicó que el pastel ya estaba hecho.

Con prisa cogió la manopla y lo sacó.

—¿Por qué? —preguntó Neil anonadado.

Ivy se encogió de hombros.

—Quería hacer algo especial —sus mejillas se arrebolaron.

—¿Qué celebramos? —repuso intrigado.

Ivy vio más cercano que nunca a Neil. Era el momento de hablarle.

Sus ojos se iluminaron con inocencia.

—Hoy he hablado con el doctor Harper.

—¿Quién? —se extrañó al oír aquel nombre.

—Robert Harper —prosiguió Ivy —médico especialista en oftalmología.

A Neil le cambiaron radicalmente sus facciones. Sus cejas se arquearon con desaprobación y su rostro se volvió escarcha.

—¿Para qué has hablado con él? —repuso tosco.

Ivy se percató de su cambio de humor.

—Me ha dicho que podría estudiar tu caso —dijo algo entristecida al ver su reacción.

—No quiero que estudie nada —objetó con enfado.

—Pero... —intentó convencerlo.

Neil se mantuvo firme.

—No hay peros Ivy —y continuó en el mismo tono duro sin darse cuenta de que la hería —te he dicho un millón de veces que no quiero que te inmiscuyas en mi vida.

Ivy sollozó ante su ataque.

—Tan solo pretendía ayudar.

—No te he pedido tu ayuda —contraatacó él.

Ivy explotó herida. Ya no podía callar más.

—Ese es tu problema Neil Montana, que nunca serás capaz de pedir ayuda, pero sabes —Ivy lo miró con convicción, arrojó su delantal sobre la encimera y dijo —ya no puedo continuar con esto.

Sus ojos estaban cubiertos por el dolor.

—¿Qué quieres decir? —Neil pareció asustado por primera vez.

En realidad tenía miedo de lo que Ivy le iba a soltar.

Aquel sentimiento le atenazó el alma.

—Me rindo contigo —le lanzó con desgarro —lo he intentado todo, pero se acabó, me marchó para siempre, y así podrás continuar con tu maldita vida.

Neil se paralizó por completo. De repente sintió como su mundo se desmoralizaba.

—No puedes marcharte —le dijo exasperado.

—¡Oh si qué puedo! —le gritó resuelta.

Ivy caminó decidida hacia la puerta. Las lágrimas se derramaron por sus mejillas.

Neil la detuvo cogiéndola por el brazo. Se negaba a dejarla marchar.

—¡Suéltame! —le pidió ella.

—No puedo dejar que te marches —le expresó arrepentido.

—¿Por qué? —musitó rota ante sus palabras.

—No te vayas —le rogó con pasión —quédate.

—Dame una sola razón para quedarme —le pidió con ímpetu.

—Te necesito a mi lado, Ivy —la nombró cálidamente.

Neil abarcó su rostro entre sus manos. El tacto de su piel lo estremeció de pies a cabeza.

Con el pulgar secó sus lágrimas, afligido.

—¿Me necesitas? —insistió sin creerlo.

—Sí —matizó firme.

—¿Por qué? —volvió a formularle la misma pregunta.

Capítulo 21

Neil sonrió ante su inocencia.

—Te necesito, eres muy importante para mí —sus dedos acariciaron con calor sus mejillas.

Ivy tembló de emoción. El calor se expandió por todo su cuerpo.

Con las yemas de sus dedos dibujó cada línea de su contorno.

Ivy se derritió ante aquel contacto.

—Quédate a mi lado —le rogó apasionado.

Ella lo miró con amor. Y entonces sucedió. Los labios de Neil se acercaron lentamente a los suyos y la besó con deseo.

Su boca ansiosa buscó la respuesta que tanto anhelaba su corazón.

Ivy entreabrió sus labios para darle acceso a su lengua.

Neil la apegó a su cuerpo con urgencia. Sus fuertes brazos se cerraron en torno a su cintura.

Los dedos de Ivy se enredaron en su nuca mientras él ahondaba en la dulzura de su boca.

La pasión fue creciendo, tan fuerte, tan in contenida, que ninguno de ambos pudo frenarla.

Neil la llevó hasta su dormitorio, y allí en la intimidad más completa se amaron por primera vez.

No necesitaron más palabras que sus caricias colmadas de promesas.

No hubo miedos ni reproches, solo dos almas capaces de encontrarse el uno al otro.

Ivy quería entregarse a él, sin condición. Necesitaba sentirse suya.

Era consciente del paso que daba, pero quería asumir ese riesgo.

Sin pudor dejó que Neil la desnudase lentamente. En aquella ocasión sus manos fueron sus ojos.

El tacto de su piel lo enloqueció. Era tan suave, tan embriagadora, como su perfume.

Sus manos lo guiaron a través de su cuerpo. Cada caricia lo hacían estremecer de placer.

Era una sensación única, maravillosa, que nunca antes había experimentado con ninguna otra mujer.

Ivy se estremeció por completo. Se besaron consumidos por el fuego que ardía en su interior.

Su boca recorrió lentamente cada milímetro de su piel, exploró, saboreó cada recóndito de cuerpo.

Neil la cubrió de besos y caricias preparándola con paciencia para el momento en que se uniesen en un solo ser.

Ivy tembló ansiosa. Lo amaba, no tenía ninguna duda sobre sus sentimientos.

Confiaba plenamente en él. Neil se tumbó con suma ternura sobre ella.

Sabía que aquel gesto le dolería, por eso quería ir despacio.

Cuando Ivy sintió la primera penetración ahogó un grito de dolor.

El fuerte pinchazo que sintió en su vagina la desgarró.

Neil la calmó con dulzura. Fue paciente. Acarició su arrebolada mejilla y la besó hasta que el dolor cesó rápidamente.

A duras penas él se contuvo para no continuar. Tras el primer impacto, aquella sensación de quemazón empezó a desaparecer, y solo un calor extremo se instaló en su bajo vientre.

Ivy gimió cuando Neil se movió en su interior. Aquellos pequeños movimientos se convirtieron en placer, un placer que la estremecía por completo.

Sus caderas siguieron el ritmo que marcaba su cuerpo.

Confiado Neil la penetró de nuevo con más urgencia. Ella jadeó entrecortadamente.

El calor era cada vez más intenso. Un clímax abrasador explotó en sus labios.

Neil gruñó extasiado al derramar su simiente. Ambos alcanzaron juntos el éxtasis más dulce, el amor.

Horas después de pasar la noche más mágica de su vida con el hombre al que amaba, Ivy despertó completamente renovada.

Se despezó y observó el rostro dormido de Neil, con amor.

No pudo evitar rozar levemente sus labios sonrojados.

¡Estaba tan guapo cuando dormía! Ivy se estremeció de pies a cabeza.

Aquel gesto hizo reaccionar a Neil. Lentamente entreabrió sus ojos.

Sus brazos instintivamente la pegaron fuertemente a su cintura.

No pretendía soltarla nunca más. Una sonrisa cubrió sus labios.

—Hola —musitó Ivy con el éxtasis aun iluminando sus pupilas.

—Hola, mi amor, ¿qué hora es?

Ivy miró hacia la ventana.

—Temprano —respondió acomodándose en su pecho.

Neil soltó un complacido suspiro y acarició su pelo.

Estaba plétorico. De nuevo volvía a sentirse vivo, lleno de energía. Ivy era su mejor medicina.

La amaba. Atrás habían quedado esos días de dolor y soledad, ahora tan solo quería hacerla feliz.

Con aquel propósito besó su frente con dulzura.

—¿Por qué hemos tardado tanto tiempo en estar así, juntos? —inquirió un tanto avergonzado.

A Ivy le sorprendió su pregunta. Levemente levantó la cabeza y repuso.

—¿Por tu terquedad?

Neil arqueó una ceja dubitativo.

—¿Me lo estás reprochando?

Ivy rió con soltura y le contagió su alegría.

—No, ahora soy la mujer más feliz de la tierra.

Neil se puso serio.

—No quiero volver a separarme nunca más de ti —le expresó férreo.

—¿Es una promesa? —inquirió ilusionada.

—Lo es —matizó firme —siempre estaremos juntos.

Ivy sonrió complacida y se regocijó en su pecho mientras jugueteaba con su vello.

—Me gusta esa promesa —dijo.

—He estado pensando —saltó de pronto —que quiero ir a la consulta de ese doctor Harper.

Ivy abrió la boca con sorpresa.

—¿En serio? —preguntó entusiasta.

Neil asintió vehemente.

—Iremos a Houston.

—No me lo puedo creer —quedó impresionada, y agregó impaciente —¿cuándo?

—Déjame organizarlo todo y en un par de semanas nos marcharemos.

Ivy se mostró feliz.

—¡Ay dios! —expresó eufórica mientras le daba besos por todo el rostro.

—Ivy —ella lo miró muy atenta —eres mi mayor regalo —musitó Neil con fervor.

¿Era una declaración de amor? A Ivy le sonó como música celestial para sus oídos.

No eran precisamente las palabras que hubiese deseado escuchar, pero por el momento se conformaba.

Con ímpetu in contenido dijo.

—Te amo Neil, te amo tanto —reiteró mientras sus labios buscando los suyos con anhelo.

Capítulo 22

U nos días después Neil ya lo tenía todo casi preparado para viajar a Houston.

Alec y Zack se encargarían del rancho hasta que él regresase.

Sonrió. Después de todo se merecían unas vacaciones.

Las cosas entre Ivy y él marchaban mejor que nunca. Ahora parecían estar más unidos. Se dedicaban más caricias, compartían más momentos juntos.

Neil era sumamente feliz, aunque aun le faltaba una cosa por hacer, pedirle a Ivy que se convirtiese en su esposa.

Hacía mucho tiempo que quería pedirle matrimonio, y ya iba siendo hora de ponerlo en práctica.

Ivy era la mujer de su vida, lo tenía claro, por más que había intentado huir del amor, el amor lo había alcanzado.

Ya no seguiría negándose aquel sentimiento, amaba a Ivy, ya no huiría más.

Aquella mañana Neil se despertó temprano. Ivy aun dormía a su lado, podía oír su suave respiración.

Con deseo besó sus labios y abandonó el lugar junto a la cama.

Tras vestirse se dirigió con cuidado a las cuadras. Hacía tiempo que no visitaba a “Elliot”.

Su caballo era un pura sangre importado de Inglaterra. Era un gran semental, rápido como el viento, pero también indomable y testarudo.

Quien no conocía a “Elliot” temía su genio. Neil lo había extrañado, añoraba esas carreras por el prado, esa libertad que solo sentía al galope con el viento golpeando su cara.

“Elliot” era como él, impredecible. Pidió al mozo de cuadras, un joven llamado Eddy, que lo llevaba hasta donde se encontraba su caballo.

El animal lo recibió con aparente alegría. Un fuerte relincho salió de “Elliot” cuando Neil le habló cerca de su oído mientras acariciaba su lomo.

—Hola precioso, ¿cómo estás? —y agregó pasándole el cepillo —molesto, ¿verdad? —Neil le siguió hablando como si se hubiese tratado de una persona —se que últimamente no te he hecho demasiado caso, pero te prometo que eso cambiará a partir de ahora.

Neil le ofreció una zanahoria que el animal devoró.

Al tacto de sus manos se percató de la gran desmejoría que representaba. “Elliot” había perdido peso y también musculatura, parecía un caballo más endeble de lo habitual.

Eso alarmó a Neil. Además también lo notó más entristecido.

Enfurecido llamó al mozo.

—¡Eddy! —vociferó —¡Eddy!

El chaval no tardó en aparecer con cara consternada.

—Si señor —dijo.

—¿Cuánto hace que “Elliot” no sale de esta cuadra? —tronó buscando una respuesta.

—No lo sé —contestó el joven confuso.

—¿Qué no lo sabes? —matizó con enfado —se supone que tu eres el encargado de su cuidado —y repuso de mala gana —¿quieres que te despida?

—No señor, no lo haga —le rogó —“Elliot” es un caballo complicado —trató de excusarse.

—Que sea la última vez que me lo encuentro en este estado —siseó entre dientes.

—Si señor —dijo el mozo —no volverá a ocurrir.

—Llévalo al cercado junto a los otros caballos —le ordenó tosco.

El joven mozo se sorprendió.

—¿Lo va a montar? —lo miró como a un loco.

Neil no respondió.

—Haz lo que te he dicho —replicó furioso.

—Enseguida señor.

Tras sus pasos Neil llegó al exterior de las cuadras.

Al sentir la brisa fresca de la mañana el animal emitió varios relinchos. Se notaba que estaba feliz.

Eddy le tendió las riendas del caballo.

—Márchate —le dijo después.

El joven no puso más objeción y se alejó de inmediato.

Neil intentó calmarse, acarició su suave pelaje, y sintió como “Elliot” se lo agradecía.

—Buen chico —le musitó —buen chico.

—¿Se atreverá a montarlo? —Neil se sobresaltó al oír aquella desconocida voz masculina.

Entonces se giró alerta.

—¿Perdone? —inquirió.

—Se ve un ejemplar magnifico —continuó el tipo —pero en su estado sería peligroso, ¿no cree? —se jactó con un extraño matiz que no gustó a Neil.

—¿Quién es usted? —lo increpó desconfiado.

El tipo rió con una risa helada. Sus facciones desfiguradas se contrajeron al darle su mano.

—Disculpe mi torpeza por no haberme presentado —empezó diciendo —pero en breve seré el dueño del rancho “Blue”.

Neil elevó sus cejas confuso. Le pareció muy raro el extraño acento de aquel tipo.

—No sabía que los Thomas habían vendido su rancho —objetó incrédulo —¿Y cómo dice qué es su nombre? —insistió de nuevo.

—Debo irme señor Montana —esquivó darle una respuesta —ya nos veremos muy pronto por estas tierras —y añadió raudamente —por su bien aléjese del caballo, que tenga un excelente día.

A Neil le rechinaron los dientes. Frustrado pateó el suelo de tierra.

No sabía porqué, pero había algo extraño en el comportamiento de aquel tipo.

—¡Alec! —gritó.

—¿Ocurre algo, jefe?

—¿Quién era ese hombre? —preguntó irritado.

—¿Qué hombre? —repuso confuso.

—Ese que estaba justo aquí.

—Lo siento, no he visto a nadie —Alec observó su rostro desencajado —¿Se encuentra bien?

—Llévate dentro a “Elliot”.

—Si jefe —dijo este.

—Y quédate atento —le advirtió —me da que ese hombre volverá a aparecer.

—No se preocupe —cogió las riendas del animal.

Neil se tocó los ojos con molestia. Hacía días que había empezado a notar ciertos destellos. Eran como pequeñas luciérnagas que iban y venían en la oscuridad.

No le dijo nada a Ivy para no alarmarla, pero a medida que pasaron los días aquellos destellos

se convirtieron en sombras, y poco a poco la luz empezó a entrar en sus pupilas.

Aun era pronto para un diagnóstico, pero Neil recuperaba la vista progresivamente.

Capítulo 23

Houston. Texas. Una semana más tarde.

El doctor Harper los recibió en su casa de Galveston con suma alegría.

Lo cierto es que no había esperado su visita tan pronto, pero se complació gratamente en poder examinarlo.

Fue tan amable en todo momento, que su mujer y él los invitaron a pasar unos días en su enorme caserón.

Era una bonita vivienda de dos plantas, de estilo victoriano, amplios ventanales y extenso jardín. Tenía una extensa ladera al lado del río.

Era un lugar maravilloso donde desconectar de la rutina.

El doctor Harper estaba casado con Belinda, y tenían dos hijos de corta edad, Bryan y Johanna.

La primera noche allí prepararon una gran cena para sus invitados.

Fue una velada muy amena donde los cuatro charlaron y pudieron conocerse mejor.

A Robert le encantaba la música, afición que compartía con Belinda.

Ambos tocaban muy bien el piano. También le gustaba el golf y la equitación.

Su esposa era enfermera, y el tiempo que no dedicaba a cuidar de los niños, ayudaba en la consulta a su marido.

Eran el equipo perfecto. No había más que mirarlos a los ojos para saber cuan enamorados estaban el uno del otro.

Tras la cena los pequeños se fueron a la cama, y entonces hubo un momento para tomar una copa al calor de la chimenea.

—Así que es usted soldado, ¿no? —empezó diciendo Robert.

—Sí doctor, del regimiento de caballería —repuso orgulloso.

—¿Y qué le motivó a unirse al frente?

—Mi país me necesitaba —respondió solemne.

Robert arqueó una ceja complacido.

—Por lo que veo es usted un hombre de fuertes convicciones —agregó ofreciéndole el amarillento licor.

—Solo cumplía con mi deber —aceptó su trago.

—Yo nunca he entendido la política —se excusó Robert.

—No es una cuestión de política sino de honor —replicó serio.

—No lo dudo —alegó este —debió de ser muy duro tomar una decisión así, y más aun tener a la familia tan lejos —miró a Ivy.

Neil acarició su mano disimuladamente, aunque aquel gesto de amor no pasó inadvertido.

—Siempre los llevé en mi corazón —matizó vehemente.

Robert alabó su arrojo.

—Déjeme decirle que admiro a los hombres como usted, señor Montana.

—A mi también me parece admirable su trabajo doctor Harper, ¿como es que se decantó por la

medicina? —le preguntó con interés.

Este rió suavemente.

—La medicina lleva años en mi familia, así que me vino por vocación, mi abuelo era médico y mi padre también —y agregó besando a su mujer —y espero algún día mis hijos sigan los mismos pasos.

—¿Cómo se conocieron su esposa y usted? —repuso Ivy.

Belinda miró a Robert con devoción. Sus mejillas se arrebolaron ante sus intensos ojos.

—Robert y yo nos conocimos en la universidad.

—Recuerdo que era la chica más hermosa de todo Houston —intervino con fervor.

Ella le golpeó ligeramente avergonzada el brazo.

—No digas bobadas —se ruborizó.

Él la contempló fijamente.

—En cuanto la vi me enamoré perdidamente —reconoció con pasión.

—Que bonito —no pudo evitar soltar Ivy.

—Pero las cosas no fueron fáciles al principio entre nosotros —se entristeció Belinda al pensarlo —mi padre siempre se opuso a nuestra relación.

A Ivy le conmovió su historia. En el fondo le recordó a la suya con Neil.

Se sintió completamente identificada con aquellos sentimientos.

—Pero yo nunca me rendí —replicó Robert —y años después aquí seguimos —matizó vehemente —juntos, sin Belinda mi vida no tendría sentido.

Ella aguantó una lágrima de emoción.

—¿Y ustedes cuando se casarán? —preguntó curiosa.

Ivy pegó un inesperado respingo.

—¿Nosotros? —inquirió confusa.

Neil cogió sus manos con dulzura y repuso por ambos.

—Pronto.

Ivy no supo que decir. Su corazón golpeó locamente su pecho.

Sintió el calor de Neil pegado a su piel y se estremeció por completo.

—Es evidente que se aman, el amor se ve en sus ojos —dijo Belinda mirando a su esposo.

—Sí, hacen una bonita pareja —repuso Robert.

—Cierto —agregó ella con una sonrisa.

—Bueno —concluyó la velada Robert impaciente por compartir aquellos momentos de intimidad con su esposa —creo mi amor que ya es hora de irnos a la cama —la invitó sutilmente —me imagino que deben estar cansados del largo viaje, ¿no?

—Sí, por supuesto —respondió Neil.

—Mañana será un largo día, traten de descansar —les aconsejó mientras se alejaba de la mano de Belinda.

—Buenas noches —dijo Ivy con una sonrisa.

Acurrucándose sobre su pecho Ivy soltó un prolongado suspiro.

Neil le acarició el cabello.

—El doctor lleva razón, debemos irnos a dormir —dijo controlando su loco impulso de hacerle allí mismo el amor.

Ivy se sintió un tanto desilusionada. Había esperado otra reacción por parte de Neil.

Pero no quiso agobiarlo. Había sido un día agotador.

—Sí, es tarde —repuso con voz apagada —que descanses —y besó levemente sus labios a modo de despedida.

Neil la agarró dulcemente del brazo y la detuvo con un beso más apasionado que la dejó temblando de emoción.

—Buenas noches —le murmuró ronco.

Capítulo 24

A la mañana siguiente se levantaron temprano para ir a la consulta.

Neil había pasado gran parte de la noche sin dormir, tumbado sobre la cama, con la vista fija en algún punto de la pared.

Miles de pensamientos se agolpaban en su cabeza, entre ellos Ivy.

Como un loco contuvo su irrefrenable deseo de cruzar aquella puerta y hacerla nuevamente suya.

Oía a la joven moverse en la habitación contigua y se moría por ir hasta allí y besarla hasta el amanecer.

Pero de momento mantendría las distancias, no quería poner en una situación comprometida a Ivy más de lo que ya había hecho.

Todos estaban un poco nerviosos, pero el doctor Harper se mostró bastante satisfecho tras realizarle algunas pruebas a Neil.

El diagnóstico era muy favorecedor y Neil se mostró feliz.

—El nervio óptico no está dañado —dijo el doctor observándolo atentamente tras el aparato médico —y la inflamación empieza a remitir —sonrió —estamos en el buen camino, señor Montana.

—Eso es maravilloso doctor —repuso Neil de forma optimista —¿Recuperaré al cien por cien la visión?

—Aun es pronto, pero todo indica que sí —le dio la alegría —esos destellos de los que ahora me habla desaparecerán, y a medida que el ojo se adapte, empezará a ver con más nitidez.

El doctor Harper se acercó hasta su escritorio. Neil observó su figura borrosa.

Ahora le molestaba un poco más la luz que entraba a través de la ventana.

—No sabe cuanto significa esto doctor —expresó Neil.

—Me lo puedo imaginar —y agregó —muchos otros pacientes no han tenido su suerte, aun habrá que hacerle algunas pruebas más.

—Lo que sea necesario —reiteró firme.

—Sigamos de momento con el tratamiento —objetó el doctor.

—Muchas gracias —le expresó Neil agradecido.

—¡Oh! —soltó este con halago —no me de las gracias a mi —hizo hincapié en la muchacha que aguardaba impaciente en la sala de espera —ella hizo mucho más que yo.

El corazón de Neil golpeó frenéticamente su pecho.

El amor desbordó su mirada al pensar en Ivy. Ella siempre lo había salvado, lo había guiado por el sendero, sin ella su mundo nunca hubiese tenido sentido.

Ahora le tocaba a él poner todo de su parte para hacerla feliz y regalarle cada palabra, cada suspiro y latido de su enamorado corazón.

Neil estaba dispuesto a entregarle su propia vida y hacerla la mujer más dichosa del universo entero.

Con aquel firme propósito, y para celebrar las buenas noticias, quiso organizar un bonito paseo en barca por la bahía de Galveston.

Su intención era convertir el paseo en un momento mágico y especial que Ivy jamás olvidase.

Neil tenía pensado pedirle matrimonio en una romántica escapada donde estuviesen los dos a solas, y para ello contó con la ayuda de Belinda.

Ella fue cómplice de los planes del joven y llevó a Ivy hasta el embarcadero, donde Neil ya la esperaba impaciente.

Completamente emocionada Ivy observó la escena.

Creyó desvanecer cuando Neil se acercó a ella con aquella cautivadora sonrisa en sus labios.

—¿Me permite, señorita? —le cogió la mano dulcemente para subirla a la barca.

Ante su gesto se sintió la princesa de su propio cuento, y como en todo cuento estaba él, su príncipe azul.

Ivy se estremeció como una adolescente. Sus ojos brillaron como nunca. No quería que aquel sueño acabase jamás.

Feliz disfrutó de ese mágico momento sentándose en su regazo.

Aspiró profundamente la brisa, relajada.

—Esto es tan hermoso —musitó Ivy apoyada sobre su hombro mientras observaba la bahía de Galveston.

Neil centró sus borrosos ojos sobre su figura. Sabía que ella tenía una bella sonrisa en sus labios.

Con ternura acarició su cabello. El cielo ligeramente encapotado se fue cubriendo de feos nubarrones.

—Gracias —le musitó ronco apegando su cuerpo contra su oído.

Levemente Ivy se giró hacia su rostro.

—¿Por qué? —inquirió temblorosa.

Él la miró apasionado.

—Por haber guiado mis pasos cuando más lo necesitaba, por no haberme abandonado nunca, por no rendirte conmigo —le expresó vehemente.

Ella sacudió la cabeza abrumada ante sus palabras.

—Jamás me hubiese rendido —le manifestó con amor.

Neil abarcó su rostro entre sus manos y le acarició la mejilla con candor.

—Oh Ivy —le murmuró —Y-o-o-o —tartamudeó nervioso —Y-o-o t-e-ngo q-u-e que decirte...

El primer trueno sobre sus cabezas acalló su voz. De repente la lluvia empezó a empapar sus rostros.

Ambos se miraron cómplices del momento y rieron divertidos mientras el agua caía intensamente sobre sus corazones.

Capítulo 25

Regresaron a casa calados hasta los huesos.

El paseo en barca se vio truncado por la inesperada tormenta, y los planes de Neil también.

Mientras ella buscó toallas para secarse, Neil encendió la chimenea.

Estaban solos. El doctor Harper y su esposa aun no habían vuelto de la consulta.

Tiritando de frío entró al salón. El fuego ardía lentamente calentando la habitación, pero Neil no estaba.

Ivy observó su chaqueta. La casualidad había querido que la olvidase sobre la silla.

Cuando la cogió para doblarla notó algo en su bolsillo. Con curiosidad metió la mano sacando para su asombro una vieja fotografía.

Ivy agrandó los ojos con sorpresa al percatarse de que se trataba de la misma foto que ella le dio en su despedida, la tarde antes de marcharse.

Estaba rota, rasgada y sucia, pero aun se podía distinguir sus facciones.

Se estremeció entre lágrimas. Junto a la fotografía encontró una carta dirigida a ella.

Con temblor Ivy desplegó la hoja. Sus piernas se volvieron de mantequilla. Su corazón golpeó fuertemente su pecho.

A duras penas se contuvo para no sollozar cuando en voz alta empezó a leerla;

{Mi querida Ivy:

Aquí los días se hacen muy largos y las noches muy cortas. El silencio al caer el sol es aterrador.

Te extraño, cada segundo, cada hora, de cada día, no sabes cuanto.

Cuando estoy triste abrazo tu fotografía junto a mi pecho, y eso me hace volver a sentirme vivo.

Se que ha pasado tiempo desde la última carta que te escribí, pero necesitaba reunir el valor suficiente para decirte todo lo que siento.

He pensado en ti, en mi, en este remolino de sentimientos que me embarga en esta larga ausencia, y he llegado a la conclusión de que estoy locamente enamorado de ti, siempre lo he estado a pesar de mi estupidez, creo que me enamoré la primera vez que te vi en primaria, con aquellas largas y bonitas coletas enmarcando tus arreboladas mejillas. ¡Estabas tan hermosa! Ahora no podría vivir sin ti. No quiero vivir sin ti.

Necesito tenerte a mi lado. Eres mi día y mi noche, mis estrellas y mi sol. Eres cada soplo de aire que respiro. La luz que me guía. Eres mi mayor inspiración, mi mejor regalo.

Y tengo una pregunta que hacerte, ¿te quieres casar conmigo?}, concluía con aquellas líneas su carta.

Inevitablemente emocionada su llanto anegó sus mejillas.

La voz de Neil sonó potente tras ella. Ivy se giró hacía él.

—Nunca se me dieron demasiado bien las palabras, pero hoy dejaré que hable mi corazón por mi —le expresó ronco —te amo Ivy Campbell, siempre te he amado —le confesó abiertamente por primera vez —incluso cuando huía de mi mismo te amé. Siempre has estado en mis pensamientos —continuó diciendo vehemente —y entre las tinieblas que cubrían mis ojos siempre

había una luz cuando el perfume de tu atardecer entraba por mi ventana.

Ivy se llevó las manos a la boca, turbada.

—Neil —musitó conmovida.

Él se acercó hasta su lado y la contempló extasiado.

—Perdóname por haber sido un estúpido —se culpó —perdóname, amor mío —le rogó encarecido.

Ivy le acarició la mejilla y su cuerpo entero se estremeció.

—¡Oh Neil! —expresó abrumada —no tengo nada que perdonarte, te amo.

Neil besó sus manos con fervor y bajo su asombrada mirada se arrodilló ante ella.

—No concibo mi vida sin ti —le manifestó férreo —¿te quieres casar conmigo?

Ivy no dudó en responderle.

—Sí —vibró su voz —quiero casarme contigo.

En ese momento Neil fue el hombre más feliz del mundo.

No pudo contener su euforia cuando dijo;

—Pues casémonos ya.

—¿Tan pronto? —titubeó con desconcierto.

—Hoy mismo —matizó Neil con decisión.

—¿Hoy? —repitió con sorpresa.

—¡Sí! —expresó con júbilo —no quiero pasar ni un minuto más sin ti.

—¿Y qué pensarán nuestras familias de esto? —pareció confusa.

—Lo entenderán —dijo con una sonrisa.

—Mis padres no —objetó Ivy preocupada.

—Tus padres no serán problema, hablaré con ellos y comprenderán que nos amamos —repuso firme —te prometo que tendremos una boda más digna cuando regresemos a Madisonville.

Ivy lo miró convencida y asintió con la cabeza.

—Sí —expresó con ilusión —casémonos hoy.

Neil la besó con pasión. Ambos se fundieron en un abrazo eterno.

Esa misma tarde los novios se dieron el sí quiero en una ceremonia íntima que tuvo lugar en una pequeña capilla a las afueras de Galveston, como únicos testigos al enlace acudieron Robert y Belinda Harper.

Ya como marido y mujer, Neil la contempló orgulloso, era la novia más bonita y radiante de toda Texas.

Estaba pletórico, lleno de vida. Un nuevo comienzo se abría paso ante ellos.

Ahora nada ni nadie lograría separarlos nunca.

Capítulo 26

El sheriff Perry visitó esa mañana el rancho Montana.

Su máxima prioridad en aquellos momentos era alertar a la familia acerca de las últimas averiguaciones sobre el paradero de Justin Chestherfer.

Todo indicaba, y según las pistas que habían seguido durante aquellos largos meses, que Justin seguía con vida.

Los últimos indicios habían conducido a la policía hasta el estado de Austin, pero no habían logrado dar con su paradero.

Podía ser que Justin hubiese permanecido escondido organizando un plan para volver... hasta ahora.

Muchos eran los rumores entre los granjeros de la zona que un forastero de aspecto sospechoso se paseaba sin ton ni son por sus tierras.

Nadie había logrado aun verle la cara, pero su extraña actitud dejaba mucho que pensar.

Debían cogerlo antes de que cometiese alguna fechoría.

Liam lo invitó amablemente a su despacho ansioso por escuchar sus noticias.

De cerca había seguido cada día la información que de unos y otros le iba llegando.

—Siéntese sheriff —y agregó —no tengo mucho tiempo.

—No se preocupe, señor Montana, seré breve —repuso el sheriff Perry.

—Usted dirá.

—Me temo que no son buenas noticias —sonó caótico.

—Estoy preparado —dijo Liam imaginándose lo peor.

—Justin Chestherfer está vivo —le soltó a bocajarro.

—¡Qué! —exclamó Liam cerrando rápidamente la puerta del despacho para no ser escuchado.

Quería mantener la cautela. No podía arriesgarse a que Emma se enterase de aquello.

Sabía lo estresada que se encontraba últimamente su mujer.

Emma llevaba semanas comportándose de una manera extraña y Liam no quería causarle más dolor del innecesario.

Por ello llevó el asunto con la mayor discreción.

—Lo siento, señor Montana —manifestó el hombre.

—¿Está seguro de eso, sheriff? —añadió raudamente.

—Me temo que sí —contestó nefasto —las últimas pistas nos conduce a pensar que Justin sigue estando vivo.

Liam se empezó a mostrar nervioso. En aquella ocasión sus nervios le jugaron una mala pasada.

—¿Pero como es posible eso? —replicó exasperado —durante estos meses no ha habido señales de él, ¿dónde está? —se enervó evidente.

El sheriff lo miró con enfado.

—Tranquilícese, señor Montana, aun no hemos dado con su paradero.

—No puedo creerlo —se jactó irónico.

—Sabe que esta búsqueda está siendo exhaustiva por todo el estado de Texas —le recordó con

calma.

Liam no entró a razones.

—Y aun así ese descerebrado sigue campando a sus anchas, ¿cierto?

—Le aseguro que hacemos nuestro trabajo lo mejor posible —se defendió el sheriff.

—No me cabe duda de ello, pero no está siendo suficiente —objetó Liam.

—Trataremos de localizarlo —puso todo su empeño —algunos vecinos aseguran haber visto a un tipo extraño merodear por la zona.

Liam saltó alerta.

—¿Se sabe quién puede ser?

—No señor Montana, de momento lo estamos averiguando —le informó cauto.

—Pues dense prisa —dijo— la vida de Emma puede estar en peligro.

El hombre asintió consciente de sus palabras.

—Por eso he venido hasta aquí, debe extremar la vigilancia en el rancho.

—Lo haré de inmediato, no se preocupe —repuso Liam algo más pausado —y disculpe mi tono brusco.

—Le entiendo —se mostró comprensivo y añadió extrañado —¿dónde se encuentra la señora Montana?

El entrecejo de Liam se ensombreció de repente.

—Salió hará un par de horas.

—¿Sabe dónde fue? —le preguntó el sheriff.

Liam se encogió levemente de hombros y sincero respondió;

—No tengo ni idea.

Capítulo 27

Sentada frente al escritorio de Ronan Mgaconet, Emma esperaba impaciente la llegada del abogado.

Inquieta se mordió las uñas. Sentía una extraña presión en el pecho. Aquel despacho le daba claustrofobia.

Miró la insípida pared tratando de calmarse. Todo aquel asunto le daba mala espina.

Según el abogado la había citado allí para finiquitar el testamento de su abuelo.

Después de más de un año de la desaparición de Justin, solo quedaba como heredera de toda su fortuna Emma.

Nerviosa trastabilló con los nudillos en la mesa. El aire se le hacía sofocante.

Al fin el señor Mgaconet apareció por la puerta siempre con su habitual sonrisa.

—Buenos días, señora Montana.

—Buenos días, señor Mgaconet —lo saludó.

—Disculpe mi tardanza, pero he tenido otro asunto que atender —se excusó.

—No se preocupe —repuso Emma.

—Bien —señaló este —empecemos con esta reunión.

—No entiendo a que se debe tanta prisa —objetó algo confusa.

—Escúcheme, señora Montana —trató de explicarle —el testamento de su abuelo sigue estando vigente.

—¿Vigente? —repitió anonadada.

—Aun no ha sido entregado a sus herederos —replicó el abogado.

—¿Y? —le insinuó Emma.

—Me explico —le sonrió —al haber transcurrido más de un año y medio sin noticias de su primo, el señor Justin Chesthefer, y darse por muerto, la cláusula de su difunto abuelo sobre su testamento queda anulada.

—¿Qué quiere decir?

—Que al no haber más parientes de su abuelo usted es su única heredera universal —le expresó el abogado.

Emma se elevó ligeramente de hombros.

—No me interesa en absoluto la herencia de mi abuelo —matizó firme.

—¿Cómo? —agrandó los ojos como platos.

—Lo que ha oído —reiteró —no quiero nada que provenga de mi abuelo, donelo todo a la beneficiencia.

—¿Y el rancho? —preguntó —¿también se piensa deshacer de él?

Emma se mostró cansada. Quería zanjar aquel tema cuanto antes.

—Nunca quise hacerme cargo de ese rancho, señor Mgaconet.

—Pero su abuelo se lo lega en su testamento —repuso desconcertado.

—Búsqueme un buen comprador —dijo Emma.

—¿Está segura de su decisión?

—Completamente —sonó convincente —vendalo, confío en usted.

El señor Mgacconet se mostró sorprendido con su determinación.
—Déjeme decirle que es usted una mujer admirable —la alabó complacido.
—Solo hago lo que creo más correcto —y añadió con dolor —mi abuelo nunca me quiso.
—Está bien, así lo haremos —concordó el hombre —buscaré al mejor comprador.
Emma se levantó de su asiento.
—Perfecto, espero que todo haya quedado claro.
—Volveremos a hablar, señora Montana —le ofreció su mano con amabilidad.
—Esperaré noticias tuyas pronto —dijo al tiempo que abría la puerta para salir.
Emma abandonó el despacho del señor Mgacconet con una sensación agrisada.
Al llegar al rancho observó como el sheriff Perry montaba en la patrulla.
Alarmada corrió en busca de Liam.
—¿Qué hacía el sheriff aquí? —lo increpó nerviosa.
—Hola mi amor —la intentó besar en los labios.
Emma se mostró reacia.
—Te he preguntado —cruzó los brazos en jarra —¿Qué hacía aquí?
—Lo he llamado yo —mintió Liam para tranquilizarla.
Emma arqueó una ceja incrédula.
—¿Tú? —inquirió.
—Quería hablar con él —dijo.
—¿Sobre qué? —insistió aun más nerviosa.
Liam se sintió acorralado, entre la espada y la pared.
—De nada importante —quiso desviar su atención.
—Liam —lo nombró exaltada —¿Para qué llamaste al sheriff? —y agregó con angustia —
¿Tiene que ver con Justin?
—¡No! —fingió con asombro.
—Dime la verdad.
Liam le cogió las manos con dulzura.
—Esa es la verdad, créeme —trató de convencerla.
Emma soltó un prolongado suspiro y recordó lo que le había dicho el doctor de guardar reposo.
Debía calmarse por el bebé. Entonces tomó asiento.
Liam le ofreció un vaso de agua.
—¿Mejor? —le preguntó preocupado.
Ella asintió con la cabeza.
—¿Dónde has estado? —se interesó de repente.
Emma tragó el agua con cierta dificultad.
—Estuve en la oficina del señor Mgacconet.
—¿El abogado de tu abuelo? —se sorprendió.
—Sí —dijo ella —me citó por el tema del testamento —y señaló con ironía —al parecer tras
la desaparición de mi primo yo soy la única heredera.
Liam la abrazó para reconfortarla. Sintió como todo su cuerpo temblaba.
—¿Y qué vas hacer?
—Lo venderé todo —contestó rotunda —no quiero nada que pertenezca a Jack Chestherfer.
—Me parece bien —la apoyó Liam.
Emma acarició su mejilla.
—Perdoname por gritarte —le musitó arrepentida.
—No pasa nada, mi amor —le besó la frente —¿Estás bien?

—Sí —Emma omitió una vez más hablarle sobre su embarazo.
No era el momento.

Capítulo 28

Como una auténtica pareja de recién casados, Ivy y Neil disfrutaron de su corta pero intensa luna de miel.

Su vuelta a Madisonville fue agridulce. Ivy estaba radiante, nada podía empañar aquella felicidad que la embargaba, pero los rumores de una posible boda entre los jóvenes corrió como la pólvora por el condado, llegando a oídos de sus padres.

Aquello no había hecho más que empeorar su situación familiar, ahora fría y distante.

Ivy los sentía cada vez más alejados de ella y eso le partía el corazón.

Su padre se negaba a ni tan siquiera verla, su hermano Toby parecía odiarla, y su madre era la única que la apoyaba.

Comprendía el amor que existía entre Neil y ella y respetaba su decisión, por eso le había prometido que hablaría con su padre.

Melancólica observó la hermosa luna a través de los cristales de la habitación.

Se apoyó ligeramente sobre el alfeizar de la ventana y aspiró el aire de la noche.

Retraída en sus pensamientos apenas se percató de la rápida llegada de Neil.

Este la miró cautivado por su imagen. Ivy llevaba puesto un bonito camisón de seda blanca semi transparente.

Un deseo enloquecedor le hirvió en la sangre. Lentamente avanzó hacia ella y la abrazó fuertemente contra su pecho.

—Amor mío —le musitó junto al oído.

Ivy sonrió feliz. Los dedos de Neil acariciaron su piel mientras que sus labios resbalaron sutilmente por la curva de su cuello.

Ivy se estremeció por completo. Neil la despojó con urgencia del camisón y la dejó desnuda.

Sus manos ávidas apresaron sus senos. Aquel gesto hizo palpar a su duro miembro.

Ella gimió in contenida girándose hacia él. Neil tenía la mirada velada.

La contempló extasiado.

—Dios —murmuró ronco —eres tan hermosa.

Ivy no pudo evitar ruborizarse ante su comentario.

Él siguió con sus caricias mientras ella le desabrochaba los botones de la camisa.

Con gesto impaciente la arrojó al suelo junto al resto de ropa.

Se miraron intensamente. La boca de Neil buscó sus labios en un movimiento frenético.

Con impaciencia la tumbó sobre la cama. Sus manos recorrieron calientes todo su cuerpo.

Su lengua jugueteó con la aureola llevándola a un placer extremo.

Ivy se retorció ansiosa. El calor subía por su abdomen. Su entrepierna estaba húmeda, mojada.

Neil sabía que estaba lista para recibirlo en su interior.

Con urgencia se recostó sobre ella, y le separó las piernas ávido.

Entonces con un rápido movimiento la penetró. Ivy gritó de placer hincando sus uñas en su espalda.

Neil jadeó contenido. Su ritmo se aceleró al compás de sus embestidas.

Ivy gimió ante el calor que se expandió por todo su cuerpo.

Se estremeció cuando el éxtasis se derramó en su interior como una lluvia dulce.
El orgasmo rozó sus labios con un ligero espasmo. Él la miró extasiado.
—Te amo, amor mío —le murmuró ronco al tiempo que el clímax embargaba todo su ser.

Inesperadamente un revés iba a golpear la vida de Ivy donde más le dolía.
La visita de su hermano Toby la dejó en shock. Ivy no esperó verlo en la puerta de casa con aquella expresión en su rostro.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con sorpresa.
En ningún momento Toby se anduvo con rodeos.
—Tienes que regresar a casa ahora.
—¡Qué! —chilló ella —no pienso irme de aquí —le objetó firme.
Toby meneó la cabeza con disgusto y la miró con desaprobación.
Ejerciendo la fuerza de sus brazos la agarró con enfado.
—Vendrás conmigo —le ordenó tosco.
—¡Estás loco, suéltame o gritaré! —le siseó entre dientes.
Toby se negó a soltarla.
—Ivy tienes que regresar a casa.
—Esta es mi casa —matizó con orgullo.
—No lo entiendes, ¿verdad? —su hermano le habló con dureza —padre está enfermo.
—¡Cómo! —abrió la boca con estupor.
—Tiene una severa angina de pecho —le dijo— te necesita.
A Ivy se le descompuso totalmente la cara. El mundo se le cayó encima.
—No puedo marcharme así —musitó dividida —ahora mi vida está con Neil.
Su hermano la miró con despecho.
—¿Y tú familia qué? ¿Ya nos has olvidado? —le reprochó rígido.
Los ojos de Ivy se llenaron de lágrimas.
—¡No! —expresó compungida.
—Entonces vuelve y ayuda a madre en casa —le exigió firme.
—Pero... —intentó revelarse.
—Es tu deber —repuso Toby —padre te necesita más que nunca.
Destrozada a Ivy no le quedó más remedio que aceptar volver al rancho de sus padres.
—Está bien —dijo rota —pero dame tiempo para hablar con Neil y recoger mis cosas.
—¿Cuanto? —pareció inflexible.
Ivy sollozó con dolor.
—Unas horas —musitó con angustia.
Su hermano la encaró desconfiado.
—Si esta tarde no estás en casa, yo mismo regresaré por ti —tronó con hastío.
—Te prometo que estaré allí —casi no pudo creer sus propias palabras.
Ivy cerró la puerta a punto de desmayarse. Como un torrente amargo sus lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Su mundo se paralizó de repente. Justo ahora que había encontrado la felicidad junto a Neil, el destino los volvía a separar.

Impotente lloró desconsolada. No estaba preparada para perderlo, pero tampoco podía abandonar a su familia.

¿Cómo le diría adiós? ¿Cómo hacer elegir a su corazón entre el deber como hija o el amor

como esposa?

Durante horas se sintió perdida en un mar de confusión. Tenía que tomar una decisión, y cualquiera de ambas resultaría muy dolorosa.

Capítulo 29

Cuando Neil regresó a casa, y encontró a Ivy preparando su equipaje, totalmente confundido le pidió una explicación.

—¿Y esas maletas? —inquirió sin entender nada.

Durante horas Ivy había meditado que le diría a Neil, pero de repente se sintió bloqueada.

—Me marchó —musitó sin atreverse a mirarlo a la cara.

Neil arqueó una ceja dubitativo.

—¿Qué te marchas? —repitió perplejo.

—Sí —respondió sin fuerzas.

—¿Dónde? —quiso saber con desconcierto.

A Ivy le costó hablar.

—Vuelvo a casa de mis padres —repuso con dolor.

—¿Por qué? —se acercó hasta ella.

—Debo irme —controló su llanto.

Neil no se conformó con su respuesta.

—Dime por qué te vas —y agregó culpable —¿He tenido algo que ver en tu decisión?

—No —expresó afligida.

—¿Entonces? —le lanzó molesto.

—Mi familia me necesita en estos momentos —trató de explicarle.

—¿Tu familia? —ironizó —No puedes marcharte, eres mi mujer.

—Neil —musitó exasperada.

—No te dejaré marchar —matizó convincente.

—Por favor, comprendeme —le rogó desgarrada.

—Creía que éramos felices —replicó traicionado.

—Y lo somos —dijo ella contrariada.

—Y sin embargo me dejas —sonó con rabia.

—Mi padre está enfermo, me necesita —se justificó Ivy ante su dolor.

Neil curvó los labios con enfado.

—¿Y yo qué? —inquirió —¿Me abandonas?

Ivy luchó por mantenerse con fuerzas. Le temblaba todo el cuerpo.

—No me lo pongas más difícil —le pidió con un nudo en la garganta.

Los ojos de Neil relampaguearon.

—¿Quieres decir qué lo nuestro acaba aquí?

A Ivy le dio un vuelvo el corazón al acariciarle la mejilla.

—Dame tiempo —repuso confusa.

—¿Tiempo para qué? —la miró herido.

—Para solucionar mi situación familiar.

—No puedo creer que después de todo lo que hemos pasado juntos me dejes así —expresó con dolor.

—Lo siento —matizó compungida.

Neil clavo su mirada en ella.

—Ivy —susurró su nombre.

—Me tengo que marchar —Ivy se dio la vuelta y cogió su maleta.

Con el alma resquebrajada Neil la observó impotente, herido, roto por la mujer que amaba.

Tras la salida de Ivy volvió la aterradora oscuridad a su vida.

La marcha de Ivy supuso un cambio radical en Neil.

Su carácter se volvió de nuevo más sombrío. Los primeros días fueron los más terribles.

Neil pasaba gran parte del tiempo encerrado en su despacho. No quería que nadie lo molestase.

Por la noche montaba furioso a lomos de “Elliot” y cabalgaba hasta las cercanías del rancho de los Campbell.

Desde allí observaba impotente las luces de la casa sin atreverse a llamar.

Herido espoleaba a su caballo y regresaba a la soledad de su habitación.

Ivy le había pedido tiempo, pero Neil no estaba seguro de poder dárselo. Ella le había roto el corazón.

Abatido se refugió en su trabajo. El rancho “Dreams” era lo único que le quedaba. Ahora debía centrarse en sus prioridades como ranchero.

Tras recuperar la confianza en si mismo, Neil se vio con fuerzas para continuar con las labores de construcción del nuevo cobertizo.

Junto a sus hombres dirigió el trabajo con mano firme. Trabajaba de sol a sol a la par que ellos, y solo cuando caía la noche los recuerdos y el dolor inundaban su mente con rabia.

Los días transcurrieron rápidos y el invierno avanzaba sin tregua.

Se encontraba en la obra con algunos peones cuando uno de sus hombres se acercó apresurado.

—¡Jefe! —lo llamó con alarma.

Neil se giró hacia él, dejó los sacos a un lado, y le prestó atención.

—¿Qué ocurre Louis? —inquirió irritado.

Alec también se acercó raudo. El hombre jadeaba por el esfuerzo.

Con dificultad habló.

—Han desaparecido diez ovejas del rebaño —le informó caótico.

El entrecejo de Neil se ensombreció.

—¿Cómo qué han desaparecido diez ovejas? —preguntó exaltado.

El hombre se elevó de hombros.

—No están —señaló con apuro.

—¿Las has buscado en el granero? —intervino Alec.

—Sí —respondió este —en todos los sitios posibles —y agregó consternado —también falta un carnero.

—¿Se han escapado? —replicó Neil irritado.

—Imposible —alegó Alec pensativo —el cercado está bien.

—Ayer cuando hice el recuento estaban todas —repuso Louis convencido.

Neil meneó la cabeza con serio disgusto. Empezaba a estar realmente enojado.

—¿Y cómo es posible que hayan desaparecido así sin más? —elevó su tono de voz.

—No lo sé, jefe —gachó la cabeza.

Neil actuó severo. No podía tolerar aquel comportamiento.

—Tu trabajo es cuidar del rebaño, para eso te pago.

—Lo siento —manifestó sincero —no se como ha podido ocurrir.

—¿Qué lo sientes? —se jactó irónico —con sentirlo no se repara el error —fue tajante —estás despedido, Louis.

—No por favor —le rogó desesperado —no me despida, tengo mujer e hijos, me quedaré un mes sin cobrar si hace falta, pero por favor... —le reiteró angustiado.

Neil escuchó unos enérgicos aplausos tras su espalda.

Colérico se giró hacia su figura.

—¡Bravo! —exclamó divertido el señor Polaskin —veo que es usted un tipo duro, señor Montana.

Neil lo miró con puro resquemor.

—Jefe —repuso Alec a su favor —Louis es un buen hombre, trabajador, honrado, no lo eche a la calle.

—Por favor —le imploró Louis.

—Está bien —se apiadó de él con pena —averigua que ha pasado con esas ovejas.

—¿Entonces no me despide? —se alegró.

—Ya hablaremos sobre este asunto —dijo centrando toda su atención en la risa malévolamente del señor Polaskin.

Capítulo 30

Neil se contuvo para no golpearle la cara. Aquel tipo era repulsivo.

Mantuvo la sangre fría.

—¿Qué quiere, señor Polaskin? —le habló de mala gana.

—Veo que ha recuperado la vista, me alegro —sonrió cínico.

Los ojos de Neil relampaguearon con ira.

—Responda a mi pregunta —repitió tosco —¿qué quiere?

Este se jactó con poderío.

—¿Así me recibe?

Neil no se cortó ni un pelo en ser descortés.

—Usted no es bien venido a mis tierras, váyase —le dijo contundente.

—¿Sin escucharme antes?

—No tengo nada que escuchar de usted —le lanzó con desdén.

—Me sorprende su actitud —lo encaró con sorna —usted es mucho más inteligente que sus otros hermanos.

Neil se enervó al oír aquel despectivo comentario. Furioso se dirigió a él y lo cogió del cuello fuertemente.

Desprevenido los ojos del hombre se pusieron en blanco.

—No le consentiré que insulte de esa manera a mis hermanos —le espetó siseante.

—Está bien —habló con dificultad —discúlpeme si lo he ofendido, pero ahora suélteme.

Neil dudó en hacerlo. Tenía al tipo tan cerca que le entraron hasta arcadas. En aquellos momentos estaba furioso.

De mala manera lo soltó de las solapas de su elegante chaqueta.

Este se tambaleó al verse liberado. Tosió repetidas veces.

—Y ahora lárguese de aquí —le escupió a la cara.

—Que lastima que piense así —lo oyó replicar sarcástico —usted y yo podíamos haber hecho grandes negocios.

Neil arqueó una ceja.

—¿Ah sí? No me diga —se mofó.

—No debería perder la oportunidad que le ofrezco —siguió en su misma línea.

—¿Vendiendo mis tierras? —le replicó Neil.

—El ferrocarril será el progreso, señor Montana.

—¿Para quién realmente? —no se mordió la lengua.

—Piénselo —le volvió a insistir.

Neil se mantuvo tajante.

—No tengo nada que pensar, señor Polaskin, le diré lo mismo que mis hermanos, NO —matizó alto y claro.

—Lo creía más listo —curvó sus labios —este rancho solo le traerá la quiebra —y agregó —se arrepentirá de su decisión.

—¿Me está amenazando? —dio un paso al frente.

—¡No! —expresó raudo —solo le advierto, recapacite ahora.

Neil lo fulminó cansado.

—Salga de mis tierras antes de que le patee el culo —le gritó iracundo.

Alec se posicionó a su lado, aunque a Neil no le hizo falta.

—Está bien —dijo este —me marchó, que tenga un excelente día —arrastró sus palabras.

—¡Maldito gusano! —masculló Neil entre dientes.

Estaba que se subía por las paredes.

—Ese hombre es de lo peor —repuso Alec —mire lo que le hizo a la señora Fawall, al final tuvo que vender su rancho.

En los ojos de Neil resurgió la seguridad.

—Pues conmigo se equivoca —afirmó vehemente —que se prepare para la guerra, yo no me rendiré tan fácilmente —y alegó rotundo —no le tengo miedo.

—Andese con ojo, jefe —le advirtió Alec —podría llegar a ser peligroso, Polaskin no se detendrá ante nadie, es capaz de cualquier cosa.

Neil se quedó pensativo.

—¿Crees qué podría estar detrás de la desaparición de las ovejas? —inquirió.

—Viniendo de Polaskin no me extrañaría —dijo Alec.

Un surco arrugó su entrecejo.

—Extrema la vigilancia estos días —le indicó previsor.

—Si jefe —asintió Alec.

—Y dile a Louis que venga, creo que he sido injusto con él —replicó arrepentido.

Alec asintió alejándose rápidamente. Neil observó el horizonte.

La preocupación inundó su alma al pensar en Ivy. Si Alec llevaba razón y Polaskin andaba tras todas aquellas fechorías, la vida de Ivy podía estar en riesgo.

Debía protegerla, ¿pero cómo? Neil se debatió en una guerra interior, a un lado la cabeza, al otro lado el corazón.

Tenía que actuar rápido y recuperar el amor de su mujer.

Capítulo 31

Eric se sacudió el polvo de su sombrero, con brío.

Siempre había sido un rebelde sin causa, un cabeza loca que iba a su bola.

Era lógico a su edad al ser el menor de los Montana. Eric se calificaba como un alma indomable, y un apasionado de los caballos. Los amaba por encima de cualquier otra cosa.

Tenía claro cuales serían sus metas desde que era bien pequeño, y Eric quería ser el mejor cowboy de Texas.

Ese era su objetivo. A pesar de la oposición de su abuela y hermano, él seguía sus propios instintos.

Era un cabezota empedernido, quizás era el más parecido a su abuelo.

Su espeso pelo negro y sus vivaces ojos verdes, lo hacían ser muy popular entre las numerosas chicas del pueblo.

Pero él no tenía ojos para las mujeres, solo vivía para los rodeos. Era su mundo, su vida.

Pero últimamente la mala suerte le perseguía. Tres torneos consecutivos perdiendo lo habían llevado al borde del abismo.

Ahora debía mucho dinero al señor Collins, patrocinador del rodeo más importante de Texas.

Él había apostado por Eric y le había fallado, y ahora Eric le debía una cuantiosa cantidad de dinero que no sabía como le iba a pagar.

El señor Collins querría cobrarse la deuda, pero hasta el siguiente rodeo Eric no podría devolverle ni un penique.

Aquello lo agobiaba. La fama de Alan Collins lo precedía en todo el condado. Era un hombre muy conocido, de altas influencias políticas.

Además el señor Collins era el criador de caballos con más renombre no solo de Madisonville sino de todo el condado de Texas y parte de América.

Sus sementales eran los mejores pura sangre que un comprador podía desear.

Eric hundió la cabeza entre sus manos, con frustración.

¿Qué demonios haría ahora? Si Liam se enteraba de la deuda que tenía con el señor Collins le daría una buena reprimenda.

Su hermano se lo había advertido en más de una ocasión, y él lo había desafiado.

No quería saber cuales serían las consecuencias de su rebeldía.

Pateó el suelo con rabia mientras clavaba su mirada en el horizonte. Tendría que encontrar una solución a su problema antes de que fuese demasiado tarde.

Su mejor amigo Austin le había dicho que dentro de poco se organizaría un torneo en la comarca de San Marcos.

Era ilegal, pero podía ganar mucho dinero. Aquello podía resultar peligroso, ¿pero qué otra alternativa le quedaba?

Eric tenía el agua hasta el cuello y no sabía como salir ileso. Miró orgulloso a su caballo “Sky”.

Era un noble animal. Acarició con cariño su bonito pelaje marrón.

—Todo saldrá bien —dijo convencido —ganaremos seguro.

El caballo relinchó sin entender sus palabras. Eric suspiró profundamente.

En las proximidades del río escuchó voces en el camino. Eric se agazapó tras un robusto roble y observó con cautela como dos jóvenes muchachas bien ataviadas se acercaban paseando hasta la orilla.

Parecían mantener una divertida conversación mientras bromeaban. Una de ellas soltó una risa musical que inundó los oídos de Eric.

Observó que era la más alta, de largo pelo rubio y finas facciones de porcelana.

Realmente era como un ángel caído del cielo. Por un segundo su cuerpo se quedó impactado con su belleza.

Nunca había visto a una muchacha tan bella. La miró hipnótico.

Su voz era muy dulce.

—Yo nunca me fijaría en un chico como Matt —la oyó decir mientras su pelo se movía con la suave brisa.

—¿Por qué? —le preguntó la otra chica divertida —¿Te gustan más malotes?

—¡Zoe! —la reprendió entre risas.

Esta se encogió de hombros.

—Que —dijo— es la verdad April, es demasiado buen chico para ti.

La sonrisa de la muchacha desapareció de sus labios.

—Papá piensa que es el mejor candidato para pedir mi mano —sonó entristecida.

—¿Y tú? —le inquirió.

—Ya conoces mi respuesta —replicó seria.

Ambas jóvenes siguieron con el curso de su conversación mientras continuaban su camino.

Ninguna se percató de la presencia de Eric. Este miró una vez más a la bella desconocida.

Aun cautivado por su belleza sacudió la cabeza para volver al mundo real, y con desenfreno montó a lomos de “Sky” y cabalgó hasta el rancho.

Sabía que le quedaba una dura batalla por ganar.

Capítulo 32

Cuando Liam se enteró por terceras personas del lío en el que se había metido Eric, quiso degollarlo con sus propias manos.

No podía creer que su hermano hubiese sido tan inconsciente para contraer aquella deuda con el señor Collins.

Liam maldijo su suerte. Lo había intentado todo con Eric. Había tratado de llevarlo por el buen camino, pero su hermano desgraciadamente estaba perdido.

Aquella afición por los caballos le iba arruinar el futuro. Estaba realmente desesperado. Ya no sabía que más podía hacer.

Eric era un chico demasiado rebelde y conflictivo. Tenía que empezar a aprender de sus propios errores.

Por eso Liam se había propuesto hablar con el mismísimo señor Collins para llegar a un entendimiento con él.

Estaba dispuesto a asumir esa deuda de Eric, y así darle una nueva oportunidad de encauzar su camino.

Furioso ensilló su caballo para dirigirse al rancho “Golden Horizons”.

Entonces observó la rápida llegada de Neil. Liam no estaba ciertamente de humor para visitas.

—Hermano —lo saludó —¿Dónde vas con tanta prisa?

Liam no tardó en responder.

—Voy a matar a Eric —siseó con enfado.

Neil arqueó una ceja.

—¿Se ha vuelto a meter en un lío?

—Y de los gordos —y agregó —esta vez no tendrá perdón.

—¿Qué ha pasado? —repuso Neil exaltado.

Liam miró a su hermano sin mucho tiempo para explicaciones.

—Luego hablamos —dijo con prisa —he quedado con el señor Collins.

Neil asintió con la cabeza. Liam palmeó la espalda de su hermano, y con urgencia montó a lomos de su caballo y lo espoleó con fuerza.

Cuando a toda carrera llegó hasta las pedanías del rancho “Golden Horizons” el señor Collins lo recibió con suma cordialidad.

De buena manera lo invitó a mantener aquella conversación en su despacho.

—Le agradezco que haya sido tan amable queriendo hablar conmigo, señor Collins —empezó diciendo Liam.

El hombre se mostró pasible, imperturbable tras aquella fría fachada que sus facciones dejaban ver.

—Nunca le niego a nadie la palabra —hizo una corta pausa y continuó —y más viniendo de usted señor Montana.

El señor Collins se movió con soltura por la habitación. Era amplia, bien amueblada, y de porte sobrio.

Se acercó hasta una vidriera y sacó una botella de licor que sirvió en dos copas.

—Señor Collins —repuso Liam con apuro —se que mi hermano le debe dinero.

—Así es —corroboró él ofreciéndole la copa.

—Estoy aquí para hacerme cargo de su deuda.

Este agrandó los ojos con sorpresa.

—¡Vaya! —exclamó —eso es muy generoso de su parte.

—Es mi hermano pequeño y debo velar por él —alegó firme.

El hombre rió dejando al descubierto su blanca dentadura.

—Le advierto que la suma es cuantiosa.

—No me importa —replicó —dígame la cantidad.

—Diez mil dólares.

—¡Qué! —Liam casi escupió el licor de su boca. Atragantado tosió repetidas veces.

—Le dije que era cuantiosa —repitió el hombre.

Liam fue sincero.

—No creí que llegase a tanto.

El señor Collins lo miró como analizándolo de arriba abajo. Entonces se mesó la barbilla y dijo.

—Es usted un buen hombre que no tiene la culpa de los actos de su hermano —y añadió meticulosamente —creo que podríamos llegar a un acuerdo.

—¿A un acuerdo? —repitió con asombro.

—Sí —afirmó sobrio —Eric podría pagar parte de su deuda trabajando para mí.

De repente aquella idea le pareció la mejor solución a sus problemas.

—¿En su rancho?

—Ajá —asintió este.

—¡Por supuesto! —expresó con fervor —trabjará el tiempo que haga falta hasta que salde su deuda.

—No será un trabajo fácil —se obligó a decir el señor Collins.

—No quiero que sea fácil —repuso Liam —Eric debe aprender de sus errores.

El señor Collins curvó la boca.

—Desde ahora le diré que no seré benevolente con su hermano —le soltó tajante.

—Le agradezco que no lo sea —concordó Liam.

—Y estará bajo mis ordenes para lo que yo precise —siguió exponiendo sus condiciones.

—Por supuesto —asintió él.

—¡Ah! Y tajantemente le quedará prohibido acercarse a mis caballos —sonó amenazante.

—No habrá ningún problema —le dijo convencido.

El señor Collins lo miró de una forma austera.

—Entonces señor Montana —le tendió la mano —¿Trato hecho?

Sin otro remedio que acatar Liam aceptó su oferta.

—Trato hecho, señor Collins, hablaré de inmediato con Eric.

Capítulo 33

Pasó todo el día y toda la noche lloviendo. Aquello entristeció aun más el ánimo de Ivy.

Las cosas en casa no iban como ella hubiera deseado. Aunque la salud de su padre había mejorado durante aquellas últimas semanas, su relación seguía siendo muy fría y tirante.

Al menos su padre le hablaba. Sin embargo Toby seguía juzgándola constantemente.

Ivy se sentía agotada, desmotivada completamente. Estaba cansada de luchar contra todo.

Echaba de menos a Neil, y cada día que pasaba lejos de él, añoraba sus besos, sus abrazos, su calor.

En más de una ocasión había estado tentada a correr a su lado, pero aquello ahora era imposible, a pesar de estar casados aun había barreras que los separaba.

Ivy observó a través de los cristales de la cocina como una nueva tormenta se acercaba a gran velocidad.

Las primeras gotas de lluvia cubrieron las colinas. Su madre se acercó a ella preocupada.

Mary veía desde hacía días el sufrimiento que padecía su hija, y aunque había tratado en todo momento de mediar la situación, nada había conseguido.

Aquel dolor la tenía hundida. Ivy había perdido la alegría que la caracterizaba, y también las ganas de vivir.

Ya apenas cogía un libro para estudiar. El alma se le partía en dos cada vez que la oía llorar en su habitación.

Pero aquello tenía que acabar de alguna manera. Su hija merecía ser feliz junto al hombre que amaba, y de una manera o de otra, Paul lo acabaría aceptando.

Mary besó su mejilla.

—Hola cariño —la saludó.

Ivy se giró con lágrimas en los ojos.

—¿Cómo está padre? —preguntó.

—Bien —respondió su madre secando rápidamente su llanto con ternura —ven —le dijo— siéntate conmigo y hablemos.

Como un fantasma Ivy la acompañó hasta la silla. Entonces se derrumbó rota.

—Extraño tanto a Neil —se sinceró con ella.

Su madre la miró con amor.

—Pues ve a verlo —la animó con cariño.

Ivy sacudió la cabeza compungida.

—No quiero enfadar a padre —y señaló —él no lo entendería.

—Tu padre te quiere mucho, Ivy —acarició su pelo —y le cuesta entender que te has hecho mayor.

—Pero yo nunca lo voy a abandonar —se afaná con ímpetu.

—Lo sé —sonrió Mary.

—Será mejor que no vaya —repuso cabizbaja.

—No tiene porqué enterarse si yo te guardo el secreto —le comentó cómplice, y las facciones de su hija se iluminaron con ilusión.

—¿En serio? —botó de su asiento.
Mary le cogió las manos entre las suyas.
—Por supuesto, ve, estás en tu derecho —manifestó firme.
Ivy la abrazó eufórica.
—Gracias madre, te quiero.
Mary se emocionó ante sus palabras.
—Y yo a ti hija.
Ivy salió apresurada de la cocina cuando de golpe se topó con la cara de Toby.
Este la miró con desapruebo. Ahora que su padre había enfermado el jefe de la casa era él.
—¿Dónde vas, Ivy? —la detuvo de mala manera.
—A ver a Neil —expresó feliz.
—Tu no vas a ningún lado —se negó este.
La sonrisa de Ivy desapareció de sus labios.
—¿Por qué? —se reveló cansada.
—Porque lo digo yo que soy tu hermano mayor.
—Tu no tienes derecho a prohibirme nada —objetó ella.
—No saldrás de aquí —se mantuvo serio.
—¡Toby déjala! —intervino Mary a su favor.
—No te metas madre —y repuso tosco —no puedo permitir que Ivy siga yendo por el mal camino con ese Montana —terminó de decir con rabia.
Ivy explotó herida.
—¿Por qué odias tanto a Neil? —sollozó.
Su respuesta fue contundente.
—No te merece.
—Eso no es verdad —negó vehemente —lo que pasa es que le tienes envidia —le lanzó — porque él siempre será cien veces mejor que tú.
Aquello le dio en el orgullo.
—¡Vete a tu habitación! —le gritó iracundo.
—No —respondió —no quiero, estoy harta de que todos queráis mandar en mi vida.
—Ivy —Toby estaba a punto de perder los estribos.
—¡Basta! —replicó su madre a ambos —vuestro padre os puede oír pelear.
Compungida Ivy corrió a su dormitorio mientras las lágrimas resbalaban por su piel.
Mary miró a su hijo con dolor.
—¿No te da vergüenza comportarte de esta manera? —lo reprendió severa.
—Solo trato de protegerla —se justificó ante su ataque.
—¿Protegerla de qué? —elevó su tono —Ivy ya no es ninguna niña, y puede elegir a quien quiera.
—Él no la merece —se afanó en decir de nuevo —la hará muy infeliz.
—¿Y cómo sabes eso? —le preguntó molesta —¿Acaso no te has dado cuenta de la tristeza que siente Ivy desde qué regresó a casa?
—Madre yo... —trató de evitar su mirada.
—¿Cuando aprenderás Toby, qué su vida es solo suya? —repuso decepcionada —¿cuando? — repitió dándose media vuelta.

Capítulo 34

Iba a enloquecer. Neil no aguantaba ni un minuto más sin Ivy.

Ya había soportado suficiente dolor durante días. Aquello tenía que acabar.

Neil no estaba dispuesto a rendirse. Caminó de un lado a otro de la habitación como un león hambriento.

Estaba cansado de esperar, ahora actuaría. Oyó repiquetear la lluvia sobre el cristal.

El sonido crispó sus nervios. Impaciente no dejó de dar vueltas a su cabeza.

Tenía que ir a buscarla y no detenerse hasta traerla de vuelta a casa. Ese era su único pensamiento.

Esta vez no se acobardaría frente a la puerta. Esta vez no habría marcha atrás.

Con aquel firme convencimiento Neil ensilló su caballo. No le importó que la tormenta cayese con intensidad empapando su cuerpo.

Como alma que lleva el diablo cabalgó veloz a lomos de “Elliot” hasta el mismo rancho de los Campbell.

Un rayo surcó el cielo iluminando por completo la noche cerrada.

“Elliot” se encabritó asustado. Neil trató de controlarlo.

—Shh —le dijo— tranquilo.

El trueno retumbó en sus oídos mientras el agua seguía resbalando por su pelo.

Neil no se detuvo ante nada. Desmontó del caballo y ató las bridas al porche.

Erguido caminó hacia la puerta. Observó las luces en el interior de la casa. Su corazón golpeó aceleradamente su pecho.

Con determinación dejó caer su puño sobre la puerta, golpeando repetidas veces.

Con asombro fue Toby el que abrió. Sus ojos lo miraron que resquemor.

—¿Qué haces tú aquí? —lo encaró de mala gana.

Neil no se achantó ante su actitud hostil.

—¿Dónde está Ivy?

—Eso a ti no te importa —le lanzó.

—Es mi esposa —replicó rotundo —y tengo derecho a verla.

Este rió con una carcajada.

—¿Derecho? —se jactó Toby.

—Por favor —le rogó pacífico —no compliques aun más las cosas.

—Ivy no quiere verte —le mintió a la cara.

—No te creo —dijo Neil poco convencido y agregó solemne —se que no la merezco —sus palabras calaron hondo en Toby. Perplejo no esperó oír su confesión más sincera —pero la amo, no intentes alejarme de ella.

Toby pareció reacio a dar su brazo a torcer. La lluvia seguía cayendo con fuerza.

—Mi padre piensa que no eres una buena influencia —matizó —y yo también.

—Déjame demostraros que no es así, se que no hice las cosas bien, pero quiero remediarlo y hacer feliz a Ivy —reiteró con fervor.

—Es mi hermana —se mostró receloso.

—Lo sé —Neil se puso en su lugar —pero también es mi mujer, por favor déjame entrar.

—Tendrás que hablar con mi padre primero —se mantuvo firme.

—Hablaré con él —no puso objeción alguna.

A Toby se le ablandó el corazón.

—Pasa —le dijo desconfiado.

Neil se lo agradeció.

—Gracias —avanzó hacia el salón donde Mary y Kate preparaban la mesa para la cena.

—¡Neil! —exclamó Mary llevándose las manos a la boca.

—Hola —lo saludó Kate con alegría.

—Buenas noches —se dirigió a ellas.

—Estás empapado, ven, acércate al fuego —repuso apurada.

Neil buscó a su esposa con la mirada.

—No se preocupe señora Campbell, estoy bien —dijo tiritando de frío —¿Dónde está Ivy? —preguntó ansioso —necesito verla.

—Aquí estoy —escuchó tras él con emoción.

Neil se giró de inmediato hacia las escaleras y la vio allí. Entonces corrió hacia ella con el corazón golpeando fieramente su pecho.

—Ivy —expresó exaltado sin poder ocultar sus sentimientos. La abrazó fuertemente entre sus brazos mientras le musitaba —te he echado tanto de menos.

La joven se aferró a él entumecida.

—Yo también a ti —le manifestó feliz de volver a verlo.

—Mi amor —agregó afligido —no llores, estoy junto a ti —la besó dulcemente en los labios —todo irá bien, te prometo que arreglaré esto.

Ella se agarró a su pecho con fuerza. No pensaba separarse de él nunca más.

Capítulo 35

—¡Qué! —exclamó Eric incrédulo —No puedes estar hablándome en serio.

Liam miró a su hermano pequeño con desapruebo. Empezaba a estar cansado de sus juegos de niño.

—El señor Collins y yo hemos llegado a un acuerdo —le repitió de nuevo.

—¿Un acuerdo? —arrastró enervado —¿para qué?

—Trabajarás en el rancho del señor Collins hasta que pagues tu deuda —atajó firme.

Eric se reveló con el orgullo herido.

—¿Por qué debo hacerlo?

Liam intentó que su hermano entrase a razones, pero hablar con Eric era muy complicado a veces.

Liam se armó de paciencia.

—Tienes que empezar a asumir tus actos como un adulto —le recriminó serio —le debes dinero.

—¡Y se lo pagaré! —clamó con ímpetu —pero no trabajaré para él.

—¡Ah! —soltó con mofa —¿y cómo piensas devolvérselo entonces?

Eric se paseó inquieto ante la exhaustiva mirada de su hermano.

—Buscaré una solución alternativa —dijo.

—¿Cual? —inquirió.

—Competiré en torneos y ganaré suficiente dinero para pagarle —sonó convincente.

—¡Ni hablar! —explotó Liam —¿Estás loco?

—Soy mayor de edad —alegó este —no puedes prohibírmelo.

—¡Oh si qué puedo! —le contraatacó con enfado —no competirás más.

—¡Qué! —chilló Eric.

—Ya me has oído —se mantuvo prudente.

Los ojos de Eric relampaguearon heridos.

—No te inmiscuyas en mi vida —siseó entre dientes.

—Soy tu hermano mayor y debo hacerlo —se defendió Liam de su ataque.

—Yo puedo valerme por mi solo —objeto con resquemor.

—Oh ya veo —ironizó. Liam trató un nuevo acercamiento —escucha Eric, no compliques aun más la cosas, el señor Collins te ha dado una segunda oportunidad —trató de convencerlo —no la desaproveches.

Eric observó a su hermano y bufó in contenidamente.

—No me obligues a esto— le suplicó sin salida.

—Es por tu bien —le aseguró pensando en su futuro.

Eric rechinó los dientes y sin medir el alcance de su enfado le escupió.

—¡Te odio!

Liam ignoró sus palabras. Sabía que hacía lo correcto siendo estricto con él, y que con el tiempo Eric lo entendería.

—Mañana te espera el señor Collins para empezar con tu tarea —le dijo calmado.

Este apretó sus puños contra el costado y aguantó el aire en sus pulmones. Los ojos de Eric resurgieron con determinación.

Sin lugar a replicas cogió su sombrero de ala ancha y salió dando un sonoro portazo.

Liam observó la puerta con una sonrisa triunfal.

Tal cual le había prometido a Ivy, Neil habló con el señor Campbell, a solas.

Gracias al tesón de Mary, Paul había accedido a ver al muchacho.

Aun convaleciente lo recibió en la cama, reticente ante su visita.

En todo momento Paul le mostró su aparente rechazo, pero Neil no se detuvo y le abrió su corazón sincero.

—Señor Campbell —comenzó diciendo —no espero que me perdone —lo sorprendió con sus palabras —se que actué mal casándome con su hija sin su consentimiento, pero la amo —manifestó férreo —la amo como nunca amaré a otra mujer, por ello cometí la locura de no esperar para convertirla en mi esposa —y alegó a su favor —¿Acaso usted no habría hecho lo mismo por amor?

Paul lo miró con desaprucho. Sus facciones se relajaron al replicar contundente.

—Por mi esposa habría hecho cualquier locura —reconoció —Mary es la mujer más extraordinaria que conozco —siguió vehemente —pero Ivy es mi hija, y en el pasado sufrió mucho por tu culpa —le señaló con dolor.

Neil comprendió las razones que Paul tenía como padre para odiarlo. En el fondo se merecía todo aquel desprecio.

Cabizbajo repuso.

—Siento todo el sufrimiento que le causé —se lapidó a él mismo —pero he cambiado, y jamás me perdonaré el no haber tenido el suficiente valor para luchar por ella —sonó arrepentido —quiero hacerla feliz, le aseguro que mi intención es buena —se afaná en convencerlo —por favor señor Campbell, permítame estar a su lado, concédame su bendición —le rogó encarecido —le pidió la mano de su hija como un hombre totalmente enamorado.

Paul sonrió por primera vez, satisfecho.

—Reconozco que nunca crecí que tuvieras agallas de pedírmelo —le soltó complacido.

Neil arqueó una ceja, dubitativo.

—¿Entonces qué me dice? —inquirió impaciente.

El corazón de Paul se ablandó ante el muchacho.

—Te daré mis bendiciones —le dijo al fin —si con ello es feliz mi hija.

A Neil se le iluminaron los ojos con alegría.

—Gracias señor Campbell, gracias —reiteró exaltado —le juro que no se arrepentirá.

—Eso espero por tu bien —repuso Paul —Ah, y quiero una boda como dios manda —le ordenó firme.

—¡Por supuesto! —agregó Neil —tendrá la mejor boda de Texas.

Paul le tendió la mano sellando la paz entre ellos. Una pesada carga desapareció de los hombros de Neil.

Suspiró aliviado. Ahora nada le impediría ser feliz junto a Ivy.

Capítulo 36

Aún no había ni amanecido sobre el rancho “Golden Horizons” y Eric ya observaba como las primeras luces del alba se reflejaban en las montañas.

El cielo empezaba a teñirse de un color anaranjado. Escuchó en silencio el canto de algún que otro pajarillo. La suave brisa movió su pelo.

Impotente apretó los puños con rabia. Estaba frustrado, furioso y enfadado con Liam.

Aun no podía creer que tuviese que trabajar para Alan Collins.

Él amaba su libertad. No soportaba estar atado a un mismo lugar durante mucho tiempo.

Pagaría su deuda y después se marcharía lejos de allí. Estaba harto de que todo el mundo lo tratase como a un niño.

Demostraría que estaban equivocados. Con aquel firme propósito encaminó sus pasos hacia una cuadrilla de hombres.

Su mirada determinada se centró en el más corpulento de todos. Este le salió al paso de forma hostil.

—Eh —lo llamó —¿Dónde vas muchacho?

Eric se detuvo en seco.

—El señor Collins me espera —dijo.

El hombre lo miró de arriba abajo con cierto aire despectivo.

—¿Y tú quién eres? —lo increpó con descaro.

—Mi nombre es Eric Montana.

—Ah ya —le soltó —el joven Montana, ¿no? —y agregó arrogante —el señor Collins te ha mencionado en alguna ocasión, creo que durante un tiempo trabajarás en el rancho.

—Así es —replicó Eric sin gracia.

El otro tipo siguió con su escrutinio.

—Bien, acompáñame, yo soy Jhon Maison —se presentó altivo —y soy el capataz y la mano derecha del señor Collins.

Eric lo miró fijamente. Los hombres como Maison nunca le habían caído especialmente bien.

Era alto, corpulento, de unos treinta y tantos años, pelo espeso y ojos fríos.

Había algo en su mirada que disgustó a Eric. Con aparente atención lo escuchó decir;

—Yo seré quien dirija tu trabajo, y para cualquier consulta pregúntame a mi directamente, no molestes al señor —sonó tintineante.

Eric asintió con la cabeza.

—¿Por dónde empiezo? —y señaló hacia las cuadras.

—Las cuadras ni pisarlas —tronó tosco.

—¿Por qué? —preguntó Eric confuso.

—Ordenes del señor Collins —y sonrió con malicia —limitate a obedecer, ¿te queda claro?

Eric se contuvo para no pegarle un puñetazo en la nariz.

—De momento empezarás como peón —le dijo este —¡George! —vociferó exigente.

Rápidamente apareció un chaval.

—Sí, jefe.

—Indica al muchacho cual será su tarea —replicó firme.
El chaval centró sus ojos en él y rió por lo bajo divertido.
—Limpiarás el gallinero y sacarás todo el estiércol.
Eric abrió la boca disconforme.
—¡Qué! —exclamó.
—¿Tienes algún problema, Montana? —saltó con rapidez el capataz —¿El trabajo es demasiado rudo para un señorito como tu?
Eric escuchó las carcajadas sonoras a su alrededor y se enfureció.
—No soy ningún señorito —se defendió de su ataque.
—¡Venga a trabajar! —le ordenó brusco —Aquí aprenderás duro, muchacho.
Eric pateó el suelo, contenido. Entonces siguió de mala gana al tipo pelirrojo.
Varios hombres se rieron en su cara al pasar.
—Algún día tendré un rancho como este —siseó entre dientes —algún día —ignoró las burlas de los que serían sus compañeros.
El capataz Maison cumplió con su cometido y exigió a Eric su mayor rendimiento.
No le dio tregua. No se apiadó de él. Disfrutó viéndolo de fango hasta las rodillas.
A media mañana, cuando el sol ya brillaba en lo alto del cielo, y tras varias horas de trabajo duro, la aparición del señor Collins levantó un gran revuelo.
Era raro verlo fuera de su despacho. Casi nunca se acercaba a sus empleados.
Estrictamente le dio la bienvenida a Eric.
—Vaya, vaya —aplaudió sarcástico a Eric —veo que tu hermano ha cumplido con su palabra.
—Buenos días, señor Collins —lo saludó apurado.
—Me alegra verte aquí, muchacho, y además bien ocupado —observó sus manos llenas de tierra y barro.
—Siento mucho lo que pasó en el torneo —quiso disculparse.
—No te disculpes —se jactó este —un día malo lo tiene cualquiera —y alegó raudo —pagarás tu deuda de una u otra manera.
—Señor —se dirigió a él —yo podría hacerme cargo de las caballerizas y...
El señor Collins lo cortó en seco. Clavó sus fríos ojos en su figura.
—Ni se te ocurra acercarte a mis caballos —trinó.
—Pero tengo experiencia con ellos —dijo Eric.
—Ni se te ocurra poner un pie dentro, ¿me oyes? —le repitió enervado —ya has tenido suficiente —le escupió con desdén.
—Pero señor... —trató de convencerlo.
—Te mantendrás alejado de mis cuadras por tu bien, muchacho —sonó atronador.
Unas risas femeninas distrajeron la atención de Eric. Este desvió su mirada hacia las dos jóvenes Amazonas que montaban alegremente en caballo.
El señor Collins lo miró con resquemor.
—Ah —añadió adivinando sus pensamientos —y por supuesto no te acercarás a mis hijas —le dejó caer.
—¿Sus hijas? —repitió hipnotizado al reconocer a la joven de cabellos dorados como la ninfa del río.
Eric no podía apartar sus ojos de ella.
—Si, mis hijas —le remarcó el señor Collins —mantente alejado de ellas —lo amenazó rotundo.
A Eric se le aceleró los latidos del corazón. Nunca antes había experimentado un sentimiento

parecido a ese.

La muchacha siguió riendo ajena a su mirada.

—Señorita April —la llamó el capataz —no olvide su sombrero o el sol le quemará su piel.

—Gracias Jhon —musitó ella.

Unos irrefrenables celos consumieron a Eric ante la escena.

El señor Collins le repitió la pregunta impaciente.

—¿Me has oído muchacho?

—Si señor —se obligó a decir Eric mientras las jóvenes se marchaban.

—Vuelve a tu trabajo —le dijo tosco.

Eric gachó la cabeza avergonzado y acató sus ordenes sin dejar de mirar de reojo a la hermosa muchacha.

Capítulo 37

Tras la vuelta de Ivy a casa empezaron con los preparativos de la ceremonia que se celebraría entre ambas familias.

La joven estaba doblemente ilusionada con la que sería su segunda boda con Neil.

Ivy estaba pletórica. Todo era como un sueño del que no quería despertar. El ambiente de alegría se contagió entre sus amigas.

Las chicas le organizaron una sorpresa, una fiesta de pijamas donde naturalmente quedaban excluidos sus maridos.

Fue como una pequeña reunión de mujeres donde hubo risas, juegos, y música.

A Ivy le vino bien aquella idea de estar con las chicas y desconectar. Cada una fue llegando con un regalo para la novia.

Phoebe y Grace fueron las primeras en llegar. Ivy las conocía desde la infancia. Luego se sumaron Liv, Bhesy y la última en aparecer fue Emma.

—¿Dónde dejaste a los gemelos? —le preguntó Grace a Liv.

—En casa de mi madre —contestó la joven algo exhausta.

—Te entiendo —agregó Bhesy —si uno cansa imagínate dos —todas rieron al unísono ante su comentario.

Sin embargo Emma estaba más seria de la habitual. Ivy no le quitó los ojos de encima.

Fue por casualidad que esa misma mañana se enteró por el doctor Phil de que Emma estaba embarazada.

Su alegría fue evidente al conocer la noticia, pero no lograba entender porque lo mantenía oculto.

Un hijo era como un regalo de dios, fruto del amor entre dos personas. Ivy quería tener a un montón de niños correteando por el rancho.

Sería sumamente feliz cuando se quedase embarazada de Neil.

—¿Y tenéis fecha para el bautizo? —agregó Phoebe.

—Zack quiere que sea después de año nuevo —repuso Liv.

—Bien —soltó Bhesy.

—¿Y cómo se llamarán? —preguntó Grace.

—Cameron y Dexter —contestó con orgullo.

—Cameron y Dexter Montana, me gusta —repuso Ivy.

—Seguro que serán unos niños preciosos como su papá —replicó Phoebe con picardía.

—¡Phoebe! —la reprendió Emma —centrémonos en Ivy, ahora ella es la protagonista.

—Es verdad —replicó Liv —pasado mañana es tu gran día.

—¿Estás nerviosa? —inquirió Bhesy.

Ivy sonrió ante la impaciencia de la muchacha.

—No, para nada —dijo— yo ya estoy casada con Neil —y agregó —no me asusta.

La exaltación apareció en sus amigas.

—¿Y cómo te pidió matrimonio? —quiso saber Phoebe.

—¿Se puso de rodillas? —preguntó a su vez Bhesy.

—¿Fue romántico? —añadió Grace.

Ivy se sintió avasallada ante el bombardeo de preguntas.

—Sí —respondió emocionada —fue romántico, se puso de rodillas y me pidió que me casase con él —se estremeció por completo.

—Ohh —suspiraron todas de amor.

—¿Y la noche de bodas?

—¡Bhesy! —expresó Liv con enfado.

La joven se encogió de hombros.

—Que —replicó con inocencia —aun estoy soltera.

—Sí, sí, y entera —se jactó Phoebe.

Ivy se sonrojó de pies a cabeza. Su corazón se aceleró al decir;

—Fue mágica —tembló al pensar en los besos de Neil.

—¿Y...?

Ivy soltó un suspiro entrecortado.

—No te contaré más —se negó en rotundo.

Rieron divertidas.

—Ojalá yo encontrase un hombre así —replicó Bhesy.

—Pues dicen que Sam quiere pedirte salir —alegó Grace guiñando su ojo derecho.

—¿Sam Pertesson? —inquirió Emma con asombro.

—Sí, el mismo Sam —le confirmó Phoebe.

—Vaya que calladito te lo tenías, eh —la codearon sus amigas.

Las mejillas de Bhesy se encendieron como una cerilla.

—Yo no he dicho que me guste —replicó.

—Dusty dice que es un buen partido —intervino Grace.

—Dusty es tu marido, querida —se defendió Bhesy —¿qué va a decir?

—A mi me parece un buen chico —rió al ver la cara desencajada de Bhesy.

—Y hablando de hombres —saltó Ivy clavando su mirada en su amiga —¿No tienes nada que contarnos, Emma? —le dejó caer sutilmente.

Emma hasta el momento calmada dio un inesperado respingo. Exaltada abrió la boca con mesura.

—¿Yo? —inquirió perpleja.

—¿Hay algo que no sepamos? —dijo Liv.

—No, no —se apresuró a decir.

—¿Seguro Emma? —le insistió Ivy preocupada.

—¿Y qué os puedo ocultar? —se justificó incómoda —sois mis amigas.

Las risas se hicieron eco en la habitación. Todas olvidaron el tema, menos Ivy.

Su respuesta no pareció convencerla. Emma mentía, lo sabía, y ella estaba dispuesta a averiguar cuales eran sus razones.

Capítulo 38

Mientras sus mujeres pasaban una noche divertida, los hombres se reunían en una asamblea organizada por el presidente de la comunidad de rancheros de Texas, a la cual también asistiría el alcalde de Madisonville.

El ambiente estaba algo crispado tras los últimos incidentes ocurridos en el pueblo. Aunque no habían podido probar que la mano del señor Polaskin estuviese detrás de los hechos, las sospechas eran cada vez más evidentes.

A la incertidumbre acerca de lo que ocurriera con el futuro de los rancheros se sumaba la presión en la pérdida de ganancias.

Eso tenía dividido a los vecinos en ambos bandos, unos a favor de vender, otros en contra de abandonar sus tierras.

Atemorizados ante la situación muchos rancheros habían obstado por dejar sus hogares y emprender lejos de allí una nueva vida.

La reunión se empezaba a caldear por momentos. Todos gritaban a la misma vez.

El revuelo se hacía oír por encima de sus cabezas.

—Ya no puedo más —alegó el más anciano, el señor Hank.

Era el terrateniente más antiguo de la zona, y a sus ochenta años se veía en una situación precaria.

—Pues yo no pienso ceder al chantaje de ese hombre —se enervó Dusty.

—¡Es de locos! —saltó otro desde el fondo de la sala.

—Un poco de orden —comentó el presidente de la asamblea.

Rodof Timberly llevaba años ejerciendo su cargo con mano firme, pero ahora el control se le escapaba.

—Ese hombre está destruyendo nuestras tierras, ¿y encima debemos vender? —objetó el señor Hank.

Su nieto a su lado escuchaba atento.

—Calma —intervino Neil —Steve no ha dicho eso.

—Ya, ya —replicó Jairo de mala gana —tu siempre defendiendo al más débil, ¿verdad Montana?

—Eh —saltó Zack —no te metas con mi hermano.

Neil frenó a Zack antes de que le partiese la cara.

—Tranquilo —le dijo— estamos aquí para dialogar.

—No venderé —se obcecó el anciano.

—Abuelo —lo nombró Sam —escuchemos a nuestros vecinos.

—Alcalde, ¿y usted qué opina? —le preguntó Liam.

Este carraspeó incómodo ante el ambiente tan tenso. De reojo miró sus caras enfurecidas.

—Son tiempos de cambios, señores, tiempos de prosperidad —repuso abriendo un nuevo debate.

—¿Prosperidad? —repitió el terrateniente —¿Nos está diciendo qué debemos vender nuestro futuro y el de nuestros hijos y nietos?

—No he dicho eso —aclaró.
—¿Entonces? —inquirió Dusty.
—Señores —trató de mediar el presidente.
—Yo propongo que unamos nuestras fuerzas y luchemos juntos —repuso Neil.
Una carcajada inundó el espacio.
—Para ti es fácil decirlo Montana, eres soldado —le reprochó a la cara.
—No señor Dusty —negó rotundo —yo ahora soy ranchero al igual que usted.
Este lo miró por encima del hombro.
—Mi hermano lleva razón —lo defendió Liam —unamos fuerzas contra Polaskin.
—¡Sí! —se oyeron algunas voces.
—¿Y de qué nos servirá? —objetó Jairo.
—Para que no nos arrebaten lo que es nuestro —expresó Neil con orgullo.
—Simplemente creo que deberíamos darle una oportunidad al progreso —replicó el alcalde.
De mala manera Zack lo encaró.
—¿Usted de qué parte está, alcalde?
—De la vuestra, por supuesto —se apresuró a añadir abochornado.
Neil se puso al frente de sus vecinos y amigos, y les habló alto y claro.
—Pues entonces luchemos —prosiguió ejerciendo el liderazgo —esa escoria no puede vencerlos.
—¡Lo echaremos de aquí! —gritó Dusty con una exclamación de guerra.
La mayoría de hombres apoyaron su decisión con voces potentes, otros en cambio callaron.
Aun les quedaba un largo camino que recorrer.

Capítulo 39

La llegada de Travis Raylen al pueblo un día antes del enlace, llenó de alegría a Neil.

Fue una visita ciertamente inesperada. Hacía meses que Raylen y él no se veían.

La última conversación que habían mantenido no había acabado demasiado bien.

Neil reconocía que había tratado injustamente a su amigo.

Nunca debió hablarle de esa manera, gracias a Raylen seguía con vida, él había arriesgado todo por salvarlo, y por ello ahora era el hombre más afortunado de la tierra.

Con júbilo lo recibió fundiéndose en un emotivo abrazo.

—¡Raylen! —exclamó —Qué alegría verte de nuevo. Aun no puedo creerme que tu estés en Texas.

Raylen le hizo un rápido reconocimiento con la mirada.

—Y yo no me creo que hayas recuperado tu sentido del humor —carcajeó este.

—¡Serás mamón! —le escupió con cariño palmeando su amplia espalda —te debo la vida, amigo.

—¿A mi? —levantó las cejas escéptico.

—Tu me sacaste de aquella trinchera en llamas —repuso solemne —gracias.

Raylen le restó importancia a sus palabras con humildad.

—Tu también lo hubieses hecho por mi —alegó incómodo.

—Siento haber sido tan injusto contigo aquel día en el hospital —se disculpó Neil.

—Eso pertenece al pasado, olvídalo —dijo Raylen para añadir —estás vivo, es lo que importa.

El semblante de Neil se ensombreció de repente ante los dolorosos recuerdos.

—Y cuéntame, ¿cómo va todo por el campamento?

—Bien —contestó este —el capitán Montgomery ha disuelto las tropas.

—¿La guerra acabó?

—Por suerte sí, esperemos que la paz dure por más tiempo —deseó cansado.

—Ojalá, es una excelente noticia —alegó Neil —¿Entonces regresarás a casa?

—Supongo que sí —vaciló en su respuesta —¿Y a ti cómo te va de vaquero? —cambió rápidamente de tema.

Raylen miró las altas montañas. Era un paisaje realmente embaucador. Aquel parecía un lugar muy distinto a Arizona.

Se respiraba tranquilidad.

—No me puedo quejar —replicó burlón —ahora soy dueño de mi propio rancho.

Raylen arqueó las cejas con sorpresa.

—¿Todo esto es tuyo? —abarcó con sus grandes manos.

Neil asintió orgulloso.

—Sí.

—O sea que no piensas volver al ejercito, ¿no?

—Este es mi hogar, por mucho que yo haya querido huir, mi vida está aquí junto a Ivy, y mis futuros hijos —afirmó con ímpetu.

—Ay Ivy —le soltó Raylen con un hondo suspiro —tu eterna salvadora.

—Ella fue la luz que guió mis pasos —agregó Neil con fervor —lo es todo para mi —se le iluminaron los ojos de amor.

Raylen lo observó con una pizca de celos. Nunca había sentido envidia de su amigo, pero viendo su felicidad no pudo evitar sentir que su vida estaba vacía.

—¿Y cuándo la podré conocer? —preguntó con interés.

—Pronto —y dijo —hay una cosa que me gustaría pedirte —hizo una corta pausa y continuó diciendo —quiero que seas mi padrino de bodas.

Raylen abrió la boca con sorpresa.

—¿Qué! —exclamó —¿Te casas?

—Mañana —expresó Neil emocionado.

—Al final tuviste el valor de pedirle matrimonio —se puso firme y agregó —soldado Montana.

—Que remedio —objetó en broma —sino me la hubieses robado tu.

Ambos jóvenes rieron con una sonora carcajada.

—Me alegro por ti —lo felicitó Raylen.

—Entonces, ¿qué me dices? —esperó su respuesta.

Aunque Raylen siempre había sido totalmente opuesto a pisar la iglesia, no pudo negarse a la petición de su buen amigo.

—¡Por supuesto! Será todo un honor para mi.

Neil se mostró eufórico.

—Vamos —lo instó —te enseñaré el resto del rancho.

Raylen asintió mientras su mirada se perdía en el bello horizonte de Texas.

Capítulo 40

Nerviosa Ivy se miró ante el espejo, con su bonito vestido de novia que sus padres le habían regalado con cariño.

Aunque había tratado de mantenerse serena no podía evitar sentir aquel fuerte cosquilleo sobre su estómago en un día tan feliz.

Sabía que los invitados esperaban ansiosos, que Neil estaría en la ermita impaciente, y que su padre orgulloso la llevaría del brazo hasta el altar.

Era todo cuanto una mujer deseaba el día de su boda.

Con la mirada iluminada se dio los últimos retoques al peinado, y se encontró lista para casarse de nuevo con el hombre de su vida.

No tenía ninguna duda de que si volviese a nacer elegiría aquel momento una y otra vez, era una sensación única.

Ivy observó su propia imagen en el espejo. Estaba radiante. Entonces sonrió.

Emocionada giró el pomo de la puerta y caminó por el pasillo esperando encontrar a su padre al pie de las escaleras.

Pero extrañamente no estaba allí. El corazón de Ivy golpeó frenéticamente su pecho.

De repente se asustó. Un mal presagio borró su alegría.

—¡Padre! —alzó la voz en un intento de que la escuchase —¡Padre! —repitió sin obtener respuesta.

Confusa intentó localizarlo. Cogió la cola de su largo vestido y salió en su busca.

El potente sol del mediodía encandiló sus ojos. Ivy se sintió exasperada.

Miró en todas direcciones, ¿dónde podía estar? Los minutos se hicieron eternos para Ivy.

Angustiada corrió hacia el cobertizo. La puerta estaba entreabierta.

—¡Padre! —lo llamó.

Ivy se adentró en el interior. Sus ojos se quedaron paralizados cuando lo vio allí tirado en el suelo.

Su padre permanecía inmóvil, no se movía. Eso la puso en alerta. Rápidamente se abalanzó hacia él para socorrerlo.

—¡Padre! —trató de ayudarlo.

Ivy se percató del fuerte golpe que tenía en la cabeza. Desesperada intentó levantarlo.

De repente la puerta se cerró de golpe. Ivy se sobresaltó al oír aquel extraño chasquido.

—¿Hay alguien que me pueda ayudar? —preguntó atemorizada —¿Hola?

Desesperada intentó abrir la puerta, pero un espeso humo negro empezó a cubrir el cobertizo.

Ivy tosió repetidas veces mientras sus ojos lagrimeaban.

—¡Socorro! —chilló— necesito ayuda, ¡socorro!

Su voz se quebró en llanto. Era inútil, nadie escuchaba sus gritos de auxilio.

Estaban atrapados.

—Padre despierta —expresó con un nudo en la garganta —tenemos que salir de aquí.

Horrorizada Ivy observó como las llamas se acercaban peligrosamente a ellos.

Trató de huir, pero no había escapatoria. Acorralada sintió el frío de la muerte pegado a su

cogote.

¿Era aquel el final de su vida? Mientras las llamas lo devoraban todo a gran velocidad Ivy pensó que era el fin.

Frente al altar Neil esperaba impaciente como un hombre enamorado ver entrar por aquella puerta a la novia.

Sus manos sudaban nerviosas mientras resoplaba sin control. Era sensación inquieta la que estaba sintiendo su corazón ante su tardanza.

Neil no podía dejar de pensar en ello y miles de pensamientos se agolpaban en su cabeza.

{Ya debería haber llegado}, se dijo preocupado. Ivy nunca lo haría esperar. Algo estaba sucediendo.

Las dudas crecieron en su interior templando su cuerpo. Los invitados ya murmuraban por lo bajo crispando sus nervios.

Se removió inquieto.

—¿No debería haber llegado? —le murmuró a Raylen que permanecía a su lado.

—Dicen que la novia siempre se hace esperar —repuso burlón.

Neil negó con la cabeza.

—Ivy no es de esas mujeres, algo va mal —afirmó caótico.

—No te desespere —lo animó —vendrá.

Los ojos de Neil miraron por encima de la multitud. No podía quedarse allí sin saber que pasaba.

Apretó los puños y sin pensarlo dos veces abandonó su lugar junto al altar y caminó resuelto.

—¿A dónde vas? —le preguntó Raylen con desconcierto.

—A buscar a mi mujer —contestó rotundo.

Liam se acercó a prisa hasta él.

—¿Ocurre algo? —inquirió raudo.

—La novia aun no ha llegado —dijo Raylen.

Neil cruzó decidido el estrecho pasillo de la iglesia dejando atrás la capilla.

Un mal presagio inundaba su alma. Desorientado corrió los metros que separaban la iglesia del rancho Campbell.

El corto camino se le hizo eterno hasta llegar. No se detuvo. Su sangre golpeaba frenéticamente su sien.

De repente observó la alta columna de humo. Su corazón se estremeció al ver el fuego que ardía en el cobertizo.

La humareda cubría todo haciendo casi insoportable respirar el aire. La angustia se apoderó de su cuerpo y de su mente.

Neil se ofusco. Su pulso se descontroló rápidamente.

Tenía que actuar sin pensar. Tenía que hacer algo, la vida de Ivy estaba en juego.

Capítulo 41

Neil intentó mantener la calma en aquellos sofocantes momentos. No podía dejar que el pánico lo dominase por completo.

—Ivy —musitó lanzándose en su ayuda.

Hasta su lado llegaron Raylen y sus hermanos, también Toby, su cara estaba desencajada.

—¡Raylen, Eric! —ordenó sin tiempo —traed baldes del río —¡Rápido! —los instó —Toby ayuda a Zack a traer la manguera.

—Enseguida —repuso el joven.

—¿Y tú qué harás? —le salió a su paso Liam.

Neil lo miró con determinación.

—Entrar dentro.

—¡Estás loco! —le gritó este.

—Tengo que sacar a Ivy de ahí —contestó firme.

—Podría ser muy peligroso —temió Liam por su vida.

—Lo sé —dijo— pero entraré igual —y agregó —ayuda a Toby y a Zack.

—¡Neil! —le gritó a su hermano, pero él no le hizo caso.

Su única prioridad era rescatar a su mujer sana y salva. No pensó en el peligro.

Con pasos firmes se dirigió hacia el cobertizo. Las llamas avanzaban a gran velocidad.

Su cuerpo tembló ante el fuego. Inconscientemente vinieron a su cabeza dolorosos recuerdos sobre el ataque al campamento.

Angustiado el miedo lo inmovilizó durante algunos segundos.

Las imágenes de lo sucedido ese día acudieron a su cabeza como una película de terror.

Pero Neil no se achantó. Sus ojos resurgieron con coraje.

—Ivy! —la llamó potente mientras intentaba abrir la puerta.

En su interior Ivy escuchó su voz y corrió despavorida.

—¡Neil! —exclamó —sácanos de aquí —sollozó impotente.

—¡Ivy! Apártate de la puerta —le ordenó antes de tirarla abajo.

El calor fue como una bofetada que quemó su cara. El humo y el bochorno allí dentro eran insoportables.

Sus ojos empezaron a lagrimear sin ver nada.

—¡Ivy! —gritó desesperado.

Ella se abalanzó a sus brazos asustada.

—Neil.

—¿Estás bien? —le preguntó alterado.

Ivy asintió con congoja.

—Mi padre está inconsciente, por favor ayudame a sacarlo —le rogó entre lágrimas.

Aquel infierno ya lo había vivido Neil en el pasado.

Con dificultad caminaron hasta su cuerpo. Ivy tosía sin parar.

En un rápido gesto Neil rasgó la manga de su chaqueta y se la entregó a modo de pañuelo.

—Ponte esto en la boca —veló por su seguridad.

Algunas vigas del techo empezaron a ceder. Fuera se podía oír como los hombres traían el agua.

Ivy gritó horrorizada ante las llamas.

—¡Sal de aquí! —le chilló Neil.

—No me iré sin ti —dijo ella.

Él trató de convencerla.

—Ivy, no hay tiempo para discutir, sal ahora —le replicó firme —yo me encargaré de tu padre.

Con los ojos anegados en lágrimas Ivy se negó a obedecer su orden.

—No te dejaré.

En ese momento Neil admiró la fortaleza de su mujer.

Con su ayuda cargó el cuerpo inconsciente del señor Campbell sobre sus hombros, y juntos consiguieron salir al exterior antes de que se produjese el derrumbamiento.

El aire helado acarició sus rostros. Exhaustos cayeron al suelo.

Ivy temblaba sin control. Neil también. Su cuerpo abrazó al suyo con fuerza contenida.

Neil besó su frente con amor. Estaban vivos. El eco de sirenas inundó el ambiente rompiendo el silencio del momento.

Afortunadamente y gracias a la rápida intuición de Neil no hubo que lamentar ninguna pérdida.

Aunque las primeras investigaciones conducían a que había sido la mano de Polaskin el causante del incendio que les podía haber costado la vida, no se pudieron encontrar pruebas suficientes, y quedó en libertad sin cargos.

Por suerte el padre de Ivy no sufrió ningún daño, salvo el golpe en la cabeza producido por su agresor, al cual no pudo verle la cara.

El tema del cobertizo quedó resuelto en un par de semanas.

Gracias a la ayuda de Raylen, Neil pudo acabar el trabajo a tiempo, y por fin sin otro contratiempo se pudo celebrar el enlace en la víspera de año nuevo.

Era el mayor regalo que Ivy podría desear. Neil observó su entrada en la capilla completamente emocionado.

Tenía los nervios a flor de piel. Ivy era la novia más hermosa que había visto nunca. Sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos brillaban más que las estrellas.

Neil se sintió el hombre más afortunado de la tierra. Tras tantas adversidades había ganado el amor.

Del brazo de su padre Ivy caminó hacia el altar con paso firme y seguro. El señor Campbell le entregó la mano de su hija al novio con aparente orgullo.

Y aquel fue el momento preciso que ambos necesitaron para mirarse con intensidad.

No les hizo falta el sermón del reverendo o los votos matrimoniales para saber que sus corazones se amaban infinitamente.

Le bastaron sus miradas, sus gestos, su ternura. Entrelazaron sus manos y se dieron el sí quiero con total emoción.

Neil abarcó su rostro con pasión y la contempló embelesado.

—Eres la luz de mis ojos —le musitó enronquecido —te amo.

Ivy se estremeció ante sus palabras.

—Te amo Neil Montana.

Sus labios se rozaron con candor, y en aquel atardecer que vio nacer su amor se besaron repletos de felicidad.

Proximamente :

*Continúa la saga con Eric Montana
en el volumen 4:*

Proximamente a la venta

Biografía:

Aнна Soler nació hace 40 años en la ciudad de Motril, Granada.

Desde pequeña siempre supo cual era su verdadera vocación.

Con 14 años escribió su primera novela y a los 26 publicó su primer libro de género romántico.

Anna es muy versátil y apasionada, sincera, siempre mantiene los pies en el suelo.

Su lema :Nunca dejes de soñar, pues soñar te hará libre.

A.S

Bibliografía de la autora:

Gisel, deseo y pecado (2014)
Tentada al placer (2014)
Tatuada a tu piel (2015)
Tiéntame, cariño (2016)
Juegos de pasión (2017)
Secretos ocultos (2016)
Y viniste a mi corazón (2015)
Promesas rotas y olvidadas (2016)
Atrévete a amarme (2016)
Corazones en la tormenta (2017)
Vendetta de amor (2017)
Lady rebelde (2017)
Por el amor de mi dama (2017)
Dulce prisión (2016)
Encadenados por la ley (2016)
El viaje (2016)
Abrigada entre tus brazos (2017)
Desnuda mi alma (2018)
Tormenta de amores (2018)
Vivir a tu lado (2018)
Todo cuanto quiero de ti (2018)
Cuando no esperaba tu amor (2018)
Amaneciendo junto a tu amor (2017)
La señora y el mendigo (2018)
Arriesgándolo todo por ti (2019)
Al límite de la pasión (2019)
Y tenían que ser tus ojos verdes (2019)
Dulce y amargo destino (2019)
Un romance a contratiempo (2019)

Sígueme en redes sociales:

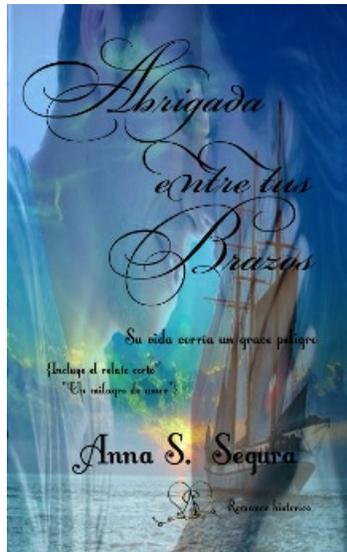
Facebook :Soler Anna

Twitter: Soler_Segura

Instagran: Anna Soler Segura.

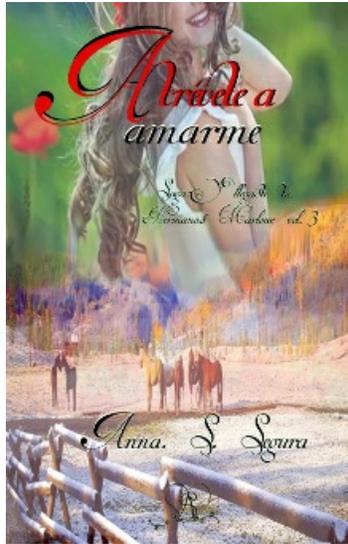
Otros títulos de la autora:

Abrigada entre tus brazos



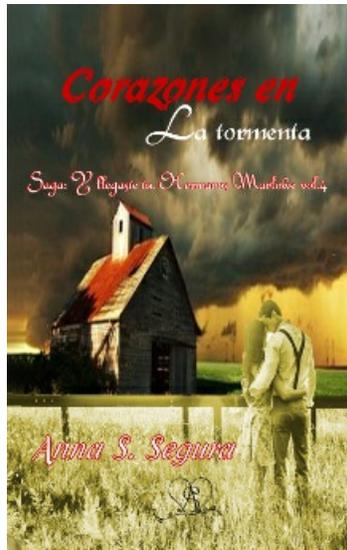
Virginia no recordaba nada de su pasado. Un indecente había borrado su memoria. Lagunas confusas asolaba su cabeza. Su única salida era escapar, pero ¿de qué huía? ¿Quién la perseguía y por qué? Sola, desesperada, y hambrienta, Virginia no tendrá más remedio que hacerse pasar por chico para enrolarse a bordo de la “Princesa del sur”. Allí conocerá al capitán O'conner, un hombre atormentado por la repentina muerte de su hermano Iván, y que lo único que anhela en la vida es la venganza. Dos almas marcadas. Un secreto que esconder. Y un amor inesperado y prohibido. ¿Qué pensaría el capitán cuando descubriese a la hermosa mujer que se escondía tras aquellas harapientas ropas de chico? ¿Podría controlar sus emociones? ¿Le perdonaría el engaño? El peligro acechaba de cerca a Virginia que sin imaginarlo se refugiaría de nuevo en brazos del capitán.

Atrevete a amarme



La pequeña de los Marlowe tenía carácter. Mia era una joven impetuosa y obstinada, indomable como un potro salvaje. Siempre había actuado de forma libre y sin compromiso, hasta que el vaquero Ryan Holt irrumpió en su vida. Mia se negaba a reconocer que Ryan le había robado el corazón y el aliento desde el día que lo conoció. Sin embargo Ryan huía del amor. Su pasado escondía un terrible secreto que nadie sabía. Por ello no podía amar a ninguna mujer, aunque de Mia se había enamorado como loco. La pasión entre ambos es inevitable. El orgullo de Mia, y la furia de Ryan chocaran peligrosamente. ¿Podría Ryan alejar a los fantasmas de su pasado para ser feliz? ¿Le perdonaría Mia sus errores? Pasión, amor, y oscuros secretos se ciernen sobre la familia.

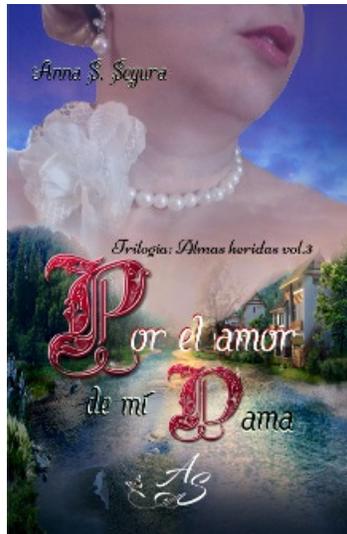
Corazones en la tormenta



Venganza.

Esa era la única palabra que albergaba el oscuro y frío corazón de Christopher. Su profundo y remarcado odio hacía la familia Marlowe lo había cegado por completo hasta tal limite que había olvidado lo que era vivir. Su objetivo era destruirlos como habían hecho con él en un pasado no muy lejano. Su plan había dado resultado, pero al llegar a Texas su mundo se pondría patas arriba al reencontrarse de nuevo con ella, Kimberly Dauson, a la que había conocido en un cabaret de la ciudad de Las vegas y con la cual había mantenido una aventura pasajera. Christopher no había esperado volver a verla y sentimientos contradictorios despertarán de nuevo en él. Una tormenta que desatará el pasado más oculto de los Marlowe hará tambalearse a la familia. ¿Mantendrá Christopher sed de venganza? ¿Qué secreto esconde?

Por el amor de mi Dama



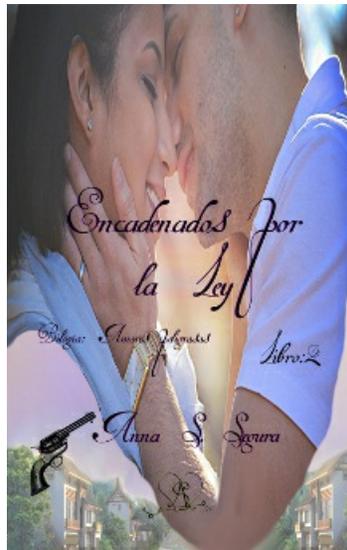
Amy Baker estaba predestinada a heredar el linaje de su familia. Ella tenía corazón de dama, pero sin embargo no podía dejar de amar al único hombre que desde niña le había robado el corazón. Él era Nathan Sigüenza, el sobrino del famoso marqués de Vinalopot, un imperioso hombre con orgullo de hierro. Nathan siempre estuvo enamorado de la pequeña Amy, pero un buen día se alistó en el ejercito, y desapareció de su vida. Ahora seis años después ha regresado para recuperar lo que era suyo, el amor de su dama. Pero ya era tarde. Amy estaba prometida a otro hombre, el mezquino duque George. El apasionado corazón de Nathan no se rendirá ante tales acontecimientos, y luchará por reconquistarla. Pero un secreto se cierne sobre ellos, ¿cómo podrá Amy decirle la verdad? ¿Será suficiente el amor que tuvieron en el pasado?

Gisel, deseo y pecado



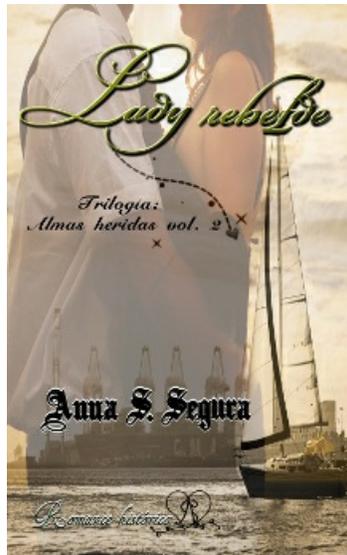
Él era mi vecino... Cada día lo observaba por la ventana, soñaba con él, deseaba ser suya. Pero era una locura, él ya estaba casado tenía a otra mujer en su vida que no era yo. En mis planes nunca entró inmiscuirme en su matrimonio, hasta que algo inesperado sucedió entre ambos aquella mañana. La lujuria y el desenfreno se adueñó de nuestros cuerpos y sentidos. Vivimos una pasión descontrolada. Era algo incontrolable, superior a mis fuerzas. De la noche a la mañana me convertí en su amante y eso me gustaba. Mi mundo giraba entorno a Max, hasta que conocí a Ben. Él se convirtió en mi mejor amigo... y en algo más profundo. Un juego a tres bandas que me saldría bastante caro. Y de repente aquel fatídico accidente cambió mi vida. ¿Amor o lujuria? Soy Gisel y aquí empezaba mi historia. ¿Te atreves a leerla? Adéntrate en la pasión.

Encadenados por la ley



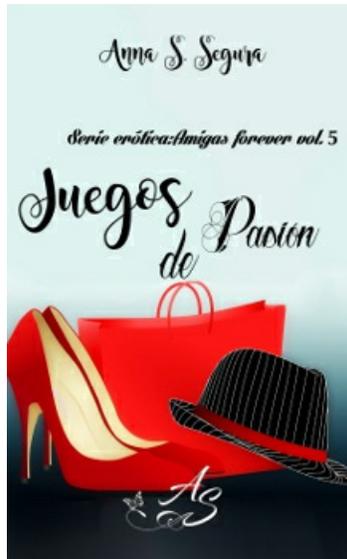
Ariadna Rodle era la única testigo dispuesta a declarar en el juicio contra la banda de un peligroso y poderoso contrabandista. G.C alias "el cojo" había asesinado a sangre fría a su hermano delante de sus propias narices, y ella no estaba dispuesta a perdonar su crimen y no pararía hasta verlo pudrirse entre rejas. Ahora su vida corría un grave peligro, más del que nunca imaginó. Ariadna se había metido en la boca del lobo, salir de allí no sería ningún juego. Ian Cifuentes, agente del FBI sería el encargado de proteger su vida a costa de todo. Pero Ian era impetuoso y obstinado, y no estaba para nada dispuesto en convertirse en su "Niñero". Pero cuando conoce a la dulce y encantadora Ariadna algo nuevo y desconocido despertará en él. Su deber era protegerla, no enamorarse. ¿Podría Ian olvidar su ética moral? Ambos estaban encadenados a permanecer juntos en una lucha por la supervivencia. Sin embargo lo que comienza siendo una aventura conflictiva acabará más allá de una pasión ferviente y enamoradiza.

Lady Rebelde



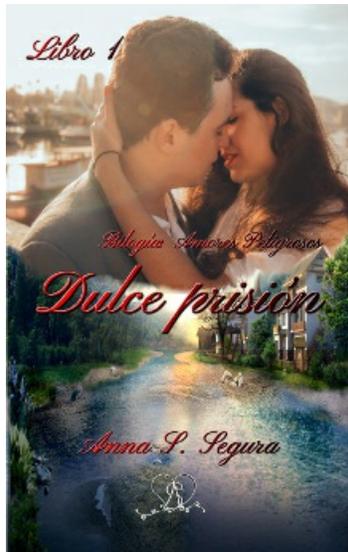
Evelyn Baker era un corazón indomable, un corazón incapaz de doblegarse ante ningún hombre, hasta que él se cruzó en su camino. Obsesionada con perseguir su sueño la joven consigue escapar de casa y meterse de polizón en un barco sin medir las graves consecuencias que eso podría acarrearle a su reputación. Pero erróneamente tropieza de nuevo con el capitán equivocado. Cristian Moriel, capitán de "La Estrella" y barón de Espinosa, no está dispuesto a ponerle las cosas tan fáciles a la joven lady. Cristian, un hombre de carácter templado y voluntad de hierro hará temblar los cimientos de Evelyn. Un odio-amor que hará renacer el corazón de una mujer rebelde y apasionada, en una aventura que cambiará el rumbo de sus destinos. ¿Será capaz lady rebelde de amar al único hombre que se ha enfrentado a ella? ¿Se dejará Cristian Moriel enamorar por la joven? Celos, envidias, y traiciones, acompañarán a los protagonistas de "La Estrella" hasta tierras españolas.

Juegos de pasión



Michelle huía de un pasado oscuro. Nadie conocía cual era su verdad, ni tan siquiera su único hermano Iván. Dejando atrás brooklyn Michelle comienza una nueva vida en San Francisco. Nuevo trabajo, nuevos amigos, nuevas experiencias. Entonces conoce a Ethan Macconner, el aclamado neurocirujano del hospital “Madison center”. La atracción entre ambos será inmediata, una pasión arrolladora incapaz de controlar. Michelle iniciará una tórrida aventura con el atractivo doctor sin saber que está jugando con fuego. ¿Será capaz de parar a tiempo antes de que el amor gane el juego? Los fantasmas de su vida la acechan de cerca. Michelle tendrá que afrontar sus propios miedos para poder ser feliz. Lujuria, desenfreno, y deseo serán la trama de una pasión incontrolada.

Dulce prisión



La vida de Sarah Cifuentes no había sido precisamente un camino de rosas. Huérfana de padre y madre, Sarah no tuvo otra opción que convertirse en una vulgar ladrona para poder subsistir en aquella miseria. Pero un desafortunado atraco al banco nacional la condenaría a permanecer atrapada entre rejas por un crimen que ella no había cometido. Completamente sin salida, Sarah tendrá que confiar su vida al único hombre dispuesto a ayudarla, su abogado, un hombre carismático y atractivo que cree férreamente en su inocencia. ¿A quién trata de proteger Sarah? ¿Y por qué? Alfonso Aguilar quiere llegar al fondo de la verdad. Pero cuanto más se acerca más peligro corre de enamorarse de su bella cliente. ¿Sucumbirá al amor? El tiempo apremiaba para demostrar que Sarah era inocente.

Promesas rotas y olvidadas



A sus diecisiete años, Samantha Cooper ya sabía lo que era tener el corazón roto de desamor. Joe Marlowe, el hombre de su vida, su gran y único amor platónico, se marchaba a estudiar a Europa, abandonándola sin más. Ella no comprendía su decisión. Pero Joe no tuvo otro remedio que acatar las ordenes de su estricta madre y marcharse lejos de Samy. Ni el tiempo ni los años hacen que los jóvenes olviden el intenso amor que mantuvieron. Aunque Samantha a rehecho su vida, nunca ha logrado olvidar a Joe. En el fondo lo seguía amando como el primer día, pero nunca podrían estar juntos. Un secreto que esconde los puede separar o unir para siempre. ¿Pero hasta dónde serán capaces de llegar? ¿Podrán perdonar el pasado y sanar sus heridas?

Secretos ocultos



Guapa e inmensamente rica, Dakota Sammer estaba acusada de asesinar a sangre fría a su esposo, el afamado duque de Walmiton. Pero ella mantenía férreamente su inocencia, aunque nadie la creyera. Demostrar lo contrario no sería tarea fácil para la joven viuda. Su objetivo era desenmascarar al verdadero culpable, quien le había tendido una trampa. En su peligroso camino se topará con un osado periodista de penetrantes ojos zafiro, quien cambiará el rumbo de su vida. Drew Calaghan era el único que estaba dispuesto a ayudarla al precio que fuese. El único que confiaba en ella, en su inocencia. Pero la atracción sexual entre ambos los hará cómplices de un secreto que amenazará con destruirlos. Una pasión incontrolada que los llevará a cruzar un límite prohibido y desconocido que pondrá sus vidas en riesgo. ¿Quién será culpable y quién inocente? El juego está servido.

Tatuada a tu piel



Para Desirée Chamberly toda aquella historia tan solo había empezado siendo un inocente tonto sexual entre ella y su desconocido amigo del chat. Pero pronto descubrió que Aitor Giordano era mucho más profundo y enigmático de lo que nunca imaginó. Y eso hizo que deseara ahondar en un pasado que él evitaba con recelo. Cuando Desirée le propuso que fingiese por unos días ser su pareja, él aceptó entrar a formar parte de aquel peligroso juego, pero con una condición que le saldría muy cara. Ella sería solo suya. Lo que ambos desconocen es que acabarán rendidos en una hoguera de lujuria y pasión que los llevará a un límite desconocido.

Tentada al Placer



La guapa y brillante abogada Melissa Cournie no estaba pasando por su mejor momento personal. Tras un doloroso proceso de divorcio aun seguía amando a su ex marido. Sin embargo volver con él y perdonarle aquella infidelidad no entraba en los planes de Melissa. Leonard era el hombre de su vida, pero le había destrozado el corazón. Ahora ya no podía volver a confiar en él. Melissa se sentía totalmente confusa. En medio de aquel caos emocional tuvo que aparecer Greg Colton para poner su mundo patas arriba. Irremediablemente entre ellos surge una fuerte atracción sexual que hará replantearse a Melissa su situación amorosa. Ambos vivirán una aventura apasionada y lujuriosa, pero Mel no puede olvidar a Leo.

Tientame cariño



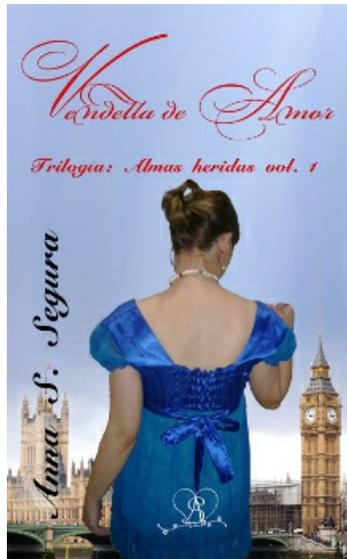
A Taylor Mazqueein le encantaba su nueva vida en San Francisco. Era profesora de secundaria en un buen centro de enseñanza. Taylor poseía todo lo que deseaba, era joven, guapa, y muy independiente... Todo menos el amor. Comprometida por su familia con un hombre al que ni tan siquiera amaba, Taylor se encontraba en un buen aprieto. Necesitaba librarse de Nick como fuese y anular aquella boda antes de que fuese demasiado tarde. Pero sola no podía hacerlo. Necesitaba ayuda. Y entonces apareció él. Un hombre completamente en las sombras, tan peligroso como misterioso. Taylor desconocía su identidad, pero se sentía atrapada por su fuerte magnetismo erótico. “Chico en la sombra” estaba más que dispuesto a echarle una mano ¿Pero qué precio tendría que pagar Taylor por esa información? Aquel hombre le abriría las puertas a un mundo de lujurias y desenfreno. Una pasión sumamente arrolladora que los conducirá a los placeres más ocultos. Sin embargo, ¿qué pensaría Taylor al descubrir quién era en realidad su romeo?

Todo cuanto quiero de ti



Claudia siempre estuvo enamorada de su mejor amigo de la infancia, Ángel. Con tan solo nueve años supo que él sería el hombre de su vida. Sin embargo los años y las circunstancias hacen que ese amor se quede tan solo en una buena amistad, aunque secretamente Claudia lo siga amando. Al llegar a la madurez Ángel se convierte en todo un Don Juan, un picaflor empedernido que no cree en el amor. Pero el destino los pondrá a prueba y tras la universidad llegarán las dudas y el conflicto entre ambos. Claudia no quiere perderlo como amigo y Ángel se empeña en huir de sus sentimientos. ¿Será capaz el amor de traspasar esa fina barrera llamada amistad? ¿Será suficiente con lo que les dicta su corazón? Un amor forjado desde la niñez donde el paso del tiempo y las barreras serán sus principales protagonistas. Una bonita historia de sentimientos entremezclados, de dudas, de celos, de amistad.

Vendetta de Amor



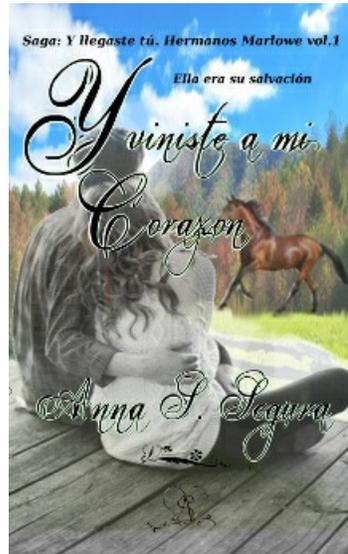
La venganza era lo único que lo mantenía en pie. Román Siguenza estaba lleno de odio y de ira hacia su mayor enemigo. Un odio que durante diez años lo había consumido. Siendo apenas un adolescente de quince años vio como aquel lord inglés acababa con la vida de su hermano mayor. Desde ese día buscó venganza. Su mejor arma para destruir al hombre que arruinó su vida sería ella, Rebecca Baker, una mujer explosiva e irresistiblemente bella que le hará perder la cabeza. Juego, amor, venganza, y traiciones. ¿Será capaz Román de olvidar el odio en brazos de la hermosa Rebecca?

El Viaje



Ruth es una chica adolescente, de tan solo diecisiete años, que verá como su vida se derrumba con el porcio de sus padres. Pero un inesperado viaje cambiará su destino, y hará que su inmadurez y rebeldía pasen a un segundo plano. Ruth aprenderá de sus experiencias, y crecerá emocionalmente a medida que el viaje vaya avanzando. La vida no es tal cual la joven había imaginado, y a través de su vivencia emprenderá un camino repleto de aventuras y obstáculos hacia la madurez. Una tierna historia de amistad, aventura, y romance. ¿Hasta dónde será capaz de llegar Ruth?

Y viniste a mi corazón



Trevor Malowe estaba cansado de los continuos chantajes emocionales de su madre, empeñada en querer casarlo con una niña egocéntrica y malcriada, hija de un terrateniente de la zona. Pero él no estaba dispuesto a renunciar a su libertad tan fácilmente. El rancho Malowe pendía de un hilo, y Trevor se encontraba entre la espada y la pared. Salvarlo dependía de aquella boda forzada. Sin embargo la llegada de aquella forastera al pueblo cambiaría el destino de Trevor. Debby huía de un oscuro y tormentoso pasado que había marcado su joven vida. Ahora ya no confiaba en ningún hombre, ¿sería Debby capaz de hallar la paz y la felicidad anhelada en brazos del rancho?